

ESTEBAN LAMY

---

LA MUJER

---

DEL PORVENIR

---

84

















4194<sup>3</sup>

JE18/140

**LA MUJER DEL PORVENIR**



~~3055~~

---

Es propiedad. Reservados todos los derechos. Queda hecho el depósito que marca la Ley.

---





5E18/140

~~241~~

350

ESTEBAN LAMY  
DE LA ACADEMIA FRANCESA

# LA MUJER DEL PORVENIR

TRADUCCIÓN DE LA QUINTA EDICIÓN ORIGINAL

POR

Juan de Dios S. Hurtado

CON LICENCIA

SEGUNDA EDICIÓN



MAR, 17

R. 6366

BARCELONA  
GUSTAVO GILI, EDITOR



**IMPRÍMASE:**

*Barcelona, 5 de Junio de 1907*

EL VICARIO GENERAL,

† **Ricardo**, *Obispo de Eudoxia*

Por mandado de Su Señoría,

**LIC. JOSÉ M.<sup>a</sup> DE ROS, PBRO.**

*Scrio. Can.<sup>o</sup>*

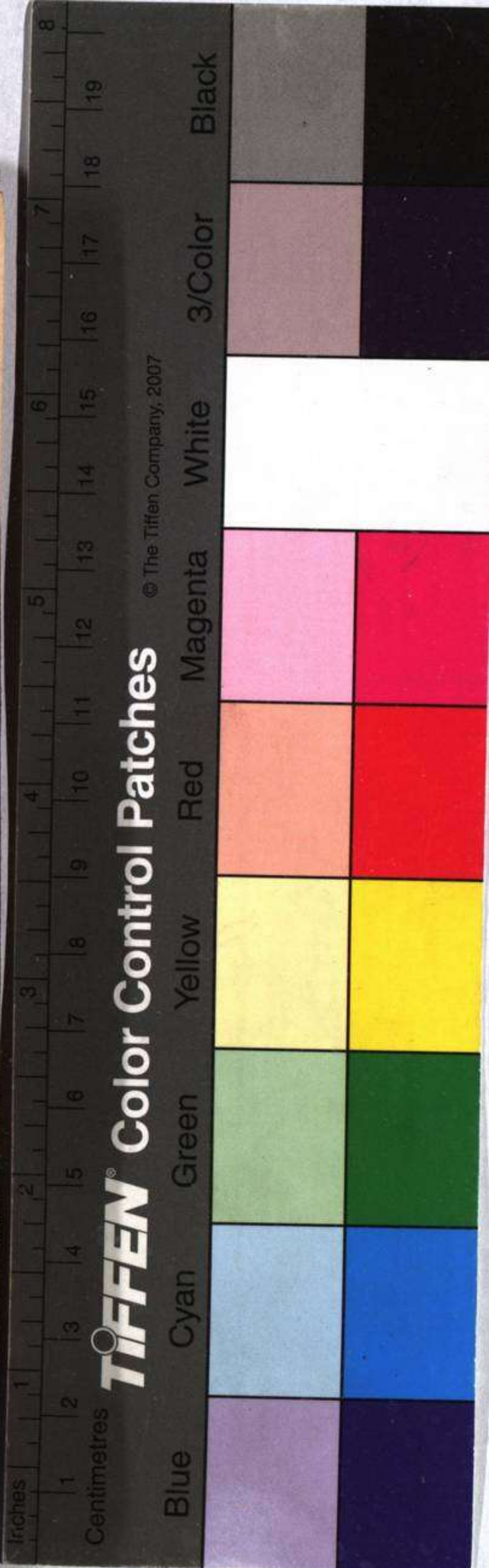


## PREFACIO

Se compone este libro de tres estudios escritos para públicos diferentes. Leí el primero en Besançon, el segundo en París y el tercero en Angers. Este último fué luego publicado por la *Revue des Deux Mondes* y los otros dos aparecieron sucesivamente en *Le Correspondant*. Más tarde me manifestaron algunos amigos el deseo de ver reunidas mis conferencias en un volumen, asegurándome que con ello prestaría un buen servicio á la causa de la instrucción y educación femeninas.

No se me oculta que al coleccionar estas tres conferencias desmerece algo cada una de ellas, puesto que en las tres se repiten ciertas ideas fundamentales, cuya exposición era necesaria en cada caso particular, sin peligro de caer en repeticiones enojosas ni dar excesivo desarrollo al asunto. Al juntarlas ahora es de todo punto inevitable este peligro, porque ciertos pasajes de una conferencia recuerdan ideas y argumentos desarrollados ya en las otras dos.

Con todo, entiendo yo que por pequeña que sea la probabilidad que tenga el escritor de prestar algún servicio á una noble causa, debe pres-





cindir en absoluto de ciertos piquillos de amor propio literario, sacrificándolos en aras de la misma. A más de que al observar cuán difícilmente se abre paso la verdad, sobre todo si tiene que luchar contra ciertos prejuicios y prevenciones, se convence uno de que, en tales circunstancias, no queda otro recurso que repetirla hasta la saciedad para lograr que sea escuchada y atendida.

Abrigo en fin la convicción de que más de un lector, al darse cuenta de cómo insisto una y otra vez en afirmar é inculcar unas mismas verdades, reflexionará más seriamente sobre ellas y las abrazará con mayor firmeza, disimulando con magnanimidad el defecto que antes he insinuado.

ESTEBAN LAMY.



**Las mujeres y la ciencia**







# LAS MUJERES Y LA CIENCIA

## I

Si el buen Crisalo (1); que no pecaba de atrevido, viviera actualmente, no es probable que osara repetir en ninguna parte «que una mujer sabe ya bastante cuando alcanza á distinguir un jubón de unos pantalones».

En todas partes han conquistado ya las mujeres el derecho á instruirse. La curiosidad innata de su espíritu todo lo invade; y los hombres no solamente no discuten la licitud de este noble afán que se ha despertado en las mujeres, sino que lo secundan. Así es que hoy día la instrucción femenina es una cuestión de interés general, que constituye una seria preocupación de los poderes públicos en los pueblos más cultos, y respecto de la cual se hallan acordes la Iglesia y el Estado.

No obstante, quedan todavía en la sociedad restos de la raza de Crisalo. Sus representantes

(1) Personaje de la Comedia de Molière *Les femmes savantes*.



actuales no luchan ya contra una corriente demasiado enérgica, pero la miran con desconfianza. Recuerdan muy bien que el deseo de adquirir la ciencia fué el primer capricho de la primera mujer, el cual tuvo resultados harto lamentables para no sentir recelos ante nuevas tentativas. Temen, además, que la ciencia agrave con el orgullo la vanidad ingénita de las mujeres. ¿No tomarán algunas el estudio como una moda, adquiriendo con ligereza serios conocimientos no tanto para poseerlos cuanto para hacerlos servir de adorno, cual si fueran joyas de brillo inusitado, dando así principio á una nueva generación de coquetas, las coquetas bachilleras y sabiondas? ¿No se hincharán de orgullo las que lleguen á adquirir más profundos conocimientos, desdeñándose al punto de ocuparse en los quehaceres domésticos? ¿No se creerán rebajadas entre las mil vulgaridades que han constituido hasta ahora las ordinarias tareas femeninas, sufriendo demasiado si las desempeñan y haciendo sufrir á los hombres si las descuidan?

Aun más que eso, temen aquellos espíritus apocados que la mujer, al acrecentar sus conocimientos, pierda la claridad de juicio. Y puesto que bajo el nombre de ciencia se ocultan las verdades más saludables y los más perniciosos errores, ¿no hay gran peligro de que la mujer no sepa discernir lo falso de lo verdadero?

Los que se preocupan con el cuidado de proteger la civilización cristiana, contra el esfuerzo de la incredulidad contemporánea, miran también la cuestión con alguna inquietud. La mujer ha sido hasta el presente, por la humilde sencillez de su



fe, la más intrépida y segura defensora del sentimiento religioso. Ahora bien, si suplantamos esta fe ingenua y sencilla, tan propia de la mujer, que no sabe de discusiones ni se mete en controversias, con el afán de saber y el hábito de la disputa, so pretexto de justificar sus creencias con la ayuda de la razón, ¿no es muy de temer que con el estudio y la discusión penetre la duda en su inteligencia? ¿Y no es evidente además que ninguna conquista, en cualquier ramo de la ciencia, podría compensar los daños morales que sufriría el mundo el día en que la mujer dejase de ser creyente?

Por más que tales objeciones suelen formularse en el seno de la confianza, es preciso hacerse cargo de ellas y examinarlas detenidamente, porque si fueran justas serían decisivas. Ningún derecho habría para exponer á la mujer, y con ella á la sociedad, á los males que llevan consigo la idolatría del *yo*, la temeridad de la razón y la ruina de los sentimientos religiosos. Mas si, por el contrario, el medio más seguro de prevenir á la mujer contra la vanidad y el orgullo y de robustecer su juicio y sus creencias fuese una sólida instrucción, entonces, la causa de la enseñanza femenina quedaría ganada de una vez para siempre, y sus últimos adversarios se convertirían en sus más ardientes defensores.

Creemos que la cosa vale bien la pena de discutirse.



## II

Por de pronto planteemos claramente la cuestión capital, que lo es, no sólo para la casi totalidad de las mujeres, sino también para muchos hombres. ¿Es ó no es posible que la mujer adquiriera la ciencia sin exponer su fe?

Que ello es posible no ha sido negado nunca por la autoridad más interesada en sostener esta fe. La Iglesia ha enseñado siempre que la ley del trabajo obliga al ser humano á cultivar la más noble y más útil de sus facultades: la inteligencia. La Iglesia fué la primera, la más constante, y por mucho tiempo la única amiga de la inteligencia femenina. La idea de que la mujer conserva mejor sus peculiares encantos en la ignorancia, así como las lechugas son más blancas cultivadas en la obscuridad, es una idea netamente laica. Es tarea fácil é interesante el demostrar históricamente, como lo hacemos en la segunda parte de este libro, que la solicitud hacia la mujer y la confianza en sus aptitudes han sido tradicionales en los pensadores cristianos, mientras que el olvido injusto y el desprecio egoísta han sido, entre los precursores del escepticismo, los sentimientos habituales con respecto al sexo débil.

Por lo demás, no fué la influencia de estos últimos ni el temor de debilitar la fe con el estudio,



lo que durante los siglos de mayor piedad mantuvo en los hombres y en las mujeres mismas la indiferencia hacia la instrucción femenina: fué la supremacía de la religión y la apariencia indestructible de su poder. Cuando toda ciencia se sometía á la Iglesia, cuando la revelación valía más, como criterio de verdad, que la evidencia misma, cuando los incrédulos eran considerados como criminales del pensamiento, y el Estado, con sus rigores, mantenía intactos los dogmas y sostenía la necesidad social de la ortodoxia, parecía superfluo que la mujer, religiosa por instinto y conociendo á Dios con el corazón, entrase en el examen de dudas que le eran completamente extrañas y sufriese pruebas inútiles para su fe. Confirmada en ella por todas las voces que se elevaban de la tierra, viendo que estaba de acuerdo con los sentimientos generales, tenía en el testimonio del consentimiento universal, una autoridad más firme que la que habría hallado en el estudio solitario.

Pero ¿qué nos queda hoy día de aquellos tiempos? La antigua unidad de los espíritus se ha convertido en una completa anarquía de doctrinas; y si la anarquía no excluyese toda definición común á sus heterogéneos elementos, se podría decir que el carácter distintivo del pensamiento moderno es la rebeldía de la razón contra todo lo divino. No le basta negar el cristianismo, sino que rechaza toda hipótesis que se apoya en la existencia de un ser supremo, aunque sea «el gran arquitecto del universo» (1). En nombre de la ciencia van suce-

(1) Nombre con que admitían á un dios *sui generis* Robespierre y otros corifeos de la Revolución.—N. DEL T.



diéndose diversas teorías acerca de la naturaleza del hombre, de su destino, del deber, de la felicidad. Las instituciones modernas, nacidas entre la discordia de las inteligencias, han reconocido esta discordia como legítima bajo el nombre de libertad de pensamiento, y mediante esta libertad la perpetúan. No hay ningún poder que sea depositario de la confianza universal para declarar cuál sea la verdad en ningún terreno. Las ideas filosóficas, sociales, literarias, todo, en suma, se ha sometido al libre examen individual. No hay utopía que no consiga hacerse oír. El teatro les presta á todas su sonoridad, las artes les sirven de eco, la prensa las propaga con sus debates cotidianos y las introduce en todos los hogares. Entre esta muchedumbre de sistemas que se acusan mutuamente de falsedad y asedian la pobre razón humana con sus hipótesis contradictorias, la inteligencia de cada uno ha de escoger y formar su opinión.

Este carácter de nuestra época es lo que ha modificado el entendimiento de la mujer. A su confianza en la razón del hombre y á su tranquila seguridad ha sucedido el inmoderado afán de curiosearlo todo, el deseo de estudiar aún aquellas materias que siempre le habían sido ajenas. Su adhesión á la fe, que casi todas quieren conservar intacta, no es el menos poderoso de los motivos que las impulsan hacia el estudio. Puesto que viven en una época en que la lucha contra la fe se ha generalizado en todas partes y en que el odio á la Iglesia se encubre con el falso brillo de la ciencia, no les basta ya á las mujeres, para defender sus creencias, el silencio con que respon-



dían antes á las ironías y á las injurias. Y como no ignoran ya los sofismas que aducen los incrédulos, no tienen más remedio, para reconquistar su antigua seguridad, que buscar razones con que probar su falsedad.

El movimiento que así arrastra á las inteligencias es comparable al que sujeta los cuerpos á la gravitación universal. Este es la ley del espacio, como aquél la ley del tiempo, y ni una ni otra pueden subordinarse á la voluntad humana. En su consecuencia, las mujeres sabrán.

El saber, hay que confesarlo, puede sorprender su buena fe. Hay países en que el Estado, que suele aspirar casi siempre á la misión de gran educador, es partidario decidido de la incredulidad filosófica y en ella inspira la enseñanza oficial; y precisamente los gobiernos de dichos países son los que se han preocupado más, en estos últimos años, de instruir á la mujer, organizando para ella todo un sistema de enseñanza superior. No solamente le permiten tomar parte en ciertos concursos reservados hasta hace poco á los hombres y la atraen con la nombradía de los grandes maestros sino que, con hábil adivinación de los diversos caracteres femeninos, han instituído cátedras especiales para todos los gustos de la mujer; para unas la ideal poesía, murmurada por los vates sutiles y melancólicos; para otras los dramas de la historia, relatados por vibrantes oradores; para las de más allá la literatura Watteau, comentada por retóricos almibarados de frac y barba rubia. Teníamos ya los sastres para el bello sexo: ahora tenemos también profesores para señoras.

Tantas atenciones revelan un plan preconce-



bido y no es difícil adivinar que éste consiste en dar á las mujeres, con la ciencia que quieren, las doctrinas que no quieren. Las dosis de estas doctrinas se gradúan prudentemente, de manera que ningún mal sabor delate el veneno contenido en la dorada copa. Para las mujeres, nada de estudios que tengan la fe por objeto inmediato: las irreverencias de la crítica y la crudeza inevitable de las negaciones sublevarían la conciencia de las discípulas. Se las enseña, pues, materias en apariencia extrañas á todo problema religioso, pero que permiten al profesor atacar la religión de soslayo, como á pesar suyo y por respeto únicamente á la verdad de los hechos. Y en lo que se pone aún mayor habilidad es en la combinación y conjunto de lecciones que, sin tocar en lo más mínimo ningún dogma, eliminan en absoluto la idea religiosa, ahogándola por preterición.

No hay duda de que la ciencia, así presentada, constituye un peligroso lazo tendido contra la fe. Pero también es indudable que en donde sólo exista esa enseñanza, las mujeres la aceptarán, aun las cristianas. Sería en vano denunciarla; pues limitarse á la denuncia sería exigir de las mujeres que permaneciesen en la ignorancia para conservar su fe, y casi todas se resistirían á sacrificar á un peligro que les parecería ilusorio los estudios que juzgarían necesarios. El deseo de saber sería más poderoso que la prudencia. Y además, ¿cómo darlas á entender que la electricidad, las artes y la geografía, puedan ser heterodoxas? y aunque existiese el lazo ¿será tan necia la mujer que no sepa evitarlo? ¿Tan poca confianza se tiene en la firmeza de sus convicciones? Las



mujeres irán, pues, sin remedio á respirar las sutiles emanaciones del escepticismo, que las envolverá poco á poco sin que se den cuenta y las habituará á prescindir de las creencias religiosas y á descartar la acción divina en la marcha del mundo.

Contra este ardor de las mujeres por adquirir la ciencia, aun á trueque de poner en peligro su fe, sólo hay un remedio, que es procurarles una enseñanza que en vez de debilitar sus creencias las afiance y robustezca.

¿A qué tantos temores, después de todo? ¿Tan difícil ha de serle á la ciencia cristiana, en su lucha contra la ciencia impía, defender el cristianismo y justificar el hecho más culminante que registra en sus anales la historia de la humanidad? Poner en claro lo que el cristianismo halló al aparecer sobre la tierra, lo que vino á reemplazar, lo que ha fundado, lo que ha sufrido, ¿es por ventura hacer el relato de la impotencia? ¿Acaso la clara visión de tantos méritos y servicios no contribuirá poderosamente á fomentar la gratitud en el corazón de las mujeres, infundiéndolas el noble orgullo de ser cristianas? El recuerdo de las antiguas luchas, en las cuales ya vemos aparecer todos esos odios que se creían recientes, y en que tantos errores, que semejaban indestructibles, fueron sepultados en el más completo olvido, ¿no es sumamente á propósito para inspirar á toda inteligencia serena una confianza absoluta en el porvenir?

Para conseguir tan preciosos resultados será preciso que al exponer las diversas teorías filosóficas que, en nuestros días, pretenden poseer la



última palabra de la sabiduría humana se reconozca de buen grado lo que tengan de cierto, útil, práctico y razonable; pero al mismo tiempo se ha de tomar ocasión de aquí para precisar con toda claridad lo que haya en ello de sofístico, atrevido, utópico y vano; señalar las flagrantes contradicciones en que caen, refutándose las unas á las otras; denunciar las peticiones de principio sobre que fundan su certeza; hacer ver cómo esas religiones á la inversa exigen de sus adeptos actos de fe iguales á los nuestros, apoyándose en dogmas mucho menos verosímiles; poner de manifiesto cuán anticientífico resulta proclamar como única fuente de certeza el testimonio de los sentidos, cuyas deficiencias y errores demuestra á cada paso la ciencia, ó bien la demostración matemática, que no podrá nunca explicar ni el honor ni la virtud, ni el sacrificio, ni ninguna de las sublimidades que están sólo al alcance del sentimiento; hacer resaltar la inconsecuencia de los positivistas, quienes fundados en razones morales creen en lo invisible é indemostrable cuando se trata del alma y de Dios, so pretexto de que su demostración no cae bajo el imperio de la experiencia; demostrar, en fin, la ridiculez de todos estos sistemas que en un ser compuesto de materia, razón y sensibilidad, como es el hombre, admiten el testimonio de la razón y el de la materia y rechazan el de la sensibilidad escogiendo como criterio único de certeza las potencias inferiores—puesto que el hombre ve más lejos con la inteligencia que con los ojos y siente más profundamente de lo que piensa—y, empeñados en obscurecer los rayos más claros de la verdad, reducen toda su ciencia



á vanagloriarse de las tinieblas en que se halla envuelta.

Además, las teorías metafísicas, por abstractas que parezcan, no son un esfuerzo ocioso y estéril de los sabios, ni una experiencia de cosas desconocidas, realizada en un recipiente cerrado é impenetrable; emitir una opinión acerca de la naturaleza del hombre equivale á recordarle sus derechos y sus deberes; de aquí que la filosofía más abstracta influye muchas veces en los destinos de la sociedad. Las pasiones por ella legitimadas la propagan, y desde sus cátedras silenciosas y sus libros no cortados se extiende por el mundo y lo trastorna. Estudiar la marcha de las ideas y su influencia sobre los hechos, observar cómo las doctrinas, ora se transforman en números de paz, de grandeza y de prosperidad, ora engendran convulsiones sociales, que conducen á la decadencia y á la ruina, tal es el verdadero método científico. ¡Es tan fácil atacar en su propio terreno y con sus mismas armas á los que se precian de no creer más que en la experiencia, y demostrarles con la sencilla observación de los hechos la incompatibilidad entre sus doctrinas y el bienestar de los pueblos! Ahora bien, si invitamos á las mujeres á contemplar este espectáculo, si las probamos, con la historia de las diversas naciones y de todas las edades, que la propagación de la incredulidad ha llevado consigo como consecuencia necesaria la disolución de la familia, la degradación de las costumbres y la lucha de clases, ¿es acaso creíble que tales enseñanzas amengüen ni debiliten la firmeza de su fe?

Finalmente y para cerrar el ciclo de estas con-



sideraciones: la historia enseña qué influencia han ejercido las diversas doctrinas sobre las letras y las artes, que son la luz y la alegría de la vida, y suelen dar exacta medida de la civilización humana. Ahora bien: si observamos que ciertas doctrinas inspiran obras artísticas de sublime pureza que apaciguan las tormentas del alma, evocan pensamientos elevados é infunden sólidas virtudes, mientras que otras doctrinas preceden y acompañan siempre las obras de una literatura degradante, de una pintura sin ideal, consagrada á representar el triunfo de los sentidos, de una música enervante y voluptuosa, de una escultura sin decoro, que deshonra el mármol, copiando en él las contorsiones y espasmos de la carne desenfrenada, ¿no será esto un argumento más, suministrado por la ciencia en favor del cristianismo?

Cuando para servir á la verdad se tienen semejantes armas, es preciso no dejarlas enmohecer en la panoplia, sino sacarlas á relucir, para alborozo de los amigos y confusión de los enemigos.

### III

Fuera ocioso demostrar que si tales conocimientos dan ocasión para ejercitar la inteligencia, y le procuran conocimientos exactos acerca de cada materia, no pueden en manera alguna falsear el juicio, ni excitar la vanidad y el orgullo.

La vanidad, por desgracia, no necesita del estudio para invadir todo nuestro ser, puesto que la llevamos ingénita dentro de nosotros mismos;



y si la imaginación es la loca de casa, la vanidad es la tonta. Ambas á dos se hacen tanto más dueñas de nuestro interior cuanto más las dejamos en amigable consorcio. Entonces se traban esos interminables diálogos, en los cuales la loca, cuya manía consiste en considerar á la tonta como la persona más bella, más inteligente y más perfecta del mundo, le cuenta todos sus ensueños y fantasías, que la tonta admite á ciegas y sin discreción. En estas horas de soledad interior es cuando la mujer se absorbe en la contemplación de sí misma, hallando en ella suma complacencia. No hay duda que el estudio puede acrecentar este peligro si, en vez de procurar instruir las, sólo pretende lisonjear su vanidad, porque entonces se falsea lastimosamente el fin de la instrucción, y lejos de desarrollar ésta las facultades y talentos de la mujer, la rodea de espejos en los cuales se refleja y multiplica hasta lo infinito su propia imagen, invitándola á tomar ante ellos actitudes afectadas y ridículas. Pero la mujer que, mediante una enseñanza digna de este nombre, se ha habituado á salir de sí misma para contemplar los dilatados horizontes de la verdad, es, entre todas, la que menos expuesta se halla á equivocarse en la apreciación de las cosas y personas, y de su verdadero mérito y valor, y la que puede comprender más fácilmente la insignificancia de ciertos éxitos mundanos. Si en una cabeza ocupada por pensamientos serios se levanta algún capricho de frívola coquetería, al punto es rechazado por las facultades superiores que se sentirían envilecidas al obedecerle.

El buen temperamento estético, que se obtiene



con el conocimiento de lo bello, no solamente libra á la mujer del deseo de agradar por medio de futilidades, sino que la salva de otro escollo: las vanas lecturas. Mad. de Sevigné, aconsejando un día á una nieta suya la lectura de las obras de Nicole y de Bourdaloue, añadía á continuación estas palabras: «Piensa que si no te aficionas á estos alimentos sólidos, tu espíritu andará siempre anémico.» El alma que ha bebido algunas veces en las fuentes vivas de la literatura clásica y sabe cuántas obras maestras esperan sus ocios para renovar en ella tales placeres estéticos, no perderá el tiempo con esas insípideces que se ha dado en llamar *buenas novelas*, ni mucho menos con esas inmoralidades malsanas que pululan en esos libros malamente llamados *novelas de observación*. En estas últimas se ha refugiado la podredumbre que, gracias á la asepsia moderna, ha desaparecido de los hospitales. ¿Y quiénes son los asiduos lectores de tales novelas? Principalmente las mujeres. ¿Pero cómo se comprende que mujeres honradas tengan valor para leer tales libros? ¿Quién las impulsa á ello? La curiosa ociosidad, ávida de emociones variadas é intensas. Para poner remedio á ello, lo más acertado es alimentar su curiosidad con objetos menos indignos. Cuando esto se consiga, la huelga de lectoras disminuirá la publicación de libros inmorales, porque los escritores no atienden tanto á su gusto como á nuestro dinero (1).

(1) Hay que advertir que entre las mujeres españolas no están tan extendidas las lecturas inmorales á que el autor se refiere. En cambio, lo están mucho, por desgracia, las lecturas insulsas, las *buenas novelas* á que alude antes.—N. DEL T.



Al propio tiempo, una sólida cultura reduciría á los justos límites estas modas que imponen como inflexibles leyes á todas las mujeres jóvenes, prescindiendo de sus dotes naturales, el ejercicio de ciertas artes; las obligan á dedicarse, no á la música, sino al ruido que esté de moda, sea el canto, piano, violín, bandurria ú ocarina, y las impulsan, con el pretexto de la pintura, á mezclar sobre una tela los colores más atentatorios al reposo de nuestra vista. Cuando una mujer sepa apreciar las grandes obras de arte, cuando haya estudiado las reglas estéticas, conozca la vida de los grandes artistas y sepa qué conjunto de excelsas cualidades se requieren para producir una obra genial, se convencerá mejor de que sin reconocerse dotes excepcionales, innatas, irresistibles, es absurdo consagrar á las ocupaciones artísticas una buena parte de la vida, y por consiguiente sabrá emplearla mejor. Comprenderá que es muy reducido el número de los que son capaces de crear una obra bella, mientras que todos podemos emplear nuestras energías en obras útiles y provechosas que nos proporcionan el pan cotidiano. Lejos de disgustarla el emplear su inteligencia y sus manos en sencillos menesteres, aprenderá, con el ejemplo de las mujeres más ilustres, que no denigra el coser, zurcir y llevar las cuentas de la casa. Quizás habrá en la suya menos palomas y flores pintarrajeadas sobre el esmalte de las tazas de café, pero en la cómoda se hallará la ropa blanca sin agujeros; y si no veis sobre la mesa el álbum de sus acuarelas, veréis en cambio la agenda con las cuentas de la casa bien detalladas ó el cua-



derno lleno de recetas domésticas. Porque si las ocupaciones modestas fastidian á la mujer cuando teme que no se la juzgue capaz de otra cosa, constituyen, por el contrario, sus delicias cuando ve que se la considera apta para tareas más elevadas. Mientras que las pastoras gustan de desempeñar en sus juegos el papel de reina, las reinas gozan haciendo de pastoras y pasan con agrado de Versalles á Trianón.

Esta aptitud para discernir por sí misma el valor de las cosas, la iniciará en el arte difícil de conocer á las personas. Una mujer para quien sean una costumbre y como necesidad los goces serios de la inteligencia, se defenderá mejor contra la frivolidad de ciertas relaciones sociales. No buscará en ellas un remedio contra el fastidio ni se complacerá en llenar con un aluvión de palabras lo vacío de sus pensamientos. No se sentirá atraída sino por las personas que estén á su misma altura, con lo cual contraerá, sin duda, menos relaciones, pero éstas serán más sólidas y duraderas. Si es joven, no verá en cualquier encuentro fortuito con otra persona de sus años el fundamento de una amistad preparada por el destino. Y esta costumbre de escoger, de no confiar su corazón al acaso, será una garantía de acierto para cuando se trate de sujetarse con lazo indisoluble, en el cual va comprometida la suerte de toda la vida.

Nos extraña que haya tantos matrimonios desdichados, cuando deberíamos sorprendernos de que haya muchos relativamente felices y de que el azar no reserve muchas más sorpresas dolorosas á las mujeres. Porque para muchas de



ellas, ¿qué ha sido el matrimonio? Un viaje á lo desconocido en compañía de un desconocido. ¿Y en qué razones se ha fundado la confianza en este desconocido, para aventurarse á compartir con él toda la vida? Muy á menudo en las apariencias exteriores, tras de las cuales se oculta el verdadero carácter. Indudablemente los espíritus menos cultos son los más propensos á dejarse engañar por las apariencias. Una muchacha que tenga más abiertos los ojos del cuerpo que los de la inteligencia, juzgará con frecuencia á los hombres por su elegancia ó por su fortuna. Aunque aspire al amor de un hombre de talento, si ella no ha cultivado el suyo, podrá tan sólo juzgar el talento de la conversación, en que todo es improvisado y superficial, y que no suele dar la medida del buen sentido, ni del saber, ni de las convicciones, ni del valor moral, ni, mucho menos, de la más alta y necesaria de las cualidades del alma, que es la bondad. Ahora bien, ¿cómo ha de discernir todo esto una joven que no esté habituada á reflexionar? Cuando la infeliz se dé cuenta de su error, se hallará ya presa en el lazo.

¿Significa esto que una mujer instruída sea incapaz de tratar con ligereza un asunto tan serio y no pueda poner en peligro su felicidad, dando excesiva importancia á la riqueza ó entregando su corazón á un Tenorio de florida palabra? El saber sería una cosa demasiado bella si por añadidura diese el acierto en todas ocasiones. Pero ya es bastante que, si no evita siempre los tropiezos, permite á menudo el preverlos y ayuda, por lo tanto, á guardarse de ellos. Una joven cuyo espíritu cultivado abunda en pensa-



mientos justos y sentimientos nobles, tiene más probabilidades de saber estimar en su justo valor á las personas y las cosas, adivinar las cualidades sólidas y duraderas que posean y no ceder á los caprichos de momento. Las cabezas bien llenas son las más difíciles de menear.

#### IV

Una sólida cultura intelectual no sólo prestará eminentes servicios á la mujer en el estado de soltera, sino que se los proporcionará todavía mayores cuando llegue á ser madre. Es muy común, cuando se habla de obras notables, afirmar que son rarísimas las que llevan la firma de una mujer. Graciosa manera de raciocinar es ésta; porque, si bien es verdad que no son ellas los que firman las obras de más relevante mérito, no lo es menos que siempre ó casi siempre han influido poderosamente en la inteligencia de los que las escriben.

La educación de los hijos, ésta sí que es obra maestra entre las maestras, y casi toda ella pertenece á la mujer. Cuando se trata de investigar el génesis de los crímenes que ha cometido el hombre, suele decirse: *buscad á la mujer*; pero con más razón todavía podríamos decir, al admirar sus virtudes: *buscad á la madre*. Es moralmente imposible que el más puro, más desinteresado y el más profundo de todos los amores, permanezca estéril. Lo que hay de más excelente y



exquisito en la madre, lo transfunde en el corazón y en la mente de su hijito. Para él se olvidan de sí las más egoístas, adquieren gravedad las más frívolas, y las menos virtuosas se vuelven santas. Por esto el hombre conserva de un modo muy visible, aun en la edad madura y en la misma ancianidad, los rasgos morales que su educadora imprimió en su espíritu durante la infancia.

Pero la educación materna no extiende su omnímoda influencia más allá de la niñez. Llega pronto el instante en que el niño pasa, por decirlo así, de manos de las mujeres á las de los hombres, y entonces empieza á notar la gran diferencia que hay entre las enseñanzas de su madre y las que se deducen del ambiente que le rodea. El escepticismo del mundo pasa sobre su alma cándida y sincera como cierzo helado sobre los sembrados primerizos, á los cuales agosta y seca. Todos los rostros y todas las conversaciones le indican que la razón de las mujeres no es igual á la de los hombres, que las mujeres *creen* y los hombres *saben*. Su corazón permanece aún fiel á su madre, pero su orgullo le persuade que ha llegado ya á la edad viril y que por lo mismo tiene que pensar como piensan los demás hombres; y á medida que crece, los humos científicos se le suben á la cabeza. Su incredulidad de filósofo imberbe hace que se ilusione muy pronto con ciertas teorías que parecen científicas, con ciertas leyes físicas, fórmulas doctrinales, atiborrando con ellas su débil inteligencia, muy orondo de hacer sus primeros ensayos en esta nueva milicia. A todo esto, su madre, á quien expone sus flamantes argumentos, adivina lo erróneo de los mismos; pero



de ordinario no sabe dar á los hechos que él aduce su valor exacto, ni puede refutar científicamente sus teorías, ni acierta á indicarle la parte flaca de sus razonamientos. Por faltarle estas respuestas atinadas, por faltarle, á veces, una palabra que en aquella ocasión sería decisiva, pero que ella ignora, el alma de su hijo se substraerá definitivamente á su influencia. Continuará quizás dando toda clase de pruebas de respeto y gratitud á su madre, pero habrá perdido su confianza en ella. Después de todo, dice para sí, no hay para qué discutir con las mujeres; de aquí que vaya á hacerlo con los hombres, «que son inteligentes y se hallan á la altura de la época». Estos le confirman en su escepticismo que muy pronto las pasiones se encargarán de cohonestar, cual si fuera la cosa más razonable del mundo, y no tarda en tomar la actitud que él juzga la más deferente para con su madre, pero que revela en él un desdén inconsciente y definitivo. Evita en adelante toda clase de controversias morales ó religiosas, pero como no profesa ya las creencias de su madre, se limita á respetarlas.

He aquí el mal irreparable que una madre verdaderamente instruída puede prevenir. Sobre todo en los tiempos que corren, y que no llevan trazas de mejorar, importa mucho que el niño, al pasar á manos de los hombres, quede asimismo sujeto á la influencia materna. Ahora bien: la madre no tiene más que un medio para conservar su ascendiente sobre la inteligencia de su hijo, y es hablarle en todas las edades el lenguaje que él necesita oír, y por lo tanto, al llegar la edad de los estudios, hablarle el lenguaje de la ciencia. Ins-



trúyase, pues, por él, si no por ella misma. Cuando la aridez de ciertas materias la desanime, piense que su perseverancia asegura quizás el triunfo de la verdad sobre el error en el alma de su hijo; piense que la ignorancia proporcionará penas más amargas, robándole, cuando su hijo llegue á ser hombre, la confianza y admiración sin límites que durante la infancia ha logrado inspirarle; persuádase que el desencanto respecto á las cualidades maternas es la primera decepción profunda de la juventud, la primera fe que se hunde, preparando así la pérdida de las demás creencias. ¿Y habrá para ella aspiración más noble que la de conseguir que su hijo esté orgulloso por todos conceptos de tenerla por madre y confíe siempre en su inteligencia como confía ciegamente en su cariño?

## V

La influencia de la mujer instruída no se extenderá únicamente sobre sus hijos, sino sobre todos los que la rodean. En el seno de la familia es donde ejercerá primeramente su benéfico influjo, su discreto buen sentido y su inteligencia cultivada. Hermana, en las relaciones familiares con sus hermanos, y esposa, en las dulces conversaciones en que el hombre declara sinceramente sus ideas íntimas, la mujer instruída hallará numerosas ocasiones de defender sus creencias religiosas y combatir los errores disolventes. Y conseguirá todo esto tanto más eficazmente



cuanto que no le bastará á su adversario sonreír desdeñosamente y salirse, por toda contestación, con que: la ciencia y la piedad no hablan el mismo lenguaje; puesto que en caso necesario será la ciencia la que hablará por su boca. Estas luchas no deben espantarla, pues pronto se convencerá de que no se requieren vastos conocimientos para acorralar y confundir la irreligiosidad de casi todos los hombres; y, una vez probadas sus facultades en tales ocasiones, la estima que se habrá conquistado mostrando su aptitud para tratar al hombre de igual á igual, le asegurará para siempre el puesto que en el hogar le corresponde.

Del mismo modo podrá la mujer extender su influjo á aquella parte de la familia humana que llamamos «la buena sociedad». Si medimos el estrecho espacio que ésta ocupa en cada población y el reducido número de los que la componen, nos ocurre al punto la amarga sátira de La Bruyère, cuando, burlándose de la ridícula vanidad de los hombres, les echa en cara que pidan prestadas á las montañas sus *eminencias* para disimular los cinco ó seis pies de su estatura. Pero no obstante, desde sus círculos y salones, está pequeña sociedad se impone á las multitudes, decreta las opiniones, las costumbres y las modas. Por lo tanto, si nos fijamos en la extensión de su poder, reconoceremos que tiene cierto derecho á llamarse por antonomasia *el mundo*, puesto que lo dirige.

Reconozcamos que en la época presente la vida mundana no tiene nada de que envanecerse. Una de las causas de su frivolidad es el prejuicio, convertido ya en axioma, de que las mujeres



detestan las conversaciones serias. No importa ahora averiguar si las mujeres han contribuido realmente á que se formara de ellas este bajo concepto, ó si los hombres han juzgado más cómodo persuadirlas de que la frivolidad es su verdadero terreno. Pero, una vez sentado el prejuicio, como las mujeres constituyen el encanto de la vida social, ningún hombre se atreve á provocar los bostezos de una linda boca tras el abanico, que son la condena inapelable de los hombres fastidiosos. Aun en nuestros días, sucede con frecuencia en estas reuniones que al hallarse solos los hombres platicarán entre sí de cosas serias y de verdadero interés, pero apenas se les junta una señora, interrumpen la conversación, que recae en chismes y fruslerías. Ciertamente que no todas las mujeres merecen que se las guarde tan injuriosas atenciones, pero pocas se habrán visto libres de ellas, sin la menor protesta por su parte. Las unas por ser realmente frívolas; las otras porque han creído que el parecerlo constituía la última palabra del buen tono.

Como es natural, partiendo de tal base, en las conversaciones mundanas, sólo se puede tratar de lo que todo el mundo sabe sin necesidad de aprenderlo, es decir, de la alta estima que tiene cada cual de sí mismo y del bajo concepto que ha formado de los demás. La vida de salón gira sobre estos dos polos: la maledicencia y la galantería. La cuestión está sólo en escoger su campo de acción, á no ser que se prefiera alternar pasando del uno al otro. Como el suscitar, en presencia de mujeres, cualquier asunto que exija conocimientos adquiridos, es tan descortés como hablar



una lengua exótica ante personas que la ignoran, la sociedad mundana en vez de ser un centro de vida intelectual, se ha entregado á la contemplación de sí misma; y los trajes, los bailes, los banquetes, los sports, han venido á ser el elemento principal de una conversación en que nuestra inteligencia se limita á tratar de los placeres del cuerpo.

En tales circunstancias, los verdaderos personajes, los favoritos de esta sociedad, son los jóvenes ociosos; los que tienen un cubierto en todos los banquetes, que acuden á todos los bailes, á todas las cacerías, á todos los teatros; siempre á caballo, en automóvil ó en yate; presentes siempre dondequiera que halaga el ver y ser visto. Sólo ellos pueden satisfacer la curiosidad ávida de noticias, puesto que desempeñan siempre un papel activo en los acontecimientos mundanos.

Las mujeres tienen ingenio para embellecerlo todo. Así es que han conseguido á fuerza de habilidad, hacer olvidar á menudo la miseria intelectual de la sociedad mundana. Pero este ingenio que á falta de asuntos elevados se ejercita en cosas vacías y en brillantes paradojas, se parece á la lluvia de chispas de un castillo de pirotecnia; por otra parte, los jóvenes ociosos son también los únicos preparados, por su género de vida, á sostener esas conversaciones llenas de palabras de doble sentido, de chistes atrevidos y caprichosos, sin otra gracia que su atrevimiento y malignidad. En tal ambiente, ¿qué lugar puede corresponderle al verdadero mérito, allí donde ninguna idea sólida es comprendida? Si un hombre de verdadero valor aparece en medio de una



reunión elegante, sus méritos quedan del todo oscurecidos ante la ignorancia mundana, que sólo se fijará en la sencillez, á veces algo vulgar, de su traje, y tomará la reserva, que suele acompañar á la profundidad de las ideas, por una falta de amabilidad. El mal de esta sociedad ficticia está en haber separado, como cosas sin relación posible, las que interesan sólo á la vida general, de las que interesan sólo á la vida femenina, y en haberlo arreglado todo de manera que ante las mujeres, los méritos más reales de los hombres impliquen una inferioridad y las cualidades fútiles constituyan una ventaja.

He aquí porqué las mujeres, al apreciar erróneamente las diversas cualidades de los hombres y al persuadirse de que en todas partes se respira la misma atmósfera, han acabado por no fijarse, en esta interminable comedia de infinitos actos siempre iguales, más que en la decoración. Las mujeres gozan por naturaleza con todo lo elegante: las flores, la armonía del mobiliario, el fausto de las recepciones. Esto ha llegado á ser su preocupación ordinaria; y la principal diferencia que nota entre dos casas, lo que le hace desear más el ser recibida en una que en otra, es el lujo que ve brillar en ella. Este es el nuevo título de nobleza, aunque no siempre pueda, como los antiguos títulos nobiliarios, envanecerse de su origen. El lujo es hoy omnipotente, porque en una sociedad en que la aristocracia de la sangre ha perdido el predominio y la aristocracia del talento es todavía desconocida, nada es capaz de contener á la aristocracia del dinero.

A este desorden están llamadas á poner reme-



dio las mujeres instruídas. Las mujeres de mundo pueden hoy día mostrarse cultas sin temor al ridículo. Aprovechen esta ventaja y empleen el arte social y la habilidad exquisita que las distingue, en atraerse á los hombres de mérito; sorprendan al sabio demostrándoles que no desconocen sus trabajos científicos; infundan, con sus palabras, á los políticos, á los historiógrafos, á los literatos, á los artistas, el valor de hablar en su lenguaje habitual; hagan que empiece á entrar en los salones lo que interesa al arte, á la nación, á la humanidad. Y no teman que las conversaciones pierdan con esto su encanto, pues si su ingenio ha realizado por mucho tiempo el prodigio de sostener el interés de la conversación con vaciedades y fruslerías, ¡cuánto más fácil será su tarea cuando tengan á mano multitud de asuntos elevados de que tratar! Como tales asuntos exigen alguna reflexión y suponen cierto grado de cultura, pronto serán apreciados ventajosamente en los salones los hombres de verdadero talento; y en cuanto éstos puedan hacerse oír, los lechuguinos insubstanciales, obligados á escuchar, perderán su importancia y cambiarán de sistema para recobrarla. Muchos de ellos tienen más aptitud de lo que parece, y su frivolidad no tanto obedece á la coquetería como á la pereza. Así es que cuando vean que ante las mujeres disminuye su antiguo prestigio, serán capaces, también por coquetería, de hacerse sabios, si el ser sabio se pone de moda.

El día en que adquiriera influjo social la inteligencia, bajará rápidamente el poder del dinero. El lujo de una casa, aunque siempre sea agrada-



ble, no bastará para compensar la falta de cultura de muchos millonarios improvisados. Por el contrario, en una casa modesta ó pobre sabrá descubrir la mujer la riqueza del espíritu, el lujo del talento; se gozará en descubrirlo allí donde los demás no lo advierten, y lo tendrá en mayor estima por verlo desdeñado ó desprovisto de fortuna. Así el brillo del metal dejará de ser lo que ilumine la vida mundana, el valor de las relaciones no se fundará en los bienes de fortuna, la vanidad dejará de ser un vínculo entre las personas y cederá su lugar á las cualidades sólidas del espíritu; la aristocracia del talento no se inclinará ante la aristocracia del dinero, antes se hará respetar de ella. ¿Puede darse cambio de mayor importancia para la regeneración de las costumbres?

Cuando las mujeres hayan introducido las ideas en la vida de sociedad, empezará para ellas una misión sumamente delicada. Tendrán que tratar con los hombres ciertas ideas que les apasionan y preocupan, reservadas actualmente á la cátedra ó al libro, y oirán sus afirmaciones y sus dudas sobre el destino, la naturaleza humana, el deber, etc. Entonces se reanudará entre el hombre y la mujer el diálogo, por largo tiempo interrumpido, sobre cuestiones esenciales de nuestra vida.

Afirmada en sus creencias y convencida de la necesidad social del cristianismo, conoedora, por otra parte, de las objeciones presentadas por la incredulidad, la mujer estará preparada á la lucha. Sin pedantería ni exageración alguna, sin buscar indirectamente las discusiones, pero sin



rehuirlas cuando se presenten, obligará á los adversarios de sus creencias á presentar en regla sus razones. Por su presteza en descubrir los errores y rechazar los sofismas, abreviará la controversia y la hará más noble, y, empleando con cada cual la estrategia oportuna, no olvidará la deferencia debida á los espíritus serios, que vea vacilar en sus convicciones, ni el respeto que merece la buena fe; pero fustigará sin compasión la necedad pretenciosa, hinchada por el orgullo y la pondrá en vergonzosa derrota.

El ánimo de la mujer, unido á su natural encanto, se hará contagioso y hará enrojecer de vergüenza á más de un hombre, sacándole de su silencio y cobardía; pondrá en movimiento la gran masa de los neutros, y en medio de esta sociedad á la cual se pretende despojar de sus antiguas creencias, agrupará las fuerzas adictas á la civilización cristiana.

Tal es la empresa reservada á la cultura femenina. Y aun parece que esta empresa se extenderá mucho más, hasta poner, en cierto sentido, en manos de la mujer el cetro intelectual que el hombre reservaba para sí. Esta es la natural consecuencia del diferente objeto que se proponen el hombre y la mujer en su afán de estudiar, y de las distintas aptitudes que el estudio desenvuelve en ambos.

En los siglos anteriores, las ciencias estaban menos desarrolladas; el hombre, al dedicarse á ellas, satisfacía una vocación desinteresada y consideraba suficiente recompensa la satisfacción de ir en busca de la verdad. La unidad de ésta se le hacía evidente dentro de la multiplicidad de las



ciencias, y se gozaba en contemplar las estrechas relaciones de unas con otras y remontarse á su origen común. En cada sabio había entonces un filósofo, y aunque las conclusiones de su filosofía fuesen falsas, prestaban todos ellos á la humanidad un servicio superior á sus errores, puesto que al fijar su atención en las ideas generales, perpetuaban el interés de los problemas esenciales de la vida.

Pero los tiempos han cambiado. Las ciencias experimentales se han enriquecido de tal modo, que no es posible ya llevarlas todas de frente y se hace preciso escoger entre ellas, y aun limitarse á una parte especial de alguna, si se quiere dominar la materia. Los hombres buscan cada vez más en el estudio un medio de ganarse la vida y para ello extreman la división de la ciencia en innumerables ramas. La aspiración de cada uno es hacerse especialista, buscar un punto cualquiera, por nimio que sea, que haya escapado á la atención de los demás y explotarlo para vivir. En vez de aplicar el esfuerzo á la investigación de los principios, se descende á las aplicaciones prácticas, y se prefiere descubrir un procedimiento industrial que una ley científica. ¡Naturalmente! Como que la ley dejará en la miseria al que la descubra y el procedimiento industrial le hará millonario.

Esta división del trabajo, que se impone al hombre intelectual lo mismo que al obrero, produce en ambos efectos parecidos. Uno y otro adquieren cierta habilidad profesional dentro del campo restringido en que ejercitan constantemente su actividad. Y así como el obrero, acos-



tumbrado á efectuar constantemente la misma operación, fabrica, por ejemplo, las cabezas de alfiler con rapidez asombrosa, y no sabría fabricar el alfiler entero, también el sabio que aguza sus facultades de análisis en un ramo limitado de una ciencia, pierde primero el deseo y luego la aptitud de remontarse de los efectos á las causas, de los fenómenos particulares á las leyes que los rigen y de las leyes á su autor. De este modo tiende á desaparecer el espíritu filosófico, el interés por las ideas generales y la monotonía de las profesiones anubla la inteligencia de la vida.

Ahora bien: cuando la febril actividad de los hombres amenazaba dejar el mundo sin ideal, empieza la mujer á mostrar deseos de instruirse. Y si miramos qué es lo que ella busca en el estudio, comprenderemos que en adelante corresponderá á la mujer el conservar la cultura general abandonada por el hombre, pero que es necesaria á la sociedad.

A excepción de las jóvenes, relativamente pocas, que siguen una carrera con miras lucrativas, y se ponen desde luego en iguales condiciones que los hombres, las mujeres se sienten atraídas por el saber desinteresadamente, y por lo tanto se libran del yugo que el deseo de especializarse impone á los hombres. No se condenan al estudio minucioso que llega á los últimos detalles de una ciencia y deja en la más supina ignorancia de todo lo demás. Lo que desean las mujeres, por el contrario, es tener ideas claras de todo, nociones generales de todos los ramos del saber. Se agrupan en el centro de las ciencias humanas, mientras que los hombres se dispersan por las



más lejanas extremidades; buscan la síntesis, en tanto que ellos extreman el análisis. Por esto, de día en día, los hombres serán más técnicos y las mujeres más intelectuales. Y es claro que ellas quedan en posición más ventajosa para descubrir los vínculos entre todas las ciencias y remontarse á la verdad común que á todas infórma. En el porvenir serán, pues, las mujeres quienes conserven las ideas generales.

## VI

La grandeza de esta misión contrasta ciertamente con el pobre concepto que hasta ahora ha tenido el hombre de la inteligencia de la mujer. Pero ¡cuántas cosas hay que serían en extremo razonables y pugnan con nuestras costumbres! Ahora se trata de saber si la empresa será demasiado ardua para la mujer, ó si es ésta la que en el concepto de los hombres estaba por debajo de su valor real.

Muy lejos y muy por encima de los ridículos clamores y extravagancias con que las feministas desatentadas comprometen su propia causa, se elevan las voces serenas y desinteresadas de graves pensadores que en Alemania, en Inglaterra, en América y en Francia, proclaman la justa doctrina. Iguales en todas partes, como la conciencia de las diversas razas, con la fuerza de su autoridad universal, anuncian estas voces que para la mujer se inicia una nueva era; celebran la reparación de una vieja injusticia, abogan por el ejer-



cicio legítimo de una fuerza necesaria al mundo y saludan la aurora de una civilización en la que la mujer introducirá acaso lo que más les falta á los hombres y constituye la principal riqueza del corazón femenino: la dulzura, la misericordia, la bondad, las virtudes del amor (1).

Estos anuncios de los sabios, que parecen á primera vista una atrevida novedad, remueven la más antigua esperanza del mundo. En las sociedades primitivas, á pesar de la barbarie que relegaba á la mujer al nivel de esclava ó de simple cosa, la poesía y la leyenda anuncian á la mujer que ha de salvar al mundo; y en los mitos groseros del paganismo se esboza ya la visión de la Virgen-Madre, de la debilidad y la pureza hechas fecundas y divinizadas. Símbolos y fantasías que hace diez y nueve siglos se convirtieron en realidad viviente, porque entonces una mujer vino á ocupar ante la veneración del mundo un lugar que no había ocupado ninguna criatura.

Entonces inició el cristianismo, al dar al hombre una compañera en lugar de una esclava, la empresa que hoy parece llegar á su término. Puede decirse que en todos los siglos la intensidad de la fe cristiana ha estado en razón directa de la dignidad reconocida á la mujer. En ésta halló la religión la inteligencia más abierta, la generosidad mejor dispuesta á recibir las enseñanzas y aceptar los sacrificios. Convirtiendo primero á la mujer fué como se impuso el cristianismo al hombre en muchas ocasiones. Clotilde y

(1) Véase la notable obra *L'Education supérieure des femmes*, por Mons. Spalding, obispo de Peoria, en los Estados Unidos. París 1900.



Clodoveo presentan un ejemplo de la influencia ejercida por la mujer, instruída por la Iglesia aun en las ciencias profanas, sobre el hombre, que poseía la fuerza material. Voltaire hace constar esta influencia al escribir con verdad en el *Ensayo sobre las costumbres* que «la mitad de Europa debe su cristianismo á las mujeres». No solamente la mujer fué la que más sufrió y trabajó por la religión en sus comienzos, sino que á medida que el cristianismo se posesionó de la sociedad, ocupó en ella la mujer un lugar cada vez más alto, y con su influjo mejoró al hombre. En la Edad Media, protegida por las virtudes que le han infundido sus creencias, inspira más respeto que deseos; transforma la vida feudal, encerrada en los castillos guerreros, é introduce en ellos las artes de la paz. Al inspirar los primeros versos de la vida nacional y dar á la lengua la precisión, la armonía y delicadeza, al mismo tiempo que á las relaciones sociales la decencia y la gracia, presta al mundo un servicio harto más útil que el señor, que roba, mata y redondea sus dominios. La institución tutelar, pura y heroica entre todas las de la Edad Media, la caballería, ¿no nace bajo la doble influencia de la Iglesia y de la mujer? Hombres valientes se consagran á la defensa de los débiles y oprimidos: en la sociedad gobernada por la fuerza se introduce la idea del derecho. ¿Cómo se logra este prodigio de que el derecho sea defendido por los fuertes y la violencia ceda ante la debilidad? Se logra, porque el hombre quiere cumplir con sus deberes para agradar á la mujer. Presta juramento ante Dios, pero también ante la que ha elegido por *dama*. El



sentimiento que ésta le inspira es el más puro que pueda albergar el pecho humano; es el amor idealizado, es la gracia femenina respirada de rodillas, desde lejos, como una flor celestial; es la fe de que la aprobación de este espíritu, elevado por encima de las pasiones brutales por la delicadeza del cuerpo que lo sustenta, constituye una protección y la mayor de las recompensas en este mundo. ¡Qué soberano influjo el de la mujer durante aquellos siglos! y ¡qué hermosa esta unión de las almas, en la que el hombre, para estar más seguro de cumplir con su deber, atiende á la voz de dos conciencias: la de la mujer y la propia!

Aquellos tiempos ya están lejos. Pero si recordamos lo que han conseguido la gracia, el talento y la fe de las mujeres, comprenderemos lo que puede esperarse para mañana, puesto que estas fuerzas están muy lejos de haberse agotado.

## VII

En Francia, más que en otras partes, sería una cobardía en las mujeres alegar las dificultades de la empresa para excusarse de acometerla, puesto que Francia ha sido para la mujer la tierra de los milagros. En el siglo décimoquinto se ve nuestra nación devastada, dividida por guerras intestinas, invadida por los ingleses. Parece haber soplado un viento de cobardía y de traición sobre todos los hombres, que se desesperan ó se



pasan al enemigo. La nobleza, cansada de los combates en que pierde sus dominios y su renombre, vacila y piensa en los que, pasándose á los ingleses, hallan la seguridad y las riquezas. La justicia, representada por el parlamento, la ciencia, con la Universidad, han tomado ya el partido del más fuerte. El rey mismo, cuya corona corre inminente peligro, parece no pensar en ella para nada. ¿Y quién, más que el rey, los magistrados, los magnates y los guerreros, quién siente en su ánimo los dolores de la patria? Una mujer. Una humilde hija del pueblo, desconocida y sola, después de oír «sus voces», las voces de su deber, consigue reanimar la esperanza perdida por todos. Su fe le dice que para Dios no hay situaciones desesperadas; comprende que Francia no puede perecer, y adivina con el sentimiento «las razones que la razón no conoce». Ante esta mujer, el rey, los capitanes, los políticos, todas las cobardías que ella condena con su valor y todos los orgullos que se ven humillados con sus sabios consejos, lejos de rebelarse se rinden á su influjo y secundan su empresa. Todos siguen sus generosas huellas. Había empezado sola y acaba por arrastrar á toda la nación en pos de sí.

Vosotras no estáis solas, mujeres francesas, como lo estaba Juana de Arco. Basta que cada una tenga un poco de generosidad y buen ánimo, sin necesidad de llegar al heroísmo. No neguéis lo que se os pide; porque hoy, como hace cinco siglos, Francia está en peligro. Ha perdido menos territorios que entonces, pero ha perdido gran parte de las creencias y virtudes en que se funda el bienestar de las naciones y la inviolabilidad de



las fronteras. En medio de este pueblo católico por su historia, por sus virtudes, su carácter, sus intereses, han tomado asiento todas las religiones adversas y todas las impiedades coaligadas, dando tregua á sus divisiones políticas para desahogar con más furia su odio común contra la alianza de nuestra patria con la Iglesia, base de nuestra indivisible grandeza nacional, religiosa y civil á un mismo tiempo.

Una ciencia de origen exótico, una política inspirada en el internacionalismo más servil, propagan las doctrinas y consuman los hechos que convienen á los intereses del extranjero. Nuestra nación se siente prisionera, se ve traicionada, se da cuenta de que por una desdicha sin ejemplo, el Estado se ha convertido en enemigo de la sociedad y de la patria. Y entretanto el sueño anubla los ojos de los buenos, que duermen sobre sus armas esperando días mejores. No los esperemos por más tiempo, adelantemos su advenimiento. En esta negra noche, encended vuestras lámparas, mujeres de mi patria, como las encendieron vuestras abuelas durante la guerra de los Cien Años. Entonces se vió durante muchas noches un tenue resplandor tras de las ventanas de nuestros pueblos y aldeas, mientras el zumbir de miles de husos comunicaba un soplo de vida al silencio nocturno. No es hora ya de decir, como entonces: «Hilad, buenas francesas, por el rescate del valiente Duguesclin, prisionero de los ingleses.» Sino que es hora de exclamar: «¡Por el rescate de vuestros hijos, de vuestros esposos, de vuestros hermanos, cautivos del error, mujeres francesas, aprended!»



## La mujer y los pensadores









# LA MUJER Y LOS PENSADORES

## I

Si la mujer en nuestros días no es feliz, no es porque no se ocupen muchos en labrar su felicidad. El hombre, al sacrificarse por el bienestar de los demás, procura hacerlo de tal modo que redunde siempre en provecho propio. Por esto hay tantos hombres que dividen el problema de la felicidad, y para resolverlo se consagra cada uno á hacer feliz á una sola mujer, la elegida de su corazón.

Pero el éxito de la empresa en el terreno particular dista mucho de haber demostrado la eficacia de tal sistema. Así, pues, se ha buscado por otras vías un método más general y desinteresado. Con el nombre de distintas religiones, filosofías y escuelas, el esfuerzo común de muchas inteligencias se ha dirigido á asegurar á la mujer la suerte que por naturaleza le corresponde. Ha crecido el conocimiento de que estamos en deuda con ella, deuda reconocida por el siglo que ha poco terminó; y en el que comienza, la felicidad de la mujer aparece como una cuestión de justicia social. Por desgracia hemos heredado del



siglo pasado un profundo desacuerdo de los espíritus, que amenaza esterilizar la acción de esta justicia; pues los que compiten en el deseo ardiente de curar el mal, en cuya apreciación coinciden, proponen con el mismo tono de certeza remedios contradictorios.

Las diversas religiones y sectas que pretenden atraerse á la mujer, se acusan ante la misma unas á otras de impotencia y de impostura.—Ven, le dice la Iglesia; sólo yo elevaré tu alma por encima de los vanos deseos y preservaré tu vida de los remordimientos, que son el peor de los males.—Guardaos mucho, dice el protestantismo, de someteros al yugo católico; no empecéis la obra de vuestra emancipación aceptando la esclavitud; adoptad una religión que al haceros dueñas de vosotras mismas os dé fuerzas para conquistar vuestra libertad definitiva.—Tan mala es la religión reformada como la católica, dicen los filósofos de la incredulidad, puesto que ambas os infunden la ilusión de una felicidad futura; con este pretexto os hacen aceptar todos los males de esta vida, que es la única segura, y con su moral, fundada en una hipótesis, os privan de todos los goces que ofrece el mundo.—Si lo que dicen los incrédulos es verdad, exclama el socialismo, concluyamos de una vez: no esperéis la dicha de una sociedad basada por entero en las hipótesis religiosas; mientras la propiedad y la familia estén constituídas como ahora, os veréis privadas de ejercer vuestros legítimos derechos. ¡Mujeres!: vuestra felicidad es como la moneda de oro que se coloca bajo los cimientos de un edificio; si queréis poseerla, derribadlo todo.



Así, pues, la mujer que aspire para sí misma y para todo su sexo á un destino conforme con su naturaleza, debe empezar por enterarse de lo que cada una de estas doctrinas le promete y de cómo podrán cumplir lo prometido.

## II

¿Cuál es el hecho más constante y universal, en la sociedad antigua? La opresión de la mujer por medio de las leyes y de las costumbres. El derecho común es, para ella, no tener derecho alguno. Sufre la suerte propia de un ser débil en una sociedad fundada por la fuerza y en provecho de la fuerza: más bien que como una persona, es la mujer considerada como una cosa que pasa del dominio del padre al dominio del marido, sin pertenecerse un solo instante á sí misma. En el matrimonio no interviene para nada su voluntad: el hombre la adquiere por donación ó venta del padre. Cuando está harto de ella le da libelo de repudio, y si no le basta apela á la poligamia, perpetuándose así en favor del varón el derecho de cambiar su elección siempre que se le antoje. En cambio la mujer, que no ha elegido á su esposo, queda obligada á serle fiel. Ni aun los hijos son un vínculo entre quienes los han engendrado, sino que pertenecen únicamente al padre, como las crías de los rebaños pertenecen al amo. La madre sólo sirve de instrumento para perpetuar la especie, y sus funciones se limitan á engendrar



y nutrir á sus hijos, sin conservar luego con ellos mayor relación que los tiestos de una maceta con la planta preciosa que contuvo.

Es verdad que no siempre fué tan lamentable la suerte de la mujer; pero esto es cabalmente lo que condena al mundo antiguo con más severidad, porque el envilecimiento de la mujer, lejos de disminuir, va en aumento á medida que la sociedad avanza. La época más vigorosa en cada raza, es la de su infancia. Los tres pueblos que empuñaron sucesivamente el cetro de la civilización antigua, Egipto, Grecia y Roma, empezaron por el matrimonio estable, en que la mujer tenía cierta dignidad. Sabían que la fuerza militar se adquiere y se conserva mediante la pureza de costumbres. Por lo cual, el culto á la nación, el deseo de engrandecerse, y no el respeto á la mujer, es lo que inspiró á aquellos pueblos en un principio las virtudes privadas en que se funda la prosperidad del Estado.

Cesaron los peligros que amagaban á los estados nacientes; las virtudes adquiridas en la brecha quedaron enterradas en los campos de victoria, y el pueblo vencedor abandonó sus severas costumbres, como el soldado que después del combate deja en un rincón las pesadas armas. Cada una de aquellas razas, apenas hubo logrado la supremacía, se precipitó por diversos caminos en el abismo de la inmoralidad. Los Reyes de Egipto se permiten la poligamia, sin considerar que todas las debilidades de los grandes son ejemplos fatales para el pueblo. Los griegos, entregados al movimiento de ideas, sistemas y discusiones, hallan insoportable el silencio del hogar y la com-



pañía de una esposa incapaz de sostener una conversación intelectual. No suprimen la monogamia, pero la hacen consistir en tener una esposa sola, relegada en el hogar solitario. Las inspiradoras de los artistas, las amigas de los filósofos y de los hombres públicos, son las cortesanas, que tienen el espíritu adornado como el cuerpo. No es el placer de los sentidos lo que atrae hacia ellas á los hombres, sino el placer de la conversación, de la elocuencia, del saber, que no encuentran en su casa. Pero, por haber buscado en mujeres diferentes lo que era preciso reunir en una sola, los griegos se prepararon una doble decepción. Como á la virtud de la esposa le faltaba la inteligencia y á la inteligencia de la cortesana le faltaba la virtud, los hombres sintieron que, así junto á la una como junto á la otra, faltaba algo á su amor, lo cual achacaron no á un error en su conducta, sino á la inferioridad de la naturaleza femenina. Su creencia de que el amor es el supremo bien y de que la mujer es indigna del amor, condujo al hombre al extravío de buscarlo en sus iguales por la inteligencia, por la cultura, por el refinamiento y sutilidad de las ideas; y esta depravación de la sensibilidad se resolvió en los vicios que son el oprobio de la Grecia antigua (1).

(1) Cousin, *Traduction de Platon. Argument*: «Es indudable que la antigüedad envilecía á la mujer, haciéndola perder sus mayores encantos. De aquí las preferencias contra natura que nos repugnan, pero que es preciso comprender. Doquiera que la mujer no es, por su alma, igual al hombre, es natural que el amor, precisamente por su instinto más puro y elevado, busque un objeto más digno y se encariñe con él.

»¿Qué hombre distinguido podría entregar su corazón á la mujer, tal como la antigüedad la había hecho, compartir con un alma envilecida, estúpida ó frívola los secretos del espíritu, aso-



En esta podredumbre entraron fácilmente, después de la espada de Alejandro, las lanzas de los rudos soldados romanos. Pero los romanos, á su vez, cuando dejaron de temer á sus rivales, dejaron también de temer sus vicios, y la gloria militar y la lujuria triunfaron á la vez en el Imperio. Los ataques á la indisolubilidad del matrimonio, inician, con la decadencia de la mujer, la del Estado. Desde el siglo vi de la era romana, ó sea unos dos siglos antes de Jesucristo, el divorcio entra en las costumbres, en provecho solamente del marido. Después de Augusto, las guerras civiles y extranjeras han reducido de tal modo el número de los ciudadanos romanos, que el Estado se preocupa profundamente de perpetuar la raza, é impone el divorcio como un deber á los esposos estériles. Concédese también á la mujer el derecho á solicitar el divorcio, y ella usa de este derecho hasta el punto de que, según frase de Séneca, «las hay que no cuentan los años por el número de cónsules, sino por el número de sus maridos» (1).

El matrimonio, entendido y practicado de esta manera, se hace pronto imposible. En vano se

ciarla á su destino y poner en ella la esperanza de una unión feliz y generosa? Platón hubiera deseado una ley contra aquellas preferencias; pero confiesa que la corrupción ha llegado á un punto que una ley en tal sentido sería por completo ineficaz.

»Esta ley que Platón no se atrevía á proponer en un pequeño estado de cinco mil ciudadanos, la ha establecido el cristianismo en toda Europa; y no sólo la ha escrito en los códigos, sino que la ha introducido en las costumbres, y, sin confundir los deberes de la mujer con los del hombre, la ha ennoblecido, ha hecho de ella un ser moral, capaz de un amor más alto que el de los sentidos; y de este modo ha vencido las preferencias vergonzosas que, desprovistas ya de fundamento, han cesado por sí mismas.»

(1) Séneca, *de Benef.*, lib. III, cap. XVI.



dictan leyes contra los célibes: los hombres se muestran cada vez más refractarios á contraer una unión que ha perdido toda su dignidad al dejar de ser indisoluble, y se dispensan de la hipocresía de una fórmula vana, entregándose al amor libre, con el título de concubinato. Como es necesario impedir á toda costa que disminuya el número de ciudadanos romanos, y puesto que las uniones legítimas caen en desuso, no hay más remedio que aceptar las uniones irregulares, que la ley acaba por reconocer. Y si el hombre puede, sin miedo á la ley, que es la única fuerza moral de aquella época, cambiar sucesivamente de mujeres mediante el divorcio y el concubinato, ¿qué escrúpulo le impedirá tener varias mujeres á la vez? Si lo esencial es perpetuar y aumentar la raza, no hay que oponerse á los esfuerzos de los que procuran repoblar el Imperio. En consecuencia, la ley reconoce al marido el derecho de tener una concubina, cuando esté separado temporalmente de su mujer; y el Estado mismo facilita á sus funcionarios el ejercicio de este derecho, puesto que al confiarles una misión lejana, incluye entre los gastos de viaje el sostenimiento de una concubina.

Ninguna de estas medidas basta para detener el agotamiento de aquella raza, antes tan fecunda; lo cual prueba que no se corrigen los vicios transigiendo con ellos (1). Lo único que se

(1) «Esta experiencia de los romanos, prolongada por largo tiempo y con absoluta libertad, demuestra, á pesar de todas las teorías favorables al divorcio, que éste no conduce á la felicidad ni á la moralidad de las costumbres.» Gibbon, *Decadencia del imperio romano*, cap. XLIV.



siguió de todo esto fué agravar la miseria moral de la mujer.

Los prejuicios y las injusticias son moneda corriente en la vida de las sociedades; pero al menos la verdad y la justicia encuentran asimismo, de ordinario, algunos defensores que luchan por la buena causa contra el error general. Con su animosa actitud procuran á las víctimas el consuelo de verse compadecidas, y preparan la conciencia de las futuras generaciones para el advenimiento de un orden superior. En la antigüedad hubo ciertos hombres que tomaron á su cargo la protesta. Ahora bien: ¿Qué defensores tuvo, entre ellos, la mujer, la gran víctima de su época? ¿Se levantó en favor suyo alguna voz pidiendo misericordia?

Los sabios, que á sí mismos se dan este nombre, hablan, sí, de la mujer; pero es para justificar la iniquidad y presentarla como una ley natural ineludible. Como si á propósito de un ser tan inferior fuese superfluo el pensar seriamente, en cuanto tratan de la mujer, los espíritus más elevados sólo aciertan á decir vulgaridades. La filosofía suministra á la razón teorías pueriles para adormecer los últimos escrúpulos que pudiese albergar la conciencia del hombre. Oid á Pitágoras: «Hay un principio bueno, que creó el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que creó el caos, las tinieblas y la mujer.» Para explicar la existencia de la mujer, Platón apela á la metempsícosis de la India: «Las almas de los hombres serán castigadas en su segunda generación, pasando á un cuerpo de mujer, y en su tercera, pasando á un cuerpo de bestia.» Y desple-



gando su imaginación para extremar la miseria de las mujeres, propone en su República que pertenezcan en común á todos los hombres.

### III

Es preciso recordar este amargo pasado para comprender la revolución producida por el cristianismo en la suerte de la mujer.

Sin duda el pueblo judío, del que nació Jesucristo, tenía de la mujer una idea más exacta, puesto que tenía mejor idea de Dios. El temor de un Dios que al conceder al hombre una compañera le prohíbe tomar otras, fué el principio del respeto á la mujer en Israel. Decimos el principio, porque, si como esposa tiene iguales derechos que el marido á la fidelidad conyugal, y como madre comparte con su esposo la autoridad sobre sus hijos, esta doble calidad de esposa y de madre parece indispensable para que quede redimida de su inferioridad nativa; fuera de la familia conserva en todo esa inferioridad. Se le señala, en el templo, un lugar determinado, porque no puede orar ante Dios en la misma forma que los hombres. No interviene para nada en los asuntos que interesan á la sociedad ó al Estado, salvo cuando una Judit realiza hazañas extraordinarias. La estabilidad de la familia no es completa, puesto que Moisés permite á los hebreos el divorcio, «por condescender con la dureza de sus corazones». A pesar de esta tolerancia, la ley de Dios aun parece



á los hombres demasiado pesada. Los reyes judíos juzgan como un desdoro de su majestad no practicar la poligamia como los otros reyes. Los moabitas no están lejos... De este modo Israel sigue la pendiente por la cual resbala en todas partes la dignidad de la mujer. Por lo demás, aunque así no sucediera, ¿qué sería Israel sino una gota de agua pura perdida en la corrupción universal? Este pequeño pueblo que va de derrota en derrota, no puede servir de ejemplo á nadie, pues sus costumbres, que no han bastado para hacerle poderoso, son desdeñadas por los vencedores.

Jesucristo, el gran contradictor de la sabiduría humana, con nada la escandaliza en mayor grado como en su manera de tratar á las mujeres. A una mujer, la Samaritana, se anuncia por primera vez como Mesías. Para las faltas de la mujer tiene una indulgencia que contrasta con la ordinaria severidad de su doctrina. Cuando se refugia á sus pies la mujer adúltera, se dirige á los hombres que la persiguen y les dice: «El que esté sin pecado que le tire la primera piedra.» Su justicia, más que contra la culpable, se dirige contra sus acusadores, como significando que los vicios, el abandono, la dureza y la corrupción del hombre, son la causa primera del envilecimiento de la mujer. Permite á estas criaturas desdeñadas vivir cerca de Él, y no solamente por los cuidados domésticos de que le rodean y por la generosidad de sus dones. Marta y María, en cuya casa Jesús se retira á descansar de vez en cuando, dan el ejemplo de la doble vida que se ofrece á las mujeres. La una, para honrar al Maestro, se



entrega activamente á los quehaceres materiales, que eran entonces la ocupación exclusiva de la mujer; la otra, inmóvil á los pies del Salvador, escucha las palabras de vida. «Esta, dice Jesús, ha escogido la mejor parte.» Jesucristo no hace ninguna diferencia entre los dos sexos; redime á la criatura humana y ofrece á todos la misma felicidad mediante las mismas virtudes. Por primera vez, la mitad del género humano, que esperaba en vano un poco de misericordia, siente que se borran cuatro mil años de esclavitud, al influjo de esta voz libertadora.

¡Con qué gratitud, semejante al completo don de sí mismas, corresponden al inmenso beneficio, y de qué manera justifican, durante la Pasión, la confianza de Cristo! En las horas de la terrible prueba los hombres parecen mujeres por su timidez y las mujeres parecen hombres por su valor. No, ellas no le hacen traición á Cristo, ni le niegan, ni le abandonan, ni se resisten á creer en la resurrección, ni necesitan meter el dedo en la llaga para creer. Están seguras de que la bondad perfecta no engaña, y comprenden que todo su porvenir está unido á la vida de la nueva doctrina. Creen en Cristo porque en Él descubren á su Salvador y Libertador.

Por lo general, la historia parece ocuparse sólo de los hombres, quizá porque de ordinario son los hombres quienes la escriben. En el advenimiento del Cristianismo la acción de la mujer es tan decisiva como repentina. ¿Cómo esta débil criatura, privada hasta entonces de todo influjo en los acontecimientos y en las ideas, toma parte tan activa y preponderante en la más profunda



revolución de las ideas, en el acontecimiento más importante de toda la historia humana? Vivimos en una época en que se procura hallar causas racionales aun á los hechos más extraordinarios, y no es difícil demostrar que el cristianismo fué especialmente redentor para la mujer, y que el concurso de ésta era necesario para el triunfo del cristianismo.

El verdadero dios del paganismo era el placer. La sociedad pagana, al poner al servicio de la sensualidad las conquistas, la esclavitud, las riquezas, hasta las artes y la poesía, sometió el espíritu á la dominación de la carne. El cristianismo, por el contrario, sometía la carne al espíritu, y reconocía á los suyos en los sacrificios impuestos al cuerpo; impone la virginidad ó la continencia á los que aspiran á la perfección, y á los que aceptan la vida ordinaria y se encargan de perpetuar la especie, les ordena el matrimonio de uno solo con una sola y para siempre.

El yugo de la castidad, principal obstáculo para la propagación del cristianismo, no pesaba lo mismo sobre el hombre que sobre la mujer. Esta virtud que aseguraba al hombre las recompensas de la vida futura, suprimía en la vida presente, sin ninguna compensación inmediata para ellos, la libertad de los placeres; en cambio, esta oposición á la sensualidad acarrearba aún en este mundo grandes ventajas para la mujer.

Como el placer es egoísta, el hombre pagano no se preocupaba de la mujer sino en lo que convenía á su egoísmo; no se preguntaba si los goces que buscaba en ella la hacían más dichosa, sino que la sacrificaba, sin el menor escrúpulo, á su



concupiscencia. Para el hombre sensual, lo único interesante de la mujer es el cuerpo; así es que la desea sin estimarla y la posee sin agradecerlo. Amar á la mujer por sus cualidades físicas, es amar la belleza de todas las que la poseen, es prescindir por completo de todas las que no han sido nunca bellas y de las que han dejado de serlo. La mujer, aun en las atenciones aparentes, en los pasajeros arranques de ternura del hombre apasionado, reconocía su brutalidad y le despreciaba porque comprendía que no buscaba en ella más que el cuerpo, y que desdeñaba, con tal de poseer por completo este cuerpo, lo mejor que ella sentía en su interior, la voluntad, la inteligencia, la bondad, el verdadero amor, el amor del alma.

En sus efímeros triunfos se despreciaba á sí misma, porque comprendía que eran debidos á sus cualidades más frágiles y más vanas; y se preguntaba con angustia si tales cualidades serían lo único bueno que tenía, puesto que eran lo único estimado por el hombre. De este modo llegaba á despreciar al universo entero, al ver que era todo él un inmenso templo consagrado á la impúdica Afrodita.

Practicar las virtudes que el Evangelio le imponía como una ley, era obligar al hombre á respetarla, era adquirir en la familia un lugar de honor y un influjo poderoso en la sociedad. A cambio de los placeres sensuales, la religión de Cristo comunica á la mujer en este mundo una dignidad de que apenas tenía conciencia.

Los que invitan á la mujer á someterse al blando yugo, no esperan de ella nada de lo que le



piden los otros hombres; y las costumbres que le enseñan la hacen incapaz de vergonzosas debilidades. No se ocupan de ella por egoísmo, sino para hacerla feliz, preparándole así la más inesperada sorpresa: la sorpresa de verse amada con desinterés. Esto dulcifica y compensa el poco aprecio que demuestran de su gracia y su belleza, lo cual, además, le prueba que las cualidades externas y pasajeras no son lo mejor de sí misma. Le atestiguan, finalmente, la importancia y la dignidad de su alma, antes tan despreciada, y despiertan su valor, su bondad y su abnegación. De este modo la mujer, por encima de los achaques de la edad, de la pérdida de su belleza, de la humildad de su clase, advierte que posee bienes espirituales que extienden, transforman y elevan su vida, la hacen colaboradora de un orden superior y la aseguran una recompensa eterna. ¿Qué extraño, pues, que se incline ante los que la dignifican y se aparte de los que la envilecen y se sienta atraída hacia una religión que la hace digna de estima al par que hace al hombre estimable?

Si el doble incentivo de la dicha absoluta en la vida futura y la felicidad relativa en la presente atrajo tan poderosamente á la mujer, esta doble energía era en ella necesaria para vencer el mayor obstáculo que dificultaba el triunfo del cristianismo.

En el mundo antiguo todo se subordinaba á la defensa del Estado: de ahí la persuasión de que las reglas que miraban al bien común, establecidas por el consentimiento general, debían ser sagradas para todos, y que la ley no era otra cosa que el derecho. Llegó un día, luego que Roma hubo



conquistado el orbe, en que el poder no representó ya la voluntad general sino el capricho de un emperador; pero se tenía ya la costumbre de considerar al poder como representante del bien público, y cualquiera desobediencia al emperador equivalía á un crimen de lesa patria.

Los hombres viles y degradados que ocupaban el solio imperial eran naturalmente enemigos del cristianismo y se defendieron proscribiéndolo. La persecución amenazaba detener los progresos de la nueva doctrina entre aquellos hombres cuya voluntad estaba paralizada por la costumbre de acatar todo mandato del emperador. La mujer, en cambio, había sido demasiado maltratada por las leyes, obra de los hombres, para no sentirse dispuesta á la rebelión. La injusticia de su suerte le había hecho comprender que por encima del derecho escrito en los códigos está el derecho escrito en las conciencias; que las leyes humanas, para ser legítimas, deben ajustarse á este derecho natural, y que siempre que la ley se rebele contra el derecho, podemos rebelarnos contra la ley. ¿Se debe quizá á su larga experiencia de la injusticia de los hombres, esta indeleble marca del carácter de la mujer, su desdén hacia la ley escrita y la santa libertad con que la infringe siempre que la juzga injusta? Sea como fuere, el cristianismo le apareció desde un principio como la ley divina á que no es lícito sustraerse, y no vaciló ni un momento en dar á Dios lo que es de Dios, aun contra la voluntad del César.

Entonces empezó la epopeya de la mujer, el heroico desquite del pasado. Entonces mostró, espontáneos y perfectos á la par, los dones que el



hombre había querido ignorar ó destruir, aun los que parecían más contrarios á la pretendida debilidad de su sexo. Empieza por desafiar valientemente la orgullosa majestad imperial; en los suplicios más espantosos yence con su heroísmo la crueldad romana, y viene luego el heroísmo más obscuro, pero no inferior, de la constancia en las esposas de los Césares, convertidas mucho antes que éstos (1), las cuales consiguen, con sus relevantes virtudes, hacer estimable á sus esposos el culto proscrito por las leyes. Puede decirse que la paz religiosa que, después de tres siglos de lucha, consagró el triunfo del cristianismo, fué debida principalmente á la mujer.

No obstante, el cambio encerraba un serio peligro. Los emperadores, que hasta entonces habían asumido la dignidad de pontífices, tienden á gobernar la religión, con el pretexto de protegerla. Este peligro se manifiesta en las herejías que fermentan en el seno de la paz, tan á duras penas conquistada. El poder del Estado se halla con frecuencia al servicio de falsas doctrinas. Y sin embargo, en medio de la incertidumbre que lleva á las sectas de error en error, las mujeres permanecen fieles á la verdad perseguida. Un instinto salvador las advierte que la dominación del poder político sobre la Iglesia, pondría de nuevo la solución de los grandes problemas en manos del hombre, el antiguo enemigo, quien no tardaría en convertir otra vez á la compañera de su vida en

(1) La esposa de Diocleciano era cristiana, como también la de Constancio Cloro, Elena, madre de Constantino. Lo fué igualmente la esposa de César Maximiano Hércules, cuya hija, cristiana como ella, se casó con el emperador Constantino.



esclava de sus caprichos y de sus pasiones. El espíritu de independencia que anima á la mujer y la prepara á la resistencia, se fortifica con la educación que da á sus hijos, entre los que se cuentan pronto varios padres de la Iglesia (1). Estos, desde luego, en las luchas, á veces trágicas, contra el poder civil, se ven alentados por el valor heroico de las mujeres cristianas, que de este modo contribuyen realmente á salvar de ingerencias políticas la pureza de la doctrina. No menos que con su valor, sirven á la religión con el ejemplo que dan de las más altas virtudes. Contribuyen al sostenimiento de la Iglesia con la liberalidad de sus dones; realzan todos sus méritos con la virginidad, fundan en Occidente la vida monástica é inician las luchas de la caridad contra las enfermedades y la miseria (2).

Pero todo esto no es aún bastante: es necesario que la razón pagana, inspiradora de las leyes civiles, deje de oponerse á la moral del cristianismo. Entre las leyes que hay que reformar, escoge la Iglesia, como las más urgentes, las que corrompen el matrimonio con el pretexto de regularlo, y reclama la igualdad del hombre y la mujer por lo que toca á la incapacidad de romper el vínculo conyugal y á las penas impuestas al con-

(1) Los cuatro Padres más ilustres de la Iglesia griega: San Atanasio, San Basilio, S. Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo, y los cuatro principales de la Iglesia latina: San Jerónimo, San Agustín, San Ambrosio y San Gregorio Magno, declaran que deben su vocación y su constancia á las lecciones de sus madres y de sus parientas cristianas.

(2) San Benito, para sus fundaciones, tomó bastante de los institutos monásticos establecidos en el siglo iv para las mujeres, por Santa Marcela. San Jerónimo nos dice que Fabiola fundó en Roma el primer hospital.



yuge infiel. Como esto era destruir el antiguo privilegio del varón, muchos hombres se resisten á aceptar la reforma; pero las mujeres comprenden que encierra para ellas un inmenso beneficio, y reclaman con tesón estas cadenas que han de atarlas indisolublemente á sus esposos, á sus hijos, á sus deberes y á la dignidad de su estado. La influencia femenina se manifiesta en los cambios que, después de Constantino hasta Teodosio, restringen cada vez más los antiguos desórdenes del matrimonio y empiezan á levantar el edificio de la familia cristiana, fundada en la dignidad común del padre y de la madre (1).

Mas el imperio romano era como un pecador que se convierte al fin de su vida. La nueva religión llegó á tiempo para enseñarle á morir. Disputábase su herencia las razas jóvenes y bárba-

(1) E. LABOULAYE. *Derecho romano*, sección II, cap. VII, *Investigaciones sobre la condición de las mujeres*. «Esta mejora en la suerte de la mujer es debida indudablemente á la influencia cristiana. No podían las leyes romanas llegar á tal resultado por natural y graduada evolución: los principios que las informaban estaban muy lejos de encerrar tales consecuencias. Las ideas cristianas se impusieron, y aseguraron á la madre el lugar que le corresponde en la familia, mediante la renovación completa de las leyes. Esta revolución legal, efectuada en tiempo de Constantino, fué la consecuencia lógica de la gran revolución social iniciada tres siglos antes; y esto es lo que no quieren comprender los que acusan á Constantino y Justiniano de haber alterado profundamente la jurisprudencia romana. La alteraron, sin duda; pero fué para substituir la dureza de los antiguos principios jurídicos por la dureza de los principios cristianos. A esta misma revolución se debe la persistencia de las leyes romanas hasta nuestros días. Las leyes que han quedado no son las de la República: son las leyes dictadas por los emperadores cristianos, es la moral cristiana aplicada á todas las instituciones. Lo que pertenecía á la Roma pagana ha perecido poco á poco; lo único que hoy queda en pie, de aquel gran edificio jurídico, es lo que levantó el cristianismo.»



ras, á las que será preciso conducir por la nueva vía abierta por la Iglesia; y en esta educación de los bárbaros influirá la mujer, no menos que en la victoria conseguida contra el paganismo. Inspirada por su ardiente celo, al par que por el propio interés, proseguirá y consumará la revolución por ella iniciada.

Cuando los Césares comparaban el esplendor de la civilización romana con el origen humilde de la religión fundada por algunos judíos ignorantes en un extremo del imperio, los dos poderes eran en realidad tan desiguales, que no había conflicto posible entre uno y otro respecto de la jerarquía y orden natural de sus respectivos derechos. Pero el conflicto, pronto ó tarde, había de estallar.

La Iglesia es una sociedad fundada sobre verdades eternas y divinas, mientras que el Estado es la sociedad fundada en los intereses temporales y limitados á este mundo. ¿Cuál de ellas debe subordinarse á la otra?

El conflicto surgió al primer contacto de los bárbaros con la Iglesia. Aun aceptando la fe cristiana, los reyes godos no consentían en renunciar á las costumbres tradicionales de su raza ni en abdicar la autoridad arbitraria de que estaban revestidos. Pero la Iglesia comprendió que las costumbres godas perpetuarían en la sociedad cristiana los vicios romanos, y que la arbitrariedad de los príncipes, fomentada por sus pasiones, alteraría fácilmente el orden y la disciplina religiosa. Y como los representantes de la civilización humana no son ya los Césares sino los reyes bárbaros, intrusos é ignorantes; y la Iglesia, ante



el nuevo poder, se ha convertido en una institución antigua y sabia, por esto plantea sin rodeos ante él el problema de si es la Iglesia la que ha de obedecer á los reyes ó los reyes á la Iglesia. Afirma ésta enérgicamente que, si la eternidad es superior al tiempo, el deber á los intereses terrenos y Dios á los hombres, la Iglesia, encargada por Dios de conducir al hombre hacia su inmortal destino, no puede someterse á ninguna autoridad humana; y que los mismos reyes deben someterse á las leyes de la Iglesia, limitándose á reinar sobre las cosas temporales. Y como preveía que los reyes opondrían á su divino Magisterio, la soberanía real y la acusarían de querer usurpar sus atribuciones y de que pretendía invadir los dominios del gobierno temporal, con el pretexto de defender los intereses religiosos, por esto declara que su misión de dar á la sociedad una ley moral, reclama imperiosamente la facultad omnímoda para decidir qué medidas de gobierno son necesarias para la defensa de dicha ley. Esto equivalía á subordinar en lo espiritual la autoridad civil al poder religioso.

En este conflicto entre los dos poderes parece que la mujer había de mostrarse neutral, puesto que no ejercía ni las funciones del sacerdocio ni las del poder político; y no obstante, se inclina sin vacilar en favor de la Iglesia; porque comprende que el poder político representa las pasiones y las favorece, mientras que el poder sacerdotal encarna en forma menos imperfecta la sabiduría precavida y la virtud desinteresada, y es el único que puede transformar el caos de las costumbres bárbaras en una civilización basada



en la unidad de creencias. Además, la mujer se complace en ver que una institución desprovista de toda fuerza material subyuga á los poderes de la tierra, y reconoce cierta afinidad entre los medios de que se vale la Iglesia y el modo de proceder á que apela la esposa, adquiriendo, con su dulzura y constante abnegación, decisiva influencia sobre el rudo carácter del Godo, del Franco y del Germano.

Durante las invasiones que mezclaban las hordas bárbaras con los pueblos del imperio, algunos jefes salidos de los inmensos bosques germánicos tomaron esposa entre las jóvenes educadas en la corte de los Césares, las cuales, cristianas casi todas, se encargaron de convertir á sus maridos. La comunidad de religión no bastó para borrar las diferencias nativas entre aquellos hombres salvajes y sus mujeres, de refinado espíritu. Esta superioridad hizo para muchas de ellas demasiado doloroso el contacto con la rudeza de su siglo. Así es que cuando muere su marido ó cuando pierden sobre él toda influencia, se retiran y buscan en la soledad el reposo de su alma, entregándose al estudio y á la oración. En su retiro acogen á otras mujeres, atraídas por la comunidad de gustos, y á muchas doncellas de noble alcurnia á cuya educación no se desdeñan de consagrarse. Entonces empieza para estas mujeres una misión singularmente fecunda, ya sea que en su retiro monástico transmitan á una generación más joven la cultura que recibieron, ya sea que, casadas con príncipes y magnates, sigan la tradición de las esposas cristianas. En la época merovingia las hijas de los reyes y prín-



cipes francos fueron educadas de este modo; y como los francos iban á la cabeza de aquellos pueblos jóvenes y los otros reyes procuraban contraer alianza con ellos por medio de matrimonios, gran número de nobles doncellas merovingias ciñeron la corona real, no sólo en la Galia, sino en Inglaterra y en España, y desde el trono abrieron el camino al evangelio en sus respectivos países, é iniciaron de este modo el fecundo apostolado de la raza francesa. Con su respeto exterior á los misioneros y á los obispos, con su personal sumisión á las sentencias de la autoridad religiosa, con su perseverancia en apoyar la intervención de la Iglesia en el gobierno de los pueblos, contribuyeron á levantar la autoridad moral de los papas por encima de todas las coronas, empezando por la suya propia.

El Santo Imperio, forma visible de la alianza entre las dos potestades, pudo establecerse en el siglo IX porque lo habían preparado desde mucho antes las mujeres. Las piedras preciosas de la diadema que ciñó Carlomagno, habían sido reunidas una á una por las humildes reinas cuyo nombre sólo la Iglesia recuerda. Y su paciencia, su modestia, su abnegación, brillaban ante Dios con más fulgurantes destellos que la suntuosa corona imperial.

Con heroica firmeza se sacrifican siempre que se trata de defender la jerarquía de la sociedad cristiana. Cuando los príncipes, para dominar el poder pontificio, suscitan la querrela entre el sacerdocio y el Imperio, ¿quién es el aliado más fiel de Gregorio VII? Una mujer, la gran condesa Matilde. Para continuar, aun después de su



muerte, la defensa de la Santa Sede, deja sus estados al Pontífice y completa de este modo la obra de Carlomagno. Cuando los reyes de Francia han sacado al Papa de Roma y le tienen cautivo en Aviñón, ¿quién se levanta contra la complicidad de los cardenales y aun contra la resignación del Pontífice mismo? ¿Quién recuerda al Sacro Colegio las condiciones indispensables del magisterio católico y exige el regreso del Papa á Roma, donde goza de la necesaria independencia? No son los doctores quienes pronuncian las palabras decisivas, sino una mujer, una religiosa cuyo amor y abnegación por la Iglesia la transforman en genio: Catalina de Sena, persuadiendo al Pontífice que se restituya á Roma, devuelve á la Iglesia su libertad.

Cuanto más se reflexiona, más claramente se ve la importancia de la colaboración femenina en el establecimiento y propagación del cristianismo. Pero si algo iguala y aun supera los servicios prestados por la mujer á la Iglesia, es la solicitud demostrada por la Iglesia hacia la mujer desde los primeros siglos. Los autores paganos se ocupan de la mujer para alabar su belleza, en los términos con que se podría alabar un hermoso animal. Leed, en cambio, á los Santos Padres: no se complacen ellos en el cuerpo, antes se muestran hostiles con él, desconfiados ante sus encantos, rigurosos ante sus vanidades y depravaciones. Mas en sus mismos rigores ¡qué solicitud tan profunda se revela! Son enemigos del cuerpo porque temen que el cuerpo se vuelva enemigo del alma; pero, en cambio, alaban en el alma de la mujer todas las virtudes, todos los heroísmos,



todas las delicadezas con que se halla adornada. No solamente estiman los sentimientos de la mujer, sino también su inteligencia. Por consejo de una mujer, Santa Paula, emprende San Jerónimo la traducción de la Sagrada Escritura; para mujeres escriben los Santos Padres buena parte de sus tratados y de sus epístolas. La igualdad del hombre y la mujer es absoluta ante la solitud de la Iglesia.

Esta igualdad no tan sólo asegura á la mujer el lugar que le corresponde ante la Iglesia docente, sino también el lugar propio en la Iglesia militante. Excepto el sacerdocio, reservado á los hombres, se le reconoce á la mujer aptitud adecuada para todas las demás funciones de la sociedad religiosa. «Las mujeres, dice San Juan Crisóstomo, pueden tomar igual parte que los hombres en los combates por Dios y por la Iglesia» (1). Este mismo santo, desterrado de Constantinopla, confía á algunas mujeres los asuntos más difíciles, y cuenta más con ellas que con algunos obispos para suplirle en su ausencia (2). Otras mujeres muestran tal inteligencia de las Sagradas Escrituras, según refiere San Jeróni-

(1) Epístola 123, *ad Ital.*

(2) «La historia ha registrado con admiración los nombres de Salvina, Pentadia, Ampuctra, Nicareta y Olimpia, auxiliares infatigables del gran obispo. Especialmente el nombre de esta última, ilustre viuda de Constantinopla, ha quedado unido al de San Juan Crisóstomo, como los de Santa Escolástica y San Benito, Santa Juana de Chantal y San Francisco de Sales. La posteridad cristiana no puede separar el recuerdo de San Juan Crisóstomo del de su piadosa madre Aufusa y del de Olimpia, su consoladora fiel en todas sus tribulaciones.» P. Agustín Largent, *Essais d'histoire ecclésiastique*, Reteaux, 1892, pág. 106 y siguientes. Léase, acerca de este asunto, la obra de A. Thierry, *San Juan Crisóstomo y la emperatriz Eudoxia*, Didier, 1872.



mo, que son consultadas por los sacerdotes y los obispos, quienes se inclinan ante ellas modestamente, á pesar de la dignidad de su cargo y la superioridad de su sexo (1). Este respeto que la Iglesia muestra con la mujer, aparece plenamente confirmado en la correspondencia de los Papas. Sus cartas son el memorial glorioso de los actos de la mujer, la copiosa y magnífica enumeración de los diversos méritos que, á través de tantas y tan rudas pruebas, ha prestado á la Iglesia, la cual, en justa recompensa, no sólo permite á las mujeres constituir sociedades que se gobiernan por sí mismas, sino que además permite á ciertas órdenes, compuestas en parte de hombres, someterse al gobierno de una mujer (2).

(1) Marcela, de quien dice San Jerónimo, escribiendo á Principia, «Marcela, tuya, mía, mejor dicho, nuestra, es honor incomparable de Roma...», era tan versada en el conocimiento de la Sagrada Escritura, que al partir San Jerónimo para Tierra Santa quedó como el oráculo para dar solución á todas las dificultades bíblicas. De aquí que prosiga San Jerónimo hablando de ella. «Daba sus opiniones, no como tuyas, sino como mías ó de cualquier otro; aun cuando enseñaba permanecía en actitud de discípula, temerosa de ofender al sexo masculino y á los sacerdotes que la interrogaban sobre las materias obscuras y dudosas.» (*Ep. ad Principiam.*) Al lado de Marcela debemos citar á Melania, que hace frente á Pelagio, combate á Nestorio y convierte á Volusiano. Para convertir á este filósofo había escrito San Agustín el libro magistral titulado *Cartas á Volusiano*. «Dios, dice Baronio, había reservado á una mujer esta conquista, que en vano había intentado el genio más grande de la Iglesia.»

(2) La orden de San Salvador, fundada por Sta. Brígida de Suecia, comprendía, en distintos conventos, comunidades de ambos sexos; tenía un Superior general para lo puramente religioso y una Superiora general para lo temporal. La orden fundada en Fontevrault, compuesta igualmente de hombres y mujeres, estaba gobernada únicamente por una abadesa general, quien llegó á tener sesenta conventos bajo su exclusiva jurisdicción.



Después de señalar á la mujer un lugar tan preminente en la sociedad religiosa, el catolicismo procura conseguir para ella igual preminencia en la sociedad civil. Por defender á la mujer, no vacila la Iglesia en provocar los más serios conflictos con los príncipes. Estos, deseosos de reconquistar la libertad de sus pasiones, intentan con diversos pretextos, durante toda la Edad media, romper la indisolubilidad del matrimonio. A pesar de los sofismas, promesas y amenazas, la Iglesia sostiene inflexiblemente el derecho que es para la mujer base de todos los demás derechos; por la mujer sufre ó triunfa, pues donde quiera que la Iglesia consigue ejercer influencia efectiva, la mujer cobra importancia y mejora su suerte.

A esta importancia progresiva de su papel social, se prepara la mujer mediante la educación que las órdenes religiosas le ofrecen por doquiera; educación poco halagüeña y á menudo rigurosa para el cuerpo, pero cuidadosa del alma y de la inteligencia. Así formada, la mujer ejerce en el hogar una autoridad que las leyes reconocen y las costumbres van acrecentando de día en día. Su derecho al trabajo es regulado en parte mediante monopolios que aseguran á ciertas corporaciones de obreras determinados trabajos propios de su sexo; y aun en ciertas profesiones mecánicas, el oficio de maestra es confiado á una mujer, pudiendo ésta aspirar á las profesiones más difíciles, y para las cuales se requieren grandes dotes intelectuales. Así es que en la Edad media abundan las doctoras y las profesoras, que parecen una innovación del feminismo contempo-



ráneo. En Bolonia se enseña todavía la cátedra que ocupó una de ellas, doblemente célebre por su belleza y por su saber. Era tan hermosa, que los que la veían dejaban de escucharla; y se conserva la cortina tras de la cual explicaba sus lecciones, prefiriendo instruir que agradar. ¡Cuántos hombres hay más *femeninos* que aquella mujer! Aun en la vida pública de aquella época, desempeñan las mujeres un papel de suma importancia. Los asuntos de interés colectivo se resuelven en las asambleas parroquiales, en las que todos los vecinos, sin distinción de sexo, tienen voz y voto. El derecho feudal, que había fundado el poder político en la propiedad y admitía á las mujeres á la sucesión, las introduce en la jerarquía señorial. Cuando las cruzadas hubieron diezmado á los señores feudales, quedó en manos de las mujeres la administración de grandes propiedades, y en su dominio se mostraron económicas, pacíficas y justas. Al instituirse el gobierno por provincias y enviar éstas sus representantes á las cortes, las mujeres tuvieron el derecho de votar y aun, en ciertos casos, el de ser elegidas (1).

Lo que los feministas más audaces consideran como una tentativa peligrosa, pueden verlo realizado en tiempos relativamente muy antiguos. Pero lo que acaso no comprenderán sus espíritus obcecados, es que esta conquista progresiva y constante de los derechos de la mujer fué el fruto de la existencia grave, de la moral austera, de las virtudes obscuras ó brillantes, pero sólidas,

(1) «En 1576, tomaron parte treinta y dos viudas en las cortes que se reunieron en el Franco-Condado.» *Jesucristo y la mujer*, por la condesa E. de Trémaudan. Prólogo, pág. XVI.



que la Iglesia le había enseñado. Sus méritos estaban á la altura de las prerrogativas que se le concedían; y el buen uso que hacía de las ventajas que había logrado, era una garantía para obtener otras nuevas. Había logrado hacerse amar con justicia y por gratitud. Los más delicados sentimientos de su naturaleza habían despertado los más altos sentimientos del hombre, y la caballería había rodeado su belleza como con una religiosa aureola, haciendo que el hombre doblase ante ella la rodilla en señal de que el amor grande y verdadero se funda en el respeto.

#### IV

El estado social que acabamos de describir era la consecuencia de un común esfuerzo. La virtud del sacerdocio inspiraba la de la mujer y ésta, á su vez, sostenía la del hombre.

Los hombres, no obstante, fueron los primeros en cansarse de aquel estado de cosas. La vida les pareció una cuaresma demasiado larga, llena de penosas abstinencias, y aspiraron muy pronto á gozar de la Pascua florida. La Pascua florida fué para ellos el Renacimiento.

El precioso legado que nos había transmitido la antigüedad, las obras de los grandes pensadores, no se habían perdido, y nadie admiraba su belleza en mayor grado que los doctores de la



Iglesia (1). Pero, á decir verdad, esta admiración iba mezclada de cierta desconfianza, pues consideraban peligrosos aún á los grandes genios que se cernían por encima de todas las humanas miserias. Comprendían que entre la concepción pagana de la vida y la cristiana había una antinomia fundamental. ¿De qué serviría familiarizarse con tan peligrosos modelos, si al enseñarles lo bello les apartaba de lo verdadero? Para no comprometer, pues, por un goce superfluo de la inteligencia, las convicciones esenciales del alma cristiana, la Iglesia había dejado en la sombra á los autores antiguos.

(1) San Jerónimo, en la célebre carta que dirigió á Eustoquio y que Montalembert llama «el código de la virginidad cristiana», escribía: «Hace algunos años que abandoné mi casa, padre, madre, hermanas, parientes y, lo que en cierto sentido es más sensible, todas las comodidades de la vida, para ir á Jerusalén á servir á Dios y conquistar el reino de los cielos. Pero llevé conmigo la pequeña biblioteca que á costa de tantos sacrificios me había ido formando en Roma, y de la que no tuve valor para separarme. Así, pues, aliviaba las molestias del ayuno leyendo á Cicerón; cuando había pasado la noche en vela y había derramado torrentes de lágrimas al recuerdo de mis antiguos pecados, leía á Plauto para consolarme, y al entrar en mí mismo y volver de nuevo á la lectura de los profetas, su lenguaje me parecía inculto y enfadoso. ¡Pobre ciego, que acusaba á la luz y no á mis ojos! Mientras el demonio me mantenía en estas ilusiones, durante una cuaresma invadió mi cuerpo consumido una violenta fiebre, y sin dejarme un momento de reposo devoró de tal manera mis miembros que apenas me dejó los huesos y el pellejo. Se pensaba ya en mis funerales, pues el frío me tenía paralizado, y sólo los débiles latidos del corazón daban señal de que aun vivía. De pronto fué arrebatado mi espíritu ante el tribunal del supremo Juez. Estaba envuelto en una claridad tan deslumbradora, que caí con la faz contra la tierra, sin atreverme á levantar los ojos.—¿Quién eres? preguntó una voz.—Un cristiano, respondí humildemente.—¡Mentira! gritó la voz misma; eres un cicero-niano y no un cristiano; porque donde está tu tesoro está tu corazón.»



Los Santos Padres y los escritores cristianos daban materia suficiente para el estudio y para la lectura. Mas al llegar al siglo xv, los espíritus menos religiosos, cansados de esta estrechez intelectual, buscaron afanosamente los antiguos escritores. Al principio los leyeron por curiosidad, luego por gusto y por su relevante mérito. Buscar en las bibliotecas las obras perdidas de los autores conocidos, depurar su texto de los errores de los copistas, ir en busca de autores hasta entonces ignorados, para sacarlos á luz, constituyó la profesión de muchos hombres letrados, á quienes se dió el nombre de *humanistas*, como si ellos solos se ocuparan en una obra digna del hombre. Aun en nuestros días, Italia aclama con orgullo á sus *Cuatrocentistas* que iniciaron aquella resurrección. A decir verdad el Renacimiento fué de origen italiano: italianos fueron los principales humanistas; el suelo de Italia se hallaba sembrado de ruinas y de recuerdos de la antigüedad; la lengua de Roma, después de la de Atenas, había sido la lengua de los grandes clásicos. En aquellos momentos, sólo lo antiguo parecía nuevo; los humanistas no sólo se entusiasmaron con los manuscritos, sino también con los edificios, las estatuas, las lápidas, y en todo hallaban tal armonía, tanta pureza y elevación, que no lograban empañarla á sus ojos ni la bajeza de los motivos que las habían inspirado, ni la deshonestidad de las pinturas y estatuas. Tributaban culto á la belleza, pero entiéndase bien, á la belleza exterior y material de las cosas, á la belleza de la forma, tan distinta de la belleza preferida en la Edad Media, la cual en todo buscaba el



espíritu, el sentido íntimo é ideal. Esta belleza, que se apoderó de las inteligencias con la lectura de los clásicos y arrebató las miradas con la armonía de los templos y de los arcos triunfales y con la gracia y majestad de las esculturas, celebraba la alegría de la vida. La obra maestra de esta belleza plástica era el cuerpo de la mujer, que, cantado por los poetas, celebrado por los historiadores, reproducido en el mármol y en el lienzo, aparecía como la síntesis de todas las artes y el punto de atracción universal de todas las humanas energías.

Transmitido desde las cortes de Italia á las demás cortes de Europa, pasando de los maestros á los discípulos, el nuevo culto se propagó rápidamente. Los autores y artistas antiguos substituyeron á los autores y artistas de inspiración cristiana, los cuales fueron olvidados ó relegados á segundo término. Y sin embargo, estos últimos eran los que no habían dejado de recordar la dignidad de la mujer, los servicios con que había alcanzado esta dignidad y las virtudes que la hacían digna de todo respeto; mientras que los nuevos favoritos de la humana curiosidad habían tratado á la mujer como si no tuviese alma y respiraban en todas sus obras los deseos de la carne. De este modo se transformó, con la resurrección del paganismo, el sentimiento que la mujer había logrado inspirar al hombre desde el triunfo de la Iglesia. Pero la mujer habría dejado de ser mujer, que equivale á decir curiosa, si á su vez no se hubiese asomado al sepulcro cuyas cenizas despedían aún miasmas de voluptuosidad.

La mujer siente con más intensidad que el



hombre las impresiones artísticas. Así es que el arte antiguo despertó en ellas una admiración profunda, á la cual se unió cierto sentimiento de gratitud. El homenaje que las voces del pasado elevaban hacia ella, como á la obra maestra del arte, les pareció dulce como á la tierra sedienta una lluvia de otoño. La mujer tenía sed de alabanzas, pero de aquellas que no le tributaba la Iglesia. Hacía demasiado tiempo que se la honraba sólo por sus virtudes morales y sentía la imperiosa necesidad de oirse llamar hermosa, confiando que este nuevo homenaje la prepararía un nuevo reinado. No quería perder la dignidad que le había comunicado el Evangelio, pero quería experimentar también la alegría del vivir y se afanaba en hallar si fuera posible una felicidad que distara igualmente del cielo y de la tierra. Siendo compuesta de alma y cuerpo, de espíritu y materia, la misma austeridad de la belleza moral parece darla algún pretexto para condescender con esta otra belleza, al parecer más humana, que halaga á un tiempo la inteligencia y los sentidos, y estima que admirar ampliamente todo lo bello es prestar el homenaje más completo á su divino Autor. Con tan sofísticos razonamientos pretende además justificar esa especie de culto estético de que se ve hecha objeto y al cual quiere en alguna manera mostrarse agradecida. La antigüedad arrulla sus oídos con frases corruptoras y con acentos de amor, pero intenta persuadirse á sí misma de que la corrupción murió ya en ella mientras que el amor es inmortal; y si bien le repugna lo que hay en éste de material y grosero, goza, en cambio, con la emoción que inspira á los



hombres y con el estremecimiento delicioso que ella experimenta con sólo pronunciar esta palabra. Por lo demás, confía que no será difícil mantener la más perfecta armonía entre la virtud y el amor; de aquí que juzgue exagerado el rigorismo de la Iglesia, que declara peligrosa toda simpatía ó familiaridad entre uno y otro sexo y quisiera rodear á las mujeres, como á las plazas fuertes, de una zona vedada, como si no hubiera seguridad más que en el aislamiento y como si la virtud exigiese el sacrificio de los placeres más inocentes. ¿Qué mal hay en que el sentimiento de la belleza haga á las mujeres más agradables al hombre, y en que éste halle reunidas en la mujer las perfecciones de la virtud, la inteligencia y la hermosura, admirables cada una de por sí, aun considerada aisladamente? Y ¿qué tiene de censurable que la mujer, á su vez, mire al hombre con menos rigor, al encontrarle más digno de ser amado? No solamente será todo esto irreprochable, mientras los fundamentos legítimos del amor y la parte divina que hay en el ser humano impongan silencio á los bajos instintos, sino que será útil además, si la mujer, gracias á una condescendencia que á sus ojos toma visos de caridad, logra depurar los deseos de los hombres.

Como era de todo punto necesario que los nuevos sentimientos, para acreditarse, llevaran la marca de la antigüedad, se echó mano de Platón, diez y ocho siglos después de su muerte, para bautizar con su nombre al amor de nuevo cuño. Por otra parte la elección de este filósofo, en quien la razón humana se había encumbrado hasta las más elevadas cimas del pensamiento, simboli-



zaba la tentativa de humanizar la moral. Hasta entonces la mujer había buscado en Jesucristo la norma de su conducta, por manera que el platonismo era la primera falta de confianza en la Iglesia, el primer esfuerzo de la mujer para desentenderse de la que había sido su guía durante catorce siglos. La Iglesia, lejos de aprobar la nueva tendencia, advirtió á la mujer de los peligros que corría, y quiso demostrarle que esta aspiración á un amor inmaterial ocultaba el triunfo de la materia sobre el espíritu, puesto que inducía á la mujer á entregar su pensamiento y su corazón, como cosas sin importancia, y á creerse inmaculada mientras conservase puro su cuerpo. La Iglesia condenó, como la ruina del matrimonio cristiano y como una mortal injuria inferida al esposo, esta libertad, que quería parecer inofensiva, de entregar á otro hombre todos los afectos y caricias del alma, sin reservar al marido más que la estricta fidelidad corporal; y predijo que estos extravíos del amor, fuera del hogar doméstico, introducirían el desorden en la sociedad entera.

No obstante, si hubo jamás mujeres que pareciesen capaces de establecer el reinado del amor platónico, son ciertamente las que lo intentaron en la época del Renacimiento. Las princesas y grandes damas de Italia iniciaron la empresa en sus cortes, donde eran órdenes sus deseos. La inteligencia de la belleza resplandecía en ellas. Como abejas de aquella primavera habían absorbido de las flores más delicadas del genio clásico un aroma sutil que perfumaba su espíritu. Querían saber, no por deseo de elevarse, puesto que ocupa-



ban los más altos puestos en la escala social; ni por el prurito de adquirir especiales conocimientos, que restringen el objeto de la ciencia y la hacen apasionada en sus preferencias, pedante en su carácter y egoísta en sus pretensiones; sino que aprendían para sentir el goce de admirar y para aumentar, con la admiración, la alegría de vivir. Por esto su inteligencia, benévola por instinto hacia todas las formas del talento é inclinada hacia todas las variedades del arte, se parecía mucho á la bondad. Su erudición, que nos sorprende por lo extensa, era un recuerdo ordenado de todo lo agradable que leían, era la familiaridad de su memoria con todo lo que merecía ser inmortal. Este carácter de su naturaleza, al propio tiempo que las hacía tan atractivas, les aseguraba, no tan sólo atraer los espíritus, sino retenerlos una vez conquistados; era el más adecuado para cautivar la atención mediante la comunidad de nobles sentimientos y la extensión de su cultura, y retenerla sin cesar en la alta esfera de los placeres puros y espirituales.

Las mujeres contaban con la cooperación del brillante ejército de los humanistas, á quienes sostenían con su protección decidida y generosa. Además de la gratitud, el interés y la vocación natural atraían á aquellos sacerdotes de la belleza á la metamorfosis del amor, á una afición más apasionada y una inteligencia más perfecta de las obras que son la honra del ingenio humano; y al advenimiento de una sociedad que, no estando distraída de este noble espectáculo por los bajos apetitos sensuales, debía cubrir de gloria á los reveladores de obras desconocidas, á los crea-



dores de obras nuevas, á los guías y maestros del gusto público.

El más glorioso de aquellos humanistas, Petrarca, parece responder desde un principio al llamamiento é inicia la alianza entre la mujer y las letras. Establece esta alianza al escribir sus sonetos dedicados á Laura y al someterse como ilustre neófito al nuevo culto. Mas por hermosos que sean sus versos, no lo dicen todo. Petrarca ama á Laura, y no obstante la deja casar con otro, sin oponer el menor obstáculo; le basta tener sobre ella el derecho de dedicarle sus sonetos: en esto sigue las reglas del amor platónico. Pero lo que tiene muy poco de platónico es que mientras poetiza á Laura, viva prosaicamente con otra mujer; que tenga en cierta parte, según su propia expresión, «una impetuosa amiga»; que, severo tan sólo con las licencias retóricas, tenga dos hijos de esa mujer, sin amor ni remordimiento; y que en sus cartas, en que muestra su interior con sinceridad, declare secundario y de poca monta todo lo que no sea la fama de sus obras y la inmortalidad de su nombre. Todo esto, á mi entender, no es más que un refinado egoísmo.

¡Qué diferencia entre el amante de Laura y el de Beatriz! Dante quiere casarse con su amada. Muere ésta y el poeta se mantiene fiel á su recuerdo y permanece insensible á los encantos de las demás mujeres. Desposado con la muerte, va, como otro Orfeo, hasta el infierno, y más feliz que el amante de Eurídice, comprende que no lo ha perdido todo al perecer el cuerpo de su adorada, antes bien se siente unido para siempre á



las perfecciones inmortales de un alma pura. He aquí el amor sublime y desprendido de la tierra. Lo llamaríamos platónico, pero no es la filosofía sino la fe quien lo sostiene y alimenta.

Además, Petrarca, si por sus deseos de placer y de gloria, y aun más por la novedad y delicadeza de su arte, es el primero de los humanistas, con todo, es un genio de transición. Mientras por una parte su espíritu precursor saborea y propaga el encanto de la belleza pagana remozada, por otra sobreviven en su conciencia las tradiciones cristianas de la Edad Media. Esto explica la complejidad de su obra. Para conocerla á fondo es preciso, según sus mismas palabras, «recoger los fragmentos dispersos de su alma» (1), y aun así, al juzgarle, hay el riesgo de contradecirse á cada paso. El mismo confiesa sinceramente esta duplicidad de su espíritu en la obra que titula *Mi secreto*. Es un examen de su vida moral, inspirado por las *Confesiones* de San Agustín, libro favorito del poeta y del cual no se separaba nunca. *Mi secreto* es un diálogo entre el poeta y el santo. Petrarca lo escribió cuando el enfriamiento de sus pasiones le anunciaba el crepúsculo de sus días y la proximidad de la muerte. En boca de San Agustín pone las reglas de conducta más austeras y religiosas y prueba la nada de todo lo que ha de morir con nosotros; por su parte, en sus respuestas al santo, reconoce que su vida ha estado completamente ocupada por el amor y por la sed de gloria; confiesa que si fué casta su pasión más intensa, lo fué á pesar suyo y gracias

(1) *Mi secreto, ó del conflicto de mis pasiones*, Diálogo III.



á la virtud de Laura (1), y reconoce que si todo es vanidad, la vanidad de vanidades habita en él, con el deseo de alcanzar una gloriosa fama literaria. Todo lo que de ordinario suele ocultarse, lo expone con sinceridad escrupulosa, humilde y arrepentida. A lo que no llega su ánimo es á prescindir de lo que él mismo declara inútil y vano y á emprender inmediatamente la reforma interior que considera precisa. Se acusa de esta inconsecuencia y pide un corto plazo para atender á su corazón y ordenar su memoria antes de sumirse en el silencio en que sólo se oye á Dios. Cuenta con la bondad divina para fortalecer á tiempo su voluntad y obtener, mediante una tardía renuncia de los falsos goces de la vanidad, la bienaventuranza eterna.

...siche, s'io vissi in guerra ed in tempesta  
Mora in pace ed in porto; e se la stanza  
Fu vana, almeno sia la partita honesta...

Tal es Petrarca, el poeta que inspira sentimientos múltiples, como su espíritu. Limpio de impuros deseos, en medio de una vida desordenada; recto de conciencia, con todas las sutilezas del espíritu, y aspirando á Dios desde el fondo de sus vanidades, sin renunciar á ellas, conquista á

(1) «Sin dejarse conmover por mis súplicas ni por mis caricias, guardó su honra inmaculada, y á pesar de su edad y la mía, á pesar de las mil circunstancias que debieran haber ablandado su inflexible rigor, permaneció siempre firme é inexpugnable. Esta alma femenina me recordaba mis deberes de hombre, y para que guardase la castidad, hacía de suerte que no me faltase, como dice Séneca, ni un ejemplo ni un reproche.» *Mi secreto*, diálogo III.



la vez la admiración por su saber vastísimo, la estima por su amor á la verdad, y una afectuosa compasión por sus debilidades. Todos los débiles inspiran simpatía en cuanto se nos parecen, puesto que al amarles nos amamos á nosotros mismos (1).

Pero si Petrarca está de continuo en contradicción y en lucha consigo mismo, y gracias á ello precisamente introduce en el culto de la belleza humana la suave melancolía de quien ha entrevisto la belleza divina, y conserva la conciencia de creyente relapso en medio de las tentaciones de humanista, en cambio, casi todos los otros humanistas son consecuentes con los principios de escuela y se arreglan una conciencia de acuerdo con sus gustos. El culto inmaterial de la mujer, á título de ficción literaria, es para Petrarca un resto de idealismo cristiano, contrario al espíritu del paganismo que los humanistas fortifican cada vez más con el cultivo del arte clásico. Han resucitado el deseo brutal que en la antigüedad inspiraba la mujer, y esta obsesión les domina hasta el punto de hacerles olvidar lo que consideran su mayor honor: la incorruptibilidad de su genio literario. La inmoralidad les parece la forma más poderosa del talento, y bajo su influencia Virgilio es abandonado por Ovidio. Sin duda, como para ellos lo primero es la celebridad, sacrificarían al público sus preferencias si el público se mostrase refractario á su literatura; llegarían quizás hasta celebrar en versos latinos, como Petrarca, las bellezas del amor

(1) Quien quiera saborear este dulce atractivo del Petrarca, lea el libro de Pedro de Nolhac, *Petrarca y el Humanismo*.



casto, á reserva de desquitarse en la vida práctica. Pero han despertado en el público los mismos gustos que á ellos les dominan; todo el mundo quiere libros inmorales y los autores más licenciosos son los más leídos; por consiguiente, la nombradía de los humanistas corre parejas con su licencia y torpes vicios. No solamente imitan el cinismo de los clásicos, sino que lo superan; sus versos y su prosa son un continuo y brutal incentivo á las más bajas pasiones y aun á veces un curso completo de pornografía. Gracias á ellos, el latín, la lengua universal de los letrados, propaga por todo el mundo la inmoralidad. Esta raza corrompida y corruptora, que comienza con la gracia discreta de Petrarca, alcanza pronto el extremo de bajeza moral y de habilidad perversa, con el Aretino. Como también el pueblo quiere su ración de literatura sensual, el latín pronto es abandonado; viene Boccaccio que habla la lengua popular, y la fija y enriquece con una obra admirable de forma, *El Decamerón*, consagrada por entero á la mujer.

Así, pues, los letrados en quienes la mujer confiaba, en vez de enseñar al hombre un amor puro y desinteresado, dirigen contra ella los asaltos del amor antiguo, del amor sensual. Las mujeres resisten en un principio, pero los principios estéticos luchan en su interior contra todos los demás principios; han saboreado, en las obras antiguas, la belleza del genio, independiente del fin que se propone, de la causa á que sirve, la belleza que se basta á sí misma, y no pueden menos de admirarla doquiera que la encuentren, aun en las obras inmorales. Estas, por lo tanto, acaban por inva-



dirlo todo: los hombres las consideran bellas porque son impúdicas; las mujeres soportan su impudor porque son bellas. Una fiebre contagiosa acumula tantas pasiones en la atmósfera donde se ciernen las soñadoras de amores puros, que empiezan á sentir en su pecho un eco perturbador cuando llegan hasta ellas los clamores del amor sensual.

Se dirá por ventura que el fracaso del platonismo en Italia nada prueba, porque aquélla ha sido siempre la tierra del sensualismo. Pero Francia es el país en donde las costumbres han sido más severas y la mujer más respetada durante la Edad Media; en Francia se efectúa la experiencia que podríamos llamar la tentativa de las Margaritas. La hermana de Francisco I reina en una corte intelectual á la que han sido atraídos los literatos más eminentes de la época, hombres honrados y de honesta vida. Que Margarita de Angulema fué virtuosa, lo afirman los historiadores más recientes y mejor informados; que fué mujer de gran talento, lo prueban sus escritos; y sin embargo, la obra capital de esta protectora del amor platónico, es *El Heptamerón*. En tiempo de la otra Margarita, la esposa de Enrique IV, la Reina Margot de los historiadores y novelistas, se escribe la *Vida de las Damas galantes*. Muy poco tiempo ha bastado para que todas las obscenidades descritas en Italia por Boccacio hayan sido contempladas en Francia por Brantôme.

De Platón ya no se habla. En vano sus admiradoras habían concebido el amor como un terceto en que el filósofo se interpondría siempre entre la mujer y su amante. Desgraciadamente los filó-



sofos suelen ser algo distraídos; cuando más necesaria hubiera sido su presencia, Platón desaparecería y quedaba el amor solo, ávido de goces; y la mujer, por no haber sabido rechazar completamente los asaltos del enemigo, se veía forzada á entregarse á discreción.

No es preciso insistir más sobre esta rápida decadencia que hizo del siglo XVI uno de los más inmorales que registra la historia y vino á justificar las prevenciones de la Iglesia contra los devaneos amorosos. A pesar de la inteligencia exquisita, el vasto saber y la poderosa influencia social de aquellas que quisieron dulcificar la austeridad cristiana con el culto de la belleza y pretendieron contener los instintos carnales con el amor puro, al fin y al cabo la mujer no supo dominar á los hombres ni á sí misma.

Pero el hombre de aquel siglo, al resucitar las pasiones antiguas, ¿se ocupa, al menos, en preparar á la mujer una vida más dichosa? Después de haberla enaltecido cuando ella se resistía á toda transgresión de sus deberes, ¿se mostrará tal vez agradecido por los sacrificios que al fin ha logrado? La mujer es la misma de antes; no se ha despojado más que de sus rigores, y en cambio ha adquirido el nuevo encanto de su cultura. Con el trato más íntimo que se ha establecido entre los dos sexos, el hombre ha podido conocer más de cerca la generosidad, la delicadeza, el valor, las virtudes que la mujer conserva aun en sus amóríos ilegítimos. Ahora que ha conseguido de ella lo que quería, ¿le dará lo que ella espera; le concederá una mayor importancia, un lugar más alto, en la sociedad renovada; la asociará más íntima-



mente á su vida? Ya que la ha despojado del velo de las vírgenes, de la casta y transparente armadura que la hacía invulnerable á los malos deseos y dejaba visible, á la suave luz del hogar, á la esposa y á la madre, pondrá, cuando menos, sobre la frente de la amante la corona mundana, compartiendo con ella la realeza intelectual, el imperio sobre la sociedad? ¿Intentará completar los dones que ya posee la mujer, en bien de la civilización humana? ¿Procurará, aunque no sea más que por un refinamiento de egoísmo, cultivar aquellas cualidades de su compañera que contribuyen á su propio placer? El Renacimiento, triunfo de los letrados, ¿perfeccionará siquiera la enseñanza femenina?

Los humanistas no piensan en tal cosa; ni más ni menos que en instruir al pueblo. Si fundan algunas escuelas, es únicamente para perpetuarse en sus discípulos; su ciencia no cree deber nada á nadie, desdeña por completo á las ignaras muchedumbres (1). Cosa notable: los contados humanistas que en su admiración al genio clásico conser-

(1) «El arte toma ejecutoria de nobleza y se hace aristócrata; en vez de escribir para todos en una lengua que todos puedan entender, escribe para unos pocos en lengua inteligible sólo á los iniciados; en lugar de mezclarse con el pueblo y enriquecerse con su contacto, se aísla tras de una muralla de libros; en vez de propagar la buena nueva, la oculta en el secreto de sus cenáculos. La literatura deja de ser nacional, para convertirse en profesión de algunos especialistas refinados. Queda fundada una nueva aristocracia, la aristocracia intelectual.

»El pueblo no le interesa; el pueblo es la plebe, la canalla, la escoria social... sus derechos, sus necesidades, sus esfuerzos, sus dolores, su vida, todo ello es letra muerta. Los humanistas se consagran á la educación de los príncipes, pero no se preocuparon lo más mínimo de la educación del pueblo.» Felipe Monnier, *Le Quattrocento*, t. I, p. 327, 328, in 8.º, Perrin.



varon la conciencia cristiana, fueron los únicos que trabajaron en mejorar la condición intelectual de la mujer. Luis Vives, uno de los más conocidos y piadosos, fué preceptor de cuatro hijas de Isabel la Católica, siguió á Inglaterra á Catalina de Aragón y fué el maestro de María Tudor. No se limitó su celo á educar á las ilustres discípulas que le estaban encomendadas, sino que se propuso generalizar la instrucción de las demás mujeres, así en la corte de Inglaterra como en la de España, y lo consiguió. Con este objeto escribió un libro sobre la educación de las jóvenes, dedicado á Catalina de Aragón. En este libro pide para las doncellas «una instrucción sólida que las ponga en guardia contra la inmoralidad, puesto que todos los vicios de la mujer provienen de la ignorancia» (1); demuestra que el aprender no consiste sólo en leer; señala el peligro de varias novelas entonces en boga, como el *Amadis de Gaula*, *Florisandra*, *Tristán é Isolda*, *Pyramo y Thisbea*; proscribire los excitantes de la imaginación ociosa, la coquetería, la danza, las conversaciones huera, la glotonería; reclama una enseñanza seria y de cosas serias, tales como religión, moral, historia, sin descuidar el estudio de los clásicos griegos y latinos. Por lo demás, no admitía que estos estudios hubiesen de perjudicar las modestas cualidades domésticas, como son el gobierno de la casa y el cuidado de la cocina. «Una mano algo tiznada de carbón, dice, ¿no vale tanto como una mano blanca abierta para estrechar las de todo el mundo?» Al enumerar las cua-

(1) *De Institutione feminæ christianæ*. Edición de Basilea, 1545, t. II, p. 660.



lidades necesarias á la mujer, pone en primera línea la igualdad de humor, la benevolencia hacia los inferiores, la compasión con todos los desdichados.

Erasmus puso su amable ingenio, su inteligencia serena y su inmensa nombradía al servicio de la misma causa. Vió el escollo que el Renacimiento ofrecía con la adoración de la belleza exterior, y se esforzó en reducirla á su verdadera importancia. Invitó á los jóvenes «á no contemplar en la mujer el palacio elegante y florido, sino al huésped que lo habita, al alma inmortal, cuya belleza crece con los años» (1). No deja de prevenir á las mujeres contra los cuidados excesivos del cuerpo, la manía de los adornos y los manejos de la coquetería; y como la vanidad se aloja siempre en las cabezas vacías, creyó que el mejor medio de evitarla era instruir seriamente á la mujer. No juzgándola inferior al hombre por su inteligencia (2), pide para ella la igualdad de instrucción. El estudio del latín, del griego, del francés y de los grandes autores, le parece propio de los dos sexos, y se complace en citar á las mujeres cuyo saber puede competir con el de los hombres más sabios. Al propio tiempo recomienda discretamente á las mujeres instruídas que no busquen las disputas, antes bien, coronen sus méritos con la modestia, y les aconseja que, por mucha que sea su aptitud para los estudios profundos, busquen en algún oficio manual un recurso contra la mala fortuna, á fin de que sepan

(1) Erasmo, *Colloq. Proci et Puellae*. Librairie des Bibliophiles, 1876.

(2) Véanse los *Coloquios*, t. II, p. 3 y 71.



procurarse, en caso necesario, el pan cotidiano. Otro humanista, finalmente, Silvio Antonino, á ruegos de San Carlos Borromeo, trata de la educación femenina. Su obra, publicada en 1584, pide, en conclusión, la igualdad de cultura para los dos sexos.

Estos fueron los únicos partidarios desinteresados que tuvo la mujer durante la época del Renacimiento: un español, á quien la larga dominación agarena había infundido un amor indivisible á la patria y al cristianismo; un holandés que, testigo de la reforma y de las discordias religiosas que ha originado; comprende las ventajas de la unidad doctrinal y se mantiene fiel á la Iglesia de Roma, y un italiano, digno de inspirar confianza á un santo como el piadoso obispo de Milán. Vemos, pues, que toda solicitud hacia la mujer tiene siempre su origen en la Iglesia.

En cambio la gran mayoría de los humanistas tiene por biblia el libro de uno de los más célebres entre ellos, el tratado *de Voluptate*, en el que dice Valla, su autor: «Digo y repito que la voluptuosidad es el verdadero bien y afirmo que no persigo bien alguno, fuera de éste.» Y como perseguir la voluptuosidad es perseguir á la mujer, quieren suprimir todo lo que pudiera ponerla á cubierto de sus ataques. La virginidad es ridiculizada por ellos como un vicio; las prostitutas les parecen más útiles que las religiosas y consideran la promiscuidad general de hombres y mujeres como el estado más perfecto de la sociedad (1). Los derechos de la sensualidad autorizan á otro

(1) «*Omnino nihil interest utrum cum marito cocat mulier an cum amatore.*»



humanista, Beccadelli, á celebrar en *El Hermafrodita* el amor griego, defendiendo en nombre del arte lo que la Iglesia condena en nombre de la moral. No enseñan á la mujer sino á divertirse, á abandonar la decencia del vestido para adoptar los escotes más exagerados y escandalosos, los tejidos más transparentes, que permitan, con olvido de todo pudor, exhibir los más íntimos encantos; quisieran verlas siempre desnudas, como las estatuas cuyas formas admiran (1); y si le consienten que tenga, además del cuerpo, una inteligencia, es la inteligencia aliada del amor sensual; la que sirve de cómplice á los eruditos para obtener los favores de las bellas; el saber de Safo y de Aspasia (2). Bajo esta influencia, el hálito del paganismo lo penetra todo. Hasta en las escuelas religiosas sigue su curso la obra del Renacimiento, sacrificando el alma al cuerpo. En la educación de las mujeres se considera ya menos importante formar su voluntad, dirigir su razón, elevar su espíritu, que preparar su porte, sus modales y actitudes, para llenar su humillante destino, que no es otro que complacer y sólo complacer al hombre. Erasmo, testigo de esta decadencia, escribe: «La educación de una joven consiste en enseñarle á hacer reverencias, á moverse con gracia, á sonreír picarescamente, á no ofrecer la mano derecha en lugar de la izquierda, y á no reír á carcajadas: en sabiendo esto ya está preparada para casarse.»

(1) «*Nuda eris et nullo tegmine bella geres.*» Pontano. Todas las poesías de este humanista celebran la belleza corporal de la mujer.

(2) En estos términos lo escribe Bruni á Battista Malatesta. Vid. *De studiis et litteris tractaculus*.



Comparemos lo que decían de la mujer los Padres de la Iglesia con lo que dicen de ella los escritores del Renacimiento.

En las fronteras de este mundo nuevo, semejante á un volcán en erupción que, con actividad desordenada y poderosa, arroja á un tiempo llamas y cenizas, hallamos á Rabelais. La ciencia es lo único en que cree, lo único que trata en serio. Regula con minuciosidad todo lo que se refiere á la educación masculina, pero no habla para nada de la femenina. Las mujeres parecen no existir para él, cuando se ocupa de la cultura intelectual. Si en la risa de Rabelais hay algún rasgo de sensibilidad, es al pensar en los afectos de familia. La carta de Gargantúa á Pantagruel es un monumento de ternura paternal, pero sólo paternal: la madre no figura lo más mínimo en el mundo que con tantos detalles construye Rabelais en su imaginación. Cuando habla del afecto familiar, la madre queda siempre omitida ú olvidada.

Montaigne, que no pretende arreglar el porvenir pero pinta su época y muestra su interior con el inconsciente cinismo de los niños, se ocupa bastante de las mujeres. Cuando llega el momento de despedirse de ellas, como él mismo dice, demasiado viejo para pecar materialmente, se complace todavía en pecar con la memoria. No obstante, este sagaz observador amó toda su vida á las mujeres sin conocerlas; no quiso de ellas sino aquello precisamente que las hace á todas parecidas, y resumió toda su filosofía en el capítulo «sobre los versos de Virgilio», en el que emplea una página para alabar á las mujeres y sesenta para denigrarlas pintando sus debilidades.



Estas debilidades, ¿le valdrán á la mujer un poco de cortesía de parte de los hombres, la fácil cortesía de las palabras, cuando menos?

Oid á Petrarca: «Enemiga de la paz, origen de la impaciencia, causante de las querellas que turban toda tranquilidad, la mujer es el mismo demonio» (1).

Oid á Rabelais: «Cuando penséis casaros con una mujer buena y honrada, os casaréis con una mujer falta de prudencia, vanidosa, entrometida, y más chillona que una gaita» (2).

«En la sagrada Biblia, dice Hippotadeo á Panurgo, hallaréis que vuestra mujer jamás se maleará si la buscáis en una familia honrada que la haya educado en la virtud y honestidad.—Queréis, pues, dice Panurgo, refileándose los bigotes, que me case con la mujer fuerte descrita por Salomón. Pero tal mujer no existe, á mi juicio, ó por lo menos yo no recuerdo haber hallado quien se le parezca» (3). Y la culpa de eso la tiene la naturaleza: «Cuando digo mujer quiero significar un sexo tan frágil, tan variable, tan inconstante é imperfecto, que creo (hablando con todo respeto y deferencia), que, al hacer á la mujer, la naturaleza se apartó del buen sentido con que había creado y formado todas las cosas» (4).

Tal es el cambio efectuado. En la sociedad fundada por el Cristianismo, la mujer tiene su parte en los honores de la Iglesia, en la solicitud del clero, en las instituciones de enseñanza, en el

(1) *Epist.*, XIV, 3.

(2) Rabelais, lib. III, cap. XLVI.

(3) Id., lib. III, cap. XXX.

(4) Id., lib. III, cap. XXXII.



gobierno de la familia, en la influencia exterior. En la sociedad que el Renacimiento fundó sobre los placeres, sólo el hombre aparece; todo lo absorbe y todo lo usurpa. La mujer queda reducida á servir al hombre de diversión y pasatiempo. Si se le permite ejercer alguna influencia, no es ya debida á la superioridad intelectual ó moral, sino á la belleza física. A las Blancas de Castilla suceden las Dianas de Poitiers.

Así, pues, con la primera tentativa de la mujer para traspasar los límites en que el cristianismo había encerrado su vida, alcanza mayor libertad en faltar á sus deberes, pero al mismo tiempo se vuelve más esclava del hombre. Tal resultado justifica la moral intransigente de la Iglesia. Queda demostrado una vez más que es preciso ante todo quitar al hombre la esperanza de que la mujer se someta á sus vicios, para que, libre entonces de la tentación, sepa descubrir en ella la razón y la bondad. Queda probado que, en sus victorias ilegítimas, el hombre carece de clemencia y de justicia, y sólo concede á la mujer la ordinaria recompensa á que es acreedora la debilidad: el desprecio.

## V

El Renacimiento sacudía fuertemente todo el edificio cristiano. El hombre se había vuelto tan débil contra sí mismo como audaz contra la mujer; ésta calificaba de conquistas sus vergonzosas debi-



lidades; el clero mismo se hallaba inficionado por los vicios de que debía limpiar el mundo, y hasta las comunidades religiosas que parecían estar, en sus monasterios, al abrigo del contagio, se vieron invadidas por él: por los claustros, abiertos á la luz del cielo, habían penetrado los perfumes de la tierra. Aquella molicie que inficionaba el ambiente, enervaba las voluntades; los que se habían creído muertos para el mundo se sentían solamente desterrados y veían revivir en sí sus pasiones y apetitos desordenados.

Varios reformadores pretendieron poner remedio á esta decadencia. Reconocieron que el Renacimiento había deslumbrado, en vez de alumbrar; que si el culto de la belleza tenía virtud para juntar en una admiración común á una oligarquía de espíritus refinados, era inaccesible á la mayoría de los hombres y carecía, por lo tanto, de eficacia social: aun para estos pocos privilegiados, el culto de la belleza resultaba estéril, puesto que les asociaba sólo para gozar de un placer, sin darles luz alguna acerca de sus deberes. Comprendieron que sólo la Religión podía ejercer verdadera y eficaz influencia sobre el hombre, encauzando sus energías y sus pasiones. Y como el cristianismo, director, hasta entonces, de la sociedad, perdía su imperio, dedujeron que era necesario vigorizarlo restituyéndole á su pureza primitiva.

Así nació, en el siglo xvi, el protestantismo. El nombre y la esperanza de una reforma, determinaron en aquel momento, como en tantos otros, una revolución. Los reformadores fundaron un



nuevo culto, desprovisto de las garantías que el Cristianismo consideraba esenciales.

Por de pronto la Reforma suprimió la garantía que el catolicismo debía principalmente al esfuerzo de la mujer: la independencia del poder religioso ante el poder político. El catolicismo había fundado su autoridad en una jerarquía eclesiástica, por lo cual todos los fieles, en lo moral y religioso, obedecían al Papa. En la sociedad religiosa, unida y compacta con la unidad de creencias, los más poderosos príncipes sólo representaban simples unidades, cuyo centro se hallaba en Roma, representado por el Romano Pontífice. Así era cómo la Iglesia había podido dominar á los fuertes en provecho de los débiles, á las pasiones en nombre del derecho y á los egoísmos nacionales en favor del interés universal. Los jefes de la Reforma, al rechazar la autoridad pontificia, destruyeron esta universalidad. Salvo en Inglaterra, donde Enrique VIII conserva á los obispos para ocultar al pueblo la importancia del cambio efectuado y atraerse al clero con la perspectiva de las riquezas, la Reforma suprime en todas partes la jerarquía sacerdotal. Ninguna autoridad está por encima de los fieles, puesto que cada uno puede interpretar la Biblia á su antojo. Esta religión, en que cada individuo es un pontífice, nace en el seno del Estado y no puede desarrollarse sin su apoyo. Donde el jefe de la herejía no es el mismo jefe del Estado, como Enrique VIII, se ve obligado, como Lutero, á conservar, aun á costa de las más degradantes humillaciones, el favor de los príncipes que sostienen su causa. Perdida la independencia con que la Iglesia im-



ponía sus enseñanzas á los poderosos de la tierra, el protestantismo pierde á la vez los medios de refrenar la corrupción que hipócritamente aparentaba querer combatir en sus comienzos.

Las consecuencias no se hicieron esperar. En vez de restablecer desde un principio la antigua disciplina entre el clero para reconquistar el prestigio de sus enseñanzas sobre los fieles, autorizándolos con el ejemplo de sus virtudes, como en todo tiempo había procurado la Iglesia, los innovadores empezaron por rebajar los deberes eclesiásticos al nivel á que habían descendido las costumbres.

Bossuet, expresando con una sola frase el fondo de la cuestión, ha dicho de ellos: «Todas las herejías, como todas las comedias, acaban en matrimonio.» Lutero y sus principales secuaces, así como los prelados de la iglesia anglicana, no eran más que curas á quienes parecía ya insostenible la guarda de la castidad. Del mismo modo que libertaban su espíritu del yugo de la obediencia, quisieron también libertar la carne del yugo de la castidad. Para ello proclamaron indomables sus bajos instintos, y por lo tanto legítimos. Para los Reformadores, la concupiscencia pedía á gritos una compañera; mas como romper con el celibato eclesiástico era sinónimo de desentenderse del catolicismo, se rebelaron á la vez contra ambos y declararon á un tiempo la guerra al celibato y á Roma.

De este modo desaparece el arbitraje imparcial y desinteresado que entre el hombre y la mujer ejercía el sacerdocio, extraño, por el celibato, á todo interés de sexo. En adelante los



destinos humanos estarán en manos de los príncipes y de los sacerdotes que han reconocido con su matrimonio, contrario á sus votos, que el imperio de los sentidos está por encima de la voluntad. Otra vez será el hombre solo quien decida de la suerte de la mujer.

Como la continencia absoluta que se observa en las órdenes religiosas era un solemne mentís á la pretendida imposibilidad de vivir castamente y ponía en evidencia la debilidad de los reformadores, por esto no es extraño que se suprima la vida monástica donde quiera que triunfa la Reforma. Cerrar los conventos de monjas era suprimir las obras de beneficencia y de educación á que se consagraba la mujer; era arrojarla de una altura legítima y penosamente conquistada. Desde esta altura descendió, pues, la mujer, hasta limitar su misión á las tareas domésticas y cuidado material de la familia.

La importancia extraordinaria atribuída por los herejes á la lectura de la Biblia, parecía asegurar á la Reforma una ventaja sobre el catolicismo; puesto que cada fiel está obligado á inspirar su fe en la Escritura, para lo cual se requiere no sólo que sepa leer sino también discurrir, y con tanta mayor razón, cuanto más débiles sean los vínculos que le sujeten á la opinión ajena. Y como esta necesidad es igual para la mujer que para el hombre, la nueva religión debía, sin duda, favorecer el desarrollo de las facultades intelectuales femeninas, y aumentar, por consiguiente, su influencia social.

Los jefes de la Reforma fueron, en efecto, partidarios de la instrucción, pero estuvieron



muy lejos de querer una instrucción igual para ambos sexos. Lutero trataba de «hombre peligroso» al humanista Vives, maestro de María Tudor, porque procuraba que las mujeres adquirieran una instrucción extensa. Los herejes, por el contrario, restringían con severidad los conocimientos reservados á la mujer. Leer, escribir y saber desempeñar todos los oficios domésticos: he aquí toda la cultura femenina. Si el catolicismo había señalado al hombre como jefe de la sociedad conyugal, fué para asegurar el orden y prevenir la anarquía que el conflicto de voluntades pudiera introducir en la familia; pero no porque atribuyese á la mujer inferioridad de naturaleza. Para los reformadores, el único destino de la mujer es la vida de familia y la absoluta subordinación al hombre; por esto la instrucción de las mujeres debe ser tal que las disponga á aceptar su humillante papel en el hogar doméstico y á someterse sin protesta á su despótico tutor. Leed los sermones de Lutero: se inspiran en el Antiguo Testamento, que comienza relatando la caída de la mujer y la maldición que Dios arroja sobre ella y su descendencia. La mujer está sometida al hombre como castigo impuesto por la voluntad divina; Lutero no deja de recordarlo á cada paso. Repite una y otra vez que la mujer debe oír y callar humildemente ante su marido, como una esclava ante su señor, y le prohíbe tener con él discusión alguna (1). Cuando predica violenta-

(1) «...*Memores oportet conditionis suae non superbire contra dominos suos, quando recitatis tabellis matrimonialibus intelligere debeant se ancillas esse factas., virum honorare debeat mulier, timere et audire... Huic data est et subjecta.*



mente contra el lujo de los vestidos, adornos y alhajas, no reprocha á las mujeres que disipen en ello el tiempo y la inteligencia necesarios para cosas más útiles: les reprocha que malgasten el dinero de su marido y que intentén gustar á los demás hombres. No se descubre ahí el celo del apóstol, que censura la vida frívola de un ser capaz de ejercer una influencia social poderosa y útil, sino la indignación del propietario que teme ser robado, la inquietud del avaro que quisiera esconder su tesoro en el rincón más obscuro de la casa. Porque es de notar que Lutero impone á la esposa la clausura de que procuró libertar á las monjas; no le señala otra misión que la de hacer la vida material agradable al hombre en ciertos instantes y cómoda á todas horas; sus virtudes han de despedir, pues, el tufillo de cocina; ha de ser siempre la Cendrillona de la casa, pero una Cendrillona (1) sin madrina, porque el hada, es decir, la imaginación, la empujaría á los placeres y le haría el hogar más sombrío é insoportable, aparte del peligro de dejar una pantufla en manos de algún príncipe encantador.

Y ¿en qué viene á parar la familia misma, único refugio y estrecha cárcel de la mujer?

Aquí es donde puede medirse la fuerza destructora de un principio falso. Para la Iglesia, el matrimonio y las sagradas órdenes eran sacramentos, es decir, adhesiones solemnes á la volun-

*Ergo subditas esse est reverare virum et honorare, in omnibus obedire... Si ergo non licet servo contra dominum... contendere et erigere, ita nec mulieri contra virum.* (Lutero, Obras, t. I. Ed. Wittebergae, per Johannem Lufft. 1558, p. 23, 25.)

(1) Nombre de la heroína y título de uno de los más hermosos cuentos de Perrault.—N. DEL T.



tad divina, que juntaba para siempre la esposa al esposo, el clérigo al altar, y comunicaba, á cambio de esta promesa, la fuerza necesaria para cumplirla. Los reformadores, para consolidar en la nueva religión la libertad absoluta, que es lo que más les importaba, no tuvieron otro recurso que destruir completamente aquellos sagrados vínculos. Abolieron, pues, el sacramento del Orden con el pretexto de que Dios no puede imponer una continencia contraria á la naturaleza, é imposible de cumplir. Al mismo tiempo, para inducir á los frailes y monjas á que se casaran, sobreponiéndose al temor que les inspiraba una unión contraria á sus votos, rebajaron el matrimonio al nivel de los contratos ordinarios que la voluntad humana puede crear y destruir á su arbitrio. «El matrimonio, escribía Lutero, es un acto semejante á los demás actos profanos de la vida. Podemos comer, beber, dormir, andar, viajar y negociar con los paganos, con los judíos ó con los turcos; de igual manera podemos casarnos ó vivir maritalmente con quien mejor nos parezca.» Las consecuencias no podían hacerse esperar. Habiendo invocado los clérigos los instintos carnales para tomar una esposa, á pesar de sus votos, los laicos invocan los mismos instintos para cambiar de mujer, y se establece el divorcio. Puesto que la unión conyugal sólo depende de su voluntad, no puede sujetarles por más tiempo del que hayan querido comprometerse, y por consiguiente si al unirse con los lazos del matrimonio se reservaron el derecho de romperlos, muy dueños son de hacerlo así cuando les plazca. Obtenido el divorcio, no tardará mucho tiempo



sin que reclame también sus derechos la poligamia. Es bien conocida la aventura del Landgrave de Hesse: sus principios de economía le impiden llevarse á la princesa, su mujer, á las dietas del Imperio, y su vigoroso temperamento le hace penosa la separación. Para conciliarlo todo, quiere contraer un segundo matrimonio, sin romper el primero, y, como lo escribe él mismo á los jefes de la Reforma, «tomar una mujer de repuesto». Lutero, Melancton, Bucero y otros seis teólogos protestantes aprobaron aquel infame concubinato. ¿Cómo rehusar la aprobación á un protector de la Reforma? Es verdad que Lutero, recomienda al landgrave que guarde secreto, «por temor de que á los rudos campesinos se les ocurriese imitar á Su Grandeza, haciendo valer iguales ó mejores razones, lo cual traería demasiado que hacer». Pero la cosa se hace pública; otros maridos consultan á Lutero, y éste contesta: «no me es posible condenar á quien quiera tener varias esposas, puesto que la Escritura no lo prohíbe». Y añade que «no se atreve á introducir el ejemplo entre los cristianos para evitar el escándalo». Pero Bucero, el casuista riguroso de la secta, declara que «para ciertos hombres la poligamia es necesaria». Y otros discípulos más atrevidos exclaman, como Carlostadio: «¡Basta ya de escrúpulos! Tomemos tantas mujeres como podamos mantener.» La libre interpretación de la Escritura confunde la Biblia con el Corán.

Por lo dicho se ve bastante claro qué protección podía la mujer esperar de la Reforma. Mientras la Iglesia católica sostiene contra Enrique VIII la indisolubilidad del matrimonio y no



vacila en llegar á la ruptura con un poderoso reino por defender los derechos de una sola mujer, la Reforma las abandona en todas partes, sin lucha, á los caprichos del hombre, y sacrifica á las pasiones y vicios de éste los intereses y derechos más esenciales del sexo débil. ¿Cómo han de equilibrarse en la balanza los intereses del señor y de la esclava? Los discípulos de los primeros reformadores perpetúan esta tradición y aun la agravan. En un solo año, el 1595, son sostenidas en Wittemberg cincuenta tesis en las que se niega á la mujer la dignidad de persona humana.

Como se ve, en este punto se dan la mano el alegre impudor del Renacimiento y la sombría lubricidad de Lutero, y entre las dos empujan á la mujer hacia su degradación antigua. ¡Extraño resultado de una reforma que debía empezar por combatir la corrupción y fortalecer la libertad!

## VI

En el siglo xv se inicia en Italia el Renacimiento literario; en el siglo xvi nace en Alemania una Reforma religiosa; en el siglo xvii le llega su vez á Francia.

Entre todas las grandezas de este siglo, en el que llega á su mayor apogeo la gloria de nuestra nación, las más inmarcesibles de todas son las del pensamiento. Poetas, filósofos, oradores, todos los grandes talentos que hasta entonces habían aparecido aislados, en la ordinaria soledad del genio,



forman de pronto un cortejo incomparable; sus cualidades individuales se completan al agruparse, y la variedad de sus aptitudes levanta y pone espléndido remate al monumento de nuestra lengua.

En la unidad de esta lengua aparecen no obstante visibles las múltiples inspiraciones del pasado; á la manera como ciertos afluentes, aun después de incorporados al cauce principal, conservan por algún tiempo el color respectivo de sus aguas.

La influencia protestante es, entre todas, la más débil: la fría tristeza de su culto, la anarquía de sus doctrinas, la complicidad política de sus sectarios con el extranjero, el papel subalterno de la mujer, hacían esta religión antipática á los instintos de alegría, de arte, de unidad política, de generosidad, de galantería, tan propios del espíritu francés. Las controversias religiosas habían producido su consecuencia ordinaria, el cansancio, el cual, á su vez, produce la indiferencia. Esta indiferencia hacía más numerosos los adeptos al culto de la belleza y de la voluptuosidad engendrado por el Renacimiento. La tradición del sensualismo literario continúa con Molière, La Fontaine, Saint-Evremond, La Rochefoucauld. Estos grandes escritores piensan respecto de la mujer lo mismo que Rabelais y Montaigne. Sólo uno de ellos, Saint-Evremond, parece entrever en ella una importancia independiente de la belleza, y aun señala las cualidades espirituales con que podría acrecentar su imperio; pero las señala en un tratado que titula: *La mujer cual no existe ni existirá jamás*.



La certidumbre absoluta de que esta mujer existe y el deseo de colocarla en el lugar que le corresponde, aúna por otro lado los esfuerzos de otros pensadores durante aquella misma época. El platonismo se perpetúa en discípulos más numerosos, más renombrados y más sinceros que los de antes. La repugnancia que inspiraba la brillante inmoralidad de la corte, había contribuido no poco á producir esta saludable reacción. La buena acogida que obtuvo *Astrea*, interminable novela pastoril, en la que las pasiones nacen, viven y mueren vírgenes, es una prueba de este retorno á la virtud. Para celebrarlo se forma una escuela de ingeniosos escritores, que no solicitan de las mujeres otro favor que el de permitir que se las tributara alabanzas. Las mujeres que acceden á este deseo, son á decir verdad dignas de todo encomio; el palacio de Rambouillet, que es un ordinario punto de reunión, las ve desfilan á todas, gloriosas las unas, sencillamente discretas las otras y virtuosas todas. Algunas de ellas, en vez de la cultura superficial que exigía la frivolidad de aquella época, habían recibido una sólida y profunda instrucción fundada en la dignidad que el cristianismo concede á la mujer. Tal fué la marquesa de Sévigné, educada por su tío, el sacerdote Sr. de Coulanges. El Sr. de Scudéry se hace el Plutarco de aquella sociedad femenina y escribe sus *Mujeres ilustres*; su hermana, la señorita de Scudéry, describe la cortesía de la época en novelas de diez volúmenes, en las que todos los sentimientos son heroicos y algunos pensamientos bastante razonables. Al par que esas novelas, cuya acción se prolonga á veces diez ó



doce años, exigen del lector una constancia igual á la de los personajes que en ella toman parte, y constituyen una tradición pública por su duración, otros combatientes más activos discuten minuciosamente las tesis generales. Aquí está Guez de Balzac, que reviste de nobleza y elevación cuanto trata en sus escritos: la elegancia y finura brillan en *Voiture*, á quien sólo se le puede reprochar que persiga tanto la ingeniosidad, puesto que siempre la tiene á mano; para demostrar lo que pueden las medianías, aquí está Chapelain, bastante original, á pesar de todo, en saber apreciar el mérito ajeno, y bastante modesto para vivir en compañía de Corneille; aquí está Vaugelas, que tan bien sabe hablar, y Courart, que tan bien sabe callarse. Es un continuo movimiento de ideas y sentimientos; los ausentes cultivan el estilo epistolar, y más de uno se ausenta de propósito, sólo con el fin de tener ocasión de escribir las, puesto que es el género literario más en boga.

Todos estos esfuerzos tienden á celebrar la inteligencia de la mujer y abrir á su influjo social vías legítimas. Entre éstas, la más segura y más corta parece ser la seriedad de su educación. En *El Gran Ciro*, dice la Srta. de Scudéry: «¿Hay nada tan extravagante como la educación que de ordinario se da á las mujeres? Se las censura el que sean coquetas ó galantes y, sin embargo, se les enseña todo lo que es propio de la galantería y nada de lo que pueda ocupar su espíritu y robustecer sus virtudes... Una mujer, que no puede bailar, decorosamente, más que durante cinco ó seis años de su vida, emplea diez ó doce



en aprender lo que por tan poco tiempo habrá de practicar; y esta misma mujer, que está obligada á tener juicio hasta su muerte y que debe hablar hasta su último aliento, no aprende nada de lo que pudiera adiestrarla para hacerlo discretamente y portarse con corrección... Yo quisiera en verdad, que se procurase tanto cultivar su espíritu como se procura cultivar su cuerpo.» Mad. de Sévigné, en sus cartas, enumera los conocimientos que juzga estrictamente necesarios para una señora y que asustarían á más de un literato de nuestros días.

Pero á pesar de la influencia real de este movimiento literario, á pesar del mérito de las personas y la honestidad de las ideas, el nuevo platonismo no supo colocar á la mujer en el lugar eminente que para ella soñaba, y se consumió en estériles alabanzas. Los hombres y mujeres de aquella Arcadia artificiosa buscaban ante todo el placer espiritual que se experimenta en el trato íntimo de un sexo con otro. Como eran gente honrada por sistema, se resistían de ordinario á las tentaciones de la materia, con el afán de saborear únicamente los encantos del ingenio. Así es que su única preocupación consistía en darse importancia, sacrificando el verdadero amor en aras del amor propio. Como esos seductores sólo aspiran á seducir el espíritu, toda su actividad se evapora en la conversación, ya que, como dice ingenuamente la Srta. de Scudery, «necesitan hablar hasta el último aliento». Las cosas razonables que se puede decir sobre cualquier asunto, se agotan pronto, y no queda más recurso que sutilizar y traer por los cabellos los pensamientos ingeniosos.



Ahora bien: de todas las materias que pueden llenar la conversación, ninguna se presta tanto á los vanos escarceos del ingenio, como el amor.

Vióse entonces á los caballeros de aire marcial educados en los campos de batalla; á los escritores famosos, algunos de ellos ya ancianos; á las mujeres ilustres por su cuna ó por su talento, inclinarse sobre el mapa del país del Amor y seguir en él la marcha de los sentimientos ficticios, transformar sus miradas honestas y recatadas en ojeadas furtivas y asesinas, fingir por medio de acrósticos, enigmas, madrigales, epigramas y sonetos, ardores imaginarios, turbando así con esfuerzos de cabeza el apacible sueño de sus corazones. Todo ello da una apariencia de pesada frivolidad á aquellas existencias que sin estas ridiculeces hubieran sido irreprochables; disminuye el prestigio de los méritos más sólidos, y da motivo para dudar si las mujeres tienen tanta inclinación como pretenden hacia las cosas serias. La segunda experiencia concluye, pues, como la primera, en contra de los devaneos amorosos, que sólo han dejado de ser corruptores para convertirse en ridículos. Es forzoso reconocer que para influir eficazmente sobre la sociedad y encauzar sus tendencias, no basta una fuerza intelectual, sino que es necesaria además una fuerza moral.

En aquellos momentos el cristianismo toma un empuje repentino. Su verdadera reforma había empezado en el concilio de Trento. La nueva fuerza de la antigua fe se manifiesta en Francia en el mismo siglo XVII. La santidad está representada entonces no menos gloriosamente que el genio, cuando no moran ambos en una misma



alma. ¡Qué gloriosa época aquella en que combatiéron por una misma causa Bossuet, Fenelón, Fléchier, Bourdaloue, Francisco de Sales, Vicente de Paúl, Bérulle, Ollier, Raucé! No solamente recuerda cada uno de estos nombres la eminencia de un alma en su propia manera de servir á Dios, sino que representan casi todos la fuerza colectiva de nuevas é importantes corporaciones. No hay otra época, desde el tiempo de los Santos Padres, en que la Iglesia haya tenido tantos y tan ilustres servidores. Cuando en los horizontes de una sociedad asoma el alba de una nueva vida moral, las almas que viven en región más elevada son las que antes que nadie se bañan en los primeros rayos del sol naciente; las más austeras son las que primero se deciden á hacer penitencia por los errores y pecados de los que todavía duermen en la maldad. En Port-Royal se manifestó este temor de los justos ante la justicia, el arrepentimiento de los inocentes por las culpas ajenas, la expiación de los puros por los voluptuosos, la tristeza de las conciencias escrupulosas ante la alegría de las conciencias ligeras, la actividad de los laboriosos por aprovechar el tiempo, que los demás malversan como si nada valiera. En los primeros años, mientras esta sociedad de almas escogidas se contentó con enseñar al mundo, renunciando á sus pompas y vanidades, sin mezclarse en sutilezas teológicas, Port-Royal simbolizó en Francia la conciencia del siglo. El ejemplo de aquellos hombres y mujeres, superiores por todos conceptos, y que á pesar de esto eran tan humildes que sólo veían en sus dones naturales un motivo de mayor respon-



sabilidad, devolvió á la sociedad francesa el concepto cristiano de la vida. No fueron las últimas, ciertamente, en sentirse conquistadas, aquellas que durante la Fronda habían dirigido tan brillantemente las campañas de la galantería. El cansancio, que se halla siempre en el fondo de la alegría humana; el sentimiento del tiempo que huye, del deber incumplido, transformaron en melancólica gravedad la risa loca que había puesto en sus labios el Renacimiento. Renunciaron á los éxitos mundanos cuando aun podían seguir obteniéndolos; conservando asimismo influencia bastante, de la que habían conquistado con sus escándalos, para poner de moda la virtud. Los hombres que habían compartido con ellas su existencia, arrastrados por su ejemplo, se decidieron á acabar bien, cosa más esencial en la vida que en los discursos; y los valientes que querían «hablar hasta el último aliento», los candorosos habitantes del país del Amor, se alistaron también sin resistencia bajo los estandartes de la virtud seria y sinceramente. El influjo de los grandes genios, sacerdotes ó seculares, pero cristianos todos, atrajo los pensamientos y las costumbres de la sociedad francesa hacia el cristianismo.

En cuanto la sociedad vuelve á inspirarse en el catolicismo, surge otra vez el respeto á la mujer. Comparemos el ideal femenino de los humanistas y de la Reforma con las mujeres creadas en el teatro por Corneille y Racine. Sólo en el nombre pertenecen á la antigüedad pagana; sus pensamientos y sus actos se inspiran en algo desconocido de la antigüedad: hijas del genio cris-



tiano, son realmente cristianas. No se reduce todo á los sueños de los poetas, que honran con sus versos á algunas mujeres imaginarias; es la mujer real la que se ve honrada de un modo efectivo. Con el renacimiento católico del siglo xvii, se hace general el interés por la mujer y su educación. Una de las primeras obras de Fenelón es su libro sobre *La Educación de las jóvenes* (1). El piadoso obispo se indigna de que se califique de superflua la cultura femenina; declara que los deberes de la mujer «constituyen el fundamento de la vida humana»; que «las mujeres deciden lo que más interesa al género humano»; que, á pesar de su autoridad pública, «los hombres no pueden realizar con sus deliberaciones ningún bien efectivo, si las mujeres no les ayudan á ejecutarlo». El interés social impide al santo obispo recomendar á las madres la educación superficial que se daba entonces en los conventos, así en las ciencias divinas como en las humanas, puesto que no se las enseñaba á vivir ni en el mundo ni en el claustro.

Pero también en esta parte se preparaba ya una gran reforma en la educación de las jóvenes. Fundáronse nuevas órdenes religiosas, animadas del ardiente celo propio de los primeros siglos cristianos. Las hijas de Mad. de Sainte-Beuve, de Mlle. de Xaintonges, de Pedro Fourrier, de Mad. de Lestonnac, de Mad. de Chantal, de San Vicente de Paúl, se consagran á la educación de las mujeres y se reparten la tarea, dedicándose las unas á las jóvenes de noble alcurnia, las otras

(1) Véase la edición castellana de esta interesante obra. Barcelona, 1905, G. Gili, editor.



á las muchachas del pueblo; y todas, con igual concepto de la dignidad cristiana de la mujer, cumplen la misión definida por Jacqueline Pascal: «Las maestras debemos convertirnos en criadas de las niñas, demostrando en todas ocasiones que no tiene límites nuestro deseo de servir las, que lo hacemos con amor y de todo corazón, porque son hijas de Dios; de aquí que no perdonamos medio alguno para hacerlas dignas de esta condición sublime... Siempre deberemos mirar estas tiernas almas como sagrados depósitos que nos han sido confiados y de los cuales tendremos que dar cuenta.»

El mismo sentimiento inspira un celo parecido á las maestras seculares, que son fervorosas cristianas. Mad. de Maintenon funda el colegio de Saint-Cyr para educar á las hijas de los oficiales sin fortuna. Las pensionistas de Saint-Cyr están destinadas á vivir muy modestamente; la mayoría de ellas verán deslizarse su existencia en la obscuridad de una provincia; y, no obstante, el mismo Fenelón, ocupado en los graves negocios de la Iglesia, las enseña personalmente el catecismo; y Racine, sustrayendo su genio á la admiración que le exige nuevos dramas de pasión humana, escribe para ellas *Esther* y *Athalía*; y por ellas se interesa y trabaja la mujer ilustre que interviene en los más graves asuntos del reino.

La vida de Mad. de Maintenon es una prueba elocuente de cuánto ensalza á la mujer la dignidad cristiana, aun dentro de los destinos puramente humanos. Si hubiera sido una señora ambiciosa, atenta sólo á brillar y lucir los recursos de



su ingenio, Mad. de Maintenon, á lo más que hubiera podido aspirar hubiera sido á satisfacer un capricho más de Luis XIV. Pero su virtud, fundada en sus creencias, la hizo tan digna de estimación ante el rey, que contrajo matrimonio con ella al morir la reina María Teresa, su esposa. Esta virtud no sólo la eleva al más alto rango social, sino que influye poderosamente en las costumbres de Luis XIV, y hace que el rey sea el primero en dar ejemplo de moralidad, transformándose así rápidamente las costumbres de la corte y de la alta sociedad.

Para la mujer encierra este cambio un beneficio inmediato. En la familia, la madre recobra la autoridad sobre sus hijos; en las uniones legitimadas, la estima común sostiene la deferencia del marido para con su esposa; en la sociedad moralizada crece la influencia de la mujer sobre las artes, el idioma y la literatura. No sólo presta inapreciables servicios á la estética con su buen gusto, sino más aún á la moralidad con sus buenas obras. Casi ninguno de los santos que en estos últimos siglos han dado nuevo empuje al apostolado de la caridad cristiana, ha prescindido de la colaboración femenina. Las mujeres se anticipan á los proyectos de aquellos fundadores, les sostienen en todas las pruebas, les entregan todos los recursos necesarios, se entregan á sí mismas. Esta constante fecundidad de sacrificios es la base de la influencia que la mujer consigue en el mundo. Al volver á las virtudes de los primeros siglos cristianos, recobra la importancia que por ellas obtuvo. San Francisco de Sales, en los nueve volúmenes de sus admirables *Cartas*, y



Fenelón en la mayor parte de las suyas, se dirigen á las mujeres. Bossuet les dedica, como á los hombres, sus sermones necrológicos, y rodea las virtudes de ambos sexos con una misma aureola de inmortalidad. Así pues, una vez más, los hechos entrañan una lección saludable: cuando la mujer conforma su vida á las creencias católicas y aumenta de este modo la influencia social de la Iglesia, la Iglesia se sirve de esta influencia para acrecentar en la sociedad el honor y la dignidad de la mujer.

## VII

Como si fuese necesario completar la lección con la experiencia contraria, al catolicismo del siglo xvii, sigue la incredulidad del siglo xviii.

El Renacimiento había aspirado á debilitar el catolicismo; la Reforma pretendió transformarlo; la filosofía quiso destruirlo. Era el término lógico del camino seguido por el espíritu humano alentado desde hacía tres siglos, en su marcha fuera de los rieles de la antigua fe. Pero en tanto que el Renacimiento interesaba únicamente á la gente letrada y la Reforma sólo había separado algunas naciones de la unidad católica, la filosofía se atribuía un carácter de universalidad superior á la misma universalidad católica y se gloriaba de representar á la razón, que es idéntica en todos los países, y, en cada uno de ellos, abarca á todos los individuos.



Los filósofos, deístas los unos y ateos los demás, convenían en que la razón, dada al hombre por Dios ó por la casualidad, nos basta para conocer y cumplir nuestro destino. Desde el momento en que las religiones se presentan como superiores á la razón, ésta debe rechazarlas.

La doctrina de que sólo se debe creer en la evidencia de las demostraciones matemáticas ó de los hechos sensibles, no había nacido en Francia. Su inventor fué Bacón y sus primeros adeptos Hobbes y Locke. Pero los ingleses piensan y obran para ellos solos, y sus ideas suelen quedar en un «espléndido aislamiento», como dicen ellos, cuando no las propaga una raza mejor dispuesta para el proselitismo. Nuestros filósofos cargaron, pues, con pólvora francesa los pesados proyectiles del racionalismo inglés, y el disparo de ideas mortíferas empezó como el brillante chisporroteo de un castillo de pirotecnia. La historia, las ciencias, las ficciones, la ironía, el ridículo, fueron á la vez dirigidos contra el catolicismo; y, por una contradicción que hubiera hecho sonreír á un verdadero filósofo, los filósofos anunciaron, sin otra garantía que la palabra evangélica y contra la evidencia misma de los hechos, el advenimiento de una sociedad en que todos los hombres serían libres, iguales y hermanos.

La esperanza generosa de que sobreviviría el espíritu cristiano en medio de aquella lucha de ideas fué, ciertamente, la causa primera del entusiasmo con que las mujeres se declararon adeptas de la filosofía, en las clases acomodadas. Entonces se renovó el fenómeno que al propagarse el Renacimiento condujo á las mujeres tan



lejos de sus primeros deseos. Cuando vieron la resistencia que oponían todos los poderes del antiguo régimen, empezando por la Iglesia, al triunfo de la razón, las amigas de la filosofía se apartaron de la fe. Libres ya de los prejuicios religiosos, se les exigió que abandonasen el prejuicio del pudor, ya que éste sin aquéllos no tiene razón de ser; y las infelices sacrificaron los principios de la moral á los principios de la filosofía.

Ahora bien: estos filósofos en quienes ellas creen, á quienes admiran y reciben, cuya reputación sostienen, cuyos vicios satisfacen, ¿se muestran agradecidos y preparan á sus amigas un honroso lugar en la sociedad futura? De ninguna manera. La inteligencia brillante, el agudo ingenio, la delicadeza de impresiones, el gusto refinado, la intensidad de sentimientos, que tanto se hacen notar en las mujeres de aquel siglo, parecen no existir á los ojos de los filósofos. La mujer, para ellos, es lo que había sido para los letrados del Renacimiento, y, una vez más, aparece la secreta enemistad que entre el hombre y la mujer crea la carne, cuando el sentimiento del deber no les infunde el mutuo respeto.

Aquel siglo, en que llegó á su mayor perfección la cortesía francesa, expresa en toda su literatura, llamada galante, el desprecio más brutal del sexo femenino. Cuando quiere hablar de sentimientos no expresa más que sensaciones. Veamos lo que dicen sus grandes corifeos, Diderot, Rousseau, Voltaire y Montesquieu. Diderot, si estuviese solo, perdería mucha importancia. Pero su testimonio tiene un valor colectivo, puesto que él reunió y representa los esfuerzos de la



escuela que escribió la *Enciclopedia*, que viene á ser como la biblia de la incredulidad. Para Diderot todos los obstáculos opuestos por la religión y las costumbres á la que él llama ley natural, son barreras ficticias y arbitrarias que hay que derribar. Halla el modelo de la sociedad ideal en la isla de Otaiti, que Bougainville acaba de descubrir (1). Las mujeres cumplen su destino dejándose coger como las flores de la isla hospitalaria. Según la justa y delicada observación de Legouvé, «Diderot degrada á las mujeres con la libertad misma» (2).

Rousseau, que parece animado de pensamientos más nobles, que en la mujer ve á la madre y se interesa por los derechos que le corresponden sobre sus hijos, envía los suyos á la inclusa, sin duda para que no estorben su *tierna solitud*, con los hijos de los demás. Sus consejos, muy acertados cuando recomienda á las madres el cuidado material de sus hijos, no van más allá de lo material. Al darle su leche, la mujer da á su hijo todo lo que éste debe recibir de ella; las ideas y las creencias han de desarrollarse por sí solas. El chiquillo que ensucia los pañales es ya un ciudadano cuya independencia es preciso respetar. Reducida á las funciones de nodriza, despojada de su misión y dignidad verdaderas por la teoría del filósofo sobre las excelencias de la naturaleza como educadora, la vida de la mujer no tiene más que un objeto, definido por el mismo Rousseau: «La mujer está hecha para agradar al hombre; si éste, á su vez, debe agradarle, es una

(1) Diderot, *Filosofía: Suplemento al viaje de Bougainville*.

(2) E. Legouvé, *Historia moral de las mujeres*, Prefacio.



necesidad menos perentoria, puesto que su mérito está en su fuerza y agrada por el solo hecho de ser fuerte.» Aquí está otra vez la desigualdad de naturaleza y de derechos, en beneficio del hombre. Cuando Rousseau traza el programa de la educación, piensa en el hombre únicamente y escribe el *Emilio*. Si no hubiese sido preciso casar á su héroe, para nada se habría cuidado de la mujer, y *Sofía* no hubiera nacido. Cada rasgo de la educación accesoria que para ésta improvisa Rousseau, acusa la inferioridad femenina. *Sofía* no estudia ninguna ciencia, porque es incapaz de todo serio trabajo intelectual. Mientras que según él la idea de Dios no debe proponerse al hombre hasta que pueda admitirla por raciocinio, cuando se trata de la mujer dice que debe inculcársela desde la infancia; porque esperar para ella la edad en que pudiese creer racionalmente, sería esperar en vano toda la vida. «La educación de las mujeres debe referirse á las necesidades de los hombres: es decir que se las debe enseñar sólo á criarles cuando niños, cuidarles cuando sean mayores y hacerles siempre la vida agradable y dulce», helo aquí todo. La mujer es un ser subalterno que debe evitarle al hombre los cuidados domésticos: bien se comprende después de esto que Rousseau debió casarse con su sirvienta.

Voltaire, que se gloriaba de defender á los oprimidos y se pasó la vida adulando á los soberanos, tuvo motivos sobrados, durante toda su existencia, para alabar á las mujeres. Desde Ninnon de Lenclos, la protectora de su infancia, hasta la marquesa de Châtelet, su compañera



apasionada en los días de su mayor gloria, conoció á muchas mujeres excepcionales por el talento ó por el saber; y la gran Catalina de Rusia le probó que el genio mismo no es monopolio de un sexo. No obstante, en los setenta volúmenes de las obras de Voltaire, ¿hay una palabra de gratitud, de respeto, de afecto sincero, de reivindicación en pro de las mujeres? El elogio fúnebre de Mad. du Châtelet se resume en estas palabras: «Un grande hombre cuyo único defecto era ser mujer.» Excepto en las tragedias, en que la necesidad de atribuir á las mujeres sentimientos heroicos que el género reclama hacen que no todo sea malo en sus obras teatrales, Voltaire no busca, ni ve, ni pinta de la mujer más que el cuerpo; se recrea en hacerla tentadora ó ridícula por la obscenidad; y la obra capital que consagra á la mujer es la más vergonzosa de sus maldades, puesto que no perdona ni aun á Juana de Arco, la figura más pura y celestial de nuestra historia, y, atraído por el sacrilegio del ultraje, entrega á la innoble sátira la virginidad de aquella que libertó á nuestra patria.

En Montesquieu hallamos, al menos, la decencia. Si en sus *Cartas persas* rindió tributo al gusto de su tiempo, es, no obstante, un espíritu grave que buscó las leyes del orden en la humanidad, con el noble deseo de ser útil á sus semejantes. Sus estudios, empero, no le muestran nunca á la mujer como operario de la civilización; así es que se limita á señalarle el humilde papel que expresan estas palabras del *Espíritu de las leyes*: «La naturaleza, que ha distinguido á los hombres por la fuerza y la razón, no ha puesto á



su poder otros límites que los de la razón y la fuerza; en cambio ha dotado á las mujeres de suaves atractivos y ha querido que al perderlos terminase todo su ascendiente» (1).

Llegó un día en que la Revolución francesa transformó en leyes las teorías filosóficas. ¿Qué ventajas obtuvo entonces la mujer?

La Revolución proclama los derechos del hombre, del ciudadano. Fraternal é igualitaria, al establecer la libertad ¿puede olvidar á la mitad de la especie humana? Por más que parezca imposible, es la pura realidad. Cuando se trata de asegurar á Francia una educación conforme con sus nuevos destinos, algunos espíritus lógicos pretenden que la mujer tenga igual derecho que el hombre á esta educación. Pero los pontífices de la doctrina revolucionaria, Mirabeau, Danton, Robespierre, no consienten que la mujer ejerza influencia alguna fuera del hogar.

Todos piensan como Mirabeau: «La constitución delicada de las mujeres, perfectamente apropiada á su verdadero destino, que es perpetuar la especie, velar con solicitud sobre la infancia y sujetar á sus pies todas las fuerzas del hombre con el poder irresistible de la debilidad, esta constitución, digo, las obliga á limitarse á las tareas domésticas y á los modestos trabajos sedentarios, sin permitirles hallar la propia felicidad ni labrar la de quienes las rodean, sino llevando una vida retirada» (2). Los revolucionarios, ad-

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XVI, cap. II.

(2) *Estudio sobre la educación pública*, hallado entre los papeles de Mirabeau y publicado por Cabanis. Imprenta nacional, 1791.



miradores de la antigüedad, no hallan en ésta nada más digno de ser imitado que este reparto: al hombre, toda la tierra, todas las actividades, todas las glorias; á la mujer, una rueca y un huso junto al hogar silencioso.

No sólo la Revolución no acrecienta las prerrogativas de la mujer, sino que destruye además todas las que le habían pertenecido casi por derecho propio desde el advenimiento del cristianismo. La dispersión de las órdenes religiosas destituye á la mujer de toda clase de funciones públicas, y su misma caridad voluntaria es substituída con servicios asalariados en que el hombre toma la mejor parte. Ni siquiera el hogar, último refugio de la mujer, es respetado. El divorcio por simple consentimiento de las partes, la igualdad entre los hijos legítimos y los hijos naturales, la teoría de que los hijos pertenecen al Estado y no á la familia, quitan al hogar su dignidad y su carácter de permanencia. No le queda, pues, á la mujer, como decía La Fontaine, más que asegurar al hombre, mientras á éste le convenga, «buena comida, buena cama y todo lo demás».

Napoleón substituyó las incoherencias de los ideólogos con la lógica del absolutismo masculino. Al mismo tiempo que despojó al hombre de sus libertades de ciudadano, le procuró una compensación, dándole á cada uno un imperio casi absoluto sobre su mujer. Y como este imperio doméstico perdura todavía, veamos hasta dónde llegan sus fronteras.

El hombre, según los principios de la revolución, toma bajo su amparo á la mujer; ésta debe obedecerle; á la poligamia del hombre no se le



señala otro límite que el de no poder albergar á su concubina en el domicilio conyugal. Sólo el adulterio de la mujer es culpable á los ojos de la ley. Los hijos ilegítimos no tienen derecho legal ninguno contra su padre natural, que en todos los casos puede negarse á reconocerlos; en cambio, la mujer está siempre obligada, ante las pruebas legales, á legitimar el fruto de sus faltas. Se dirá, para consolar á la mujer de esta desigualdad, que esta indulgencia con el hombre es una confesión de su inmoralidad y que este rigor con la mujer es un homenaje á su virtud. Pero entonces, ¿cómo se explican tantas otras leyes que se fundan en la supuesta debilidad y en la falta de discernimiento de la mujer? El hombre, sea cual fuere el contrato matrimonial, puede disipar, en parte por lo menos, la fortuna de su mujer; ésta, en cambio, no puede servir de testigo en los principales actos de la vida civil, ni ser tutora más que de sus hijos, como si su inteligencia ó su voluntad no estuviesen nunca bastante desarrolladas para estos oficios. Y además, ¿por qué, al fundar la universidad y echar los cimientos de la educación del hombre, no se ha intentado nada en pro de la educación de la mujer? Porque los espíritus formados en la incredulidad del siglo XVIII sentían un desdén unánime hacia la mujer; porque sin dejar de desdeñarla temían, en el fondo, que si desarrollaba sus facultades admiraría menos á su señor y se rebelaría contra sus caprichos egoístas y tiránicos; en fin, porque el resumen de todas sus doctrinas se halla en esta definición de Schopenhauer: «Las mujeres forman un grado intermedio entre el niño y el hombre; éste, hablando con propie-



dad, es el verdadero y único tipo de la humanidad» (1).

Hubo por fortuna algunos de estos *seres inferiores* que emprendieron, en beneficio de su sexo, la obra pedagógica que ni la Revolución ni el Imperio supieron organizar. Napoleón había mantenido las leyes revolucionarias contra las órdenes religiosas, por temor de ver atacada su independencia política; pero no temía más que á las de los hombres, y de aquí que permitiera el restablecimiento de las comunidades de mujeres. Estas prosiguieron, pues, sus obras interrumpidas junto á los pobres y á los enfermos y sostuvieron, á pesar de la indiferencia oficial, la enseñanza de las niñas. La Asamblea católica de 1850 fué la primera que aprobó el establecimiento de escuelas públicas para niñas, pero tales escuelas hubieran carecido de maestras sin el concurso de las institutrices religiosas. Durante el segundo Imperio, mientras los poderes públicos se mantenían aún en la mayor indiferencia y apatía, un obispo, Monseñor Dupanloup, reclamó con infatigable constancia la seria instrucción de la mujer.

Gracias á este orden de cosas, hemos presenciado, durante la mayor parte del siglo XIX, un dualismo muy marcado entre las aspiraciones y creencias del hombre y de la mujer. En las clases llamadas directoras, los hombres fueron educados en el más completo escepticismo, pero tolerante y bonachón, que permitía á la otra mitad del género humano seguir fielmente las prácticas religiosas, cual si fueran una novela inofensiva, cuya moral recomendaba cada uno por egoísmo á su

(1) Schopenhauer, *Parerga y Paralipomena*, II, 650.



propia esposa, mientras procuraba, también por egoísmo brutal, hacerla olvidar á las mujeres de los demás. No dejaron las mujeres de comprender q. e su fe constituía á los ojos de los hombres un título de inferioridad intelectual, y más de una sintió vacilar sus creencias ante una mirada irónica, pero la inmensa mayoría de ellas se mantuvo fiel á la religión.

Esta constancia fué la que impulsó á los enemigos del cristianismo, en el último cuarto del pasado siglo, á cambiar de táctica. En la persistencia de la religión reconocieron la influencia de la mujer y decidieron acabar de una vez. Destruir la influencia religiosa en las escuelas, en los hospitales, en los asilos, donde quiera que se hallaba mezclada con la vida nacional; borrar la importuna visión del heroísmo silencioso, de la caridad inagotable y de la abnegación continua que asocian tan íntimamente la grandeza de la mujer á la vida del catolicismo en Francia; poner, de grado ó por fuerza, á las jóvenes francesas bajo la autoridad de maestras laicas; procurando en fin, por todos los medios posibles, descristianizar á nuestra patria mediante la descristianización de la mujer: tal fué el plan concebido, manifestado sin ambajes ni rodeos y actualmente llevado á la ejecución.

Sus autores pueden envanecerse de haber sido hábiles y de no haber reparado en gastos al organizar la enseñanza oficial de la mujer; pero debieran añadir que su interés por la mujer data de poco tiempo. Pretenden prestarle el mismo servicio que le ha venido prestando la Iglesia, pero su interés cuenta de existencia tantos años como el



de la Iglesia siglos. Sus fingidos desvelos por la enseñanza están en contradicción con la hostilidad tradicional del espíritu laico frente á la cultura femenina. La constancia de la Iglesia les ha obligado á convertirse en educadores; pero sépase de una vez para siempre: esos pseudo-pedagogos que tanto interés aparentan tomarse por la instrucción de la mujer, en realidad no pretenden instruir la sino descristianizarla y corromperla. Por otra parte, la admiración y estúpido culto con que veneran á los progenitores del pensamiento moderno, desde Rabelais hasta Voltaire, indica bien á las claras cuál es el concepto que de la mujer se han formado y lo que de ellos puede ésta esperar, aun suponiendo que llegare á ser tan docta como las mujeres del Renacimiento y tan inteligente y graciosa como las del siglo XVIII.

## VIII

Pero en el momento en que los jacobinos creen asegurar su porvenir destruyendo el catolicismo, se ven ya amenazados seriamente en sus posiciones actuales por la lógica de sus propias teorías. El socialismo, hijo primogénito del libre pensamiento, se declara ya hoy día mayor de edad.

Desde la Revolución francesa, la incredulidad ha venido preparando el socialismo al fijar todas las esperanzas humanas en la vida presente. La fuerza de las consecuencias se ha visto retenida algún tiempo por el influjo de la Iglesia, cuyas



doctrinas acerca de los bienes de este mundo mantenían el espíritu de la justicia dentro de la desigualdad inevitable de los destinos temporales. Sin duda muchos católicos olvidaban que los ricos son los administradores de los pobres, que todos los que poseen bienes superfluos deben emplearlos en socorrer á los necesitados, y que la caridad, aparte de su eficacia contra la miseria material, es el único remedio contra los odios de clases. En cambio otros practicaban la caridad tan generosamente que eran los constantes intermediarios entre el egoísmo de los que gozan y la cólera de los que sufren. Las mujeres de un modo especial eran las que mejor sabían calmar con sus obras de caridad los odios de clase, consolar el sufrimiento y transformar los clamores de venganza en murmullos de gratitud. Pero con su tenaz empeño en proseguir la obra revolucionaria, oponiéndose por todos los medios posibles á la acción católica, los incrédulos han acabado por derribar con sus propias manos la muralla que les protegía. Actualmente el proletario recibe los socorros de la caridad cristiana con el corazón sordo á la voz de la justicia y endurecido por los prejuicios demagógicos; persuadido, además, de que estos socorros, condenados por el Estado, tocan á su término.

La consecuencia natural de todo esto es que nada se interpone ya entre la sociedad y el obrero, que se considera víctima de la misma. La sociedad aparece á sus ojos dividida en dos campos: los privilegiados y los desheredados. La causa de este desequilibrio se halla en la acumulación, en manos de algunos, de los bienes destinados á



todos: si tales bienes fuesen comunes, asegurarían á cada individuo la parte de felicidad que le corresponde. Puesto que los desheredados forman la mayoría, tienen á la vez la fuerza y el derecho. Para restablecer la justicia en el mundo basta que quieran; y como toda la felicidad reside en esta vida, que pasa rápidamente, no pueden esperar.

Al mismo tiempo que la filosofía de la Revolución ha engendrado el socialismo, le ha dado los medios de imponerse. Para destruir la influencia religiosa ha aplastado bajo la ley los derechos individuales, ha destruído la vida espontánea de las asociaciones, se ha apoderado de la enseñanza, ha transformado la caridad misma en administración, y ha establecido, sobre las ruinas de todo lo que era libre, la ominosa y prepotente tiranía del Estado. De esta omnipotencia oficial quiere apoderarse el socialismo para servirse de ella en propio provecho. Si el Estado puede usar de medios violentos para combatir una creencia falsa que se funda en la hipótesis de una vida futura, ¡cuánto más obligado está á combatir el desorden que mantiene la iniquidad en la vida presente! Si tiene el deber de velar por el justo reparto de la herencia paterna entrè los hijos, ¡cuánto mayor es su obligación de asegurar el reparto entre todos de los bienes que pertenecen á todos! Tiene, pues, derecho á expropiar, por utilidad pública, á esta minoría usurpadora de los bienes comunes, y á impedir, por medio de leyes, que éstos se acumulen en adelante.

Los socialistas comprenden perfectamente que para triunfar necesitan la ayuda de la mujer. Lo



ha dicho Bebel: «Donde esté ella estará la victoria.»

El socialismo continúa la campaña antirreligiosa comenzada por el escepticismo burgués, y pone en ella mayor energía, porque las supersticiones, al sostener la esperanza mística en un más allá, quitan á los hombres el valor de adoptar las soluciones radicales necesarias para obtener la felicidad en el presente. Para atraer las mujeres al ateísmo, acusa á la Iglesia de todos los males que sobre ella pesan. Afecta ignorar que todo lo razonable que figura en su programa ha sido obtenido ó reclamado por la Iglesia cuando ésta inspiraba las leyes y las costumbres; y, para colmo de injusticia, presenta como inspiradas por el catolicismo las mismas leyes impuestas á la mujer por la incredulidad, á pesar de las reclamaciones y protestas de la Iglesia.

El socialismo promete á la mujer lo que los políticos burgueses le han negado siempre: la igualdad de sus derechos con los del hombre, la igualdad en el trabajo y en los goces de la vida.

La mujer, provista por el Estado de una instrucción igual á la que se da á los hombres, podrá buscar en todas las profesiones los medios de satisfacer sus necesidades. Si esta igualdad no es tan absoluta como fuera de desear, si el socialismo no ha hallado todavía el medio de repartir entre el hombre y la mujer los meses de embarazo, al menos alivia en lo posible la inferioridad que esta carga impone á la mujer en su competencia con el hombre. Desde el momento en que ha dado á luz á su hijo, el Estado le evita las molestias de tener que criarle, cuidarle é instruirle



y permite á la madre ocuparse sin tardanza en las tareas de su profesión, puesto que es preciso ganar el dinero necesario para proporcionarse lo único esencial en la vida: el placer.

El más universal, el más dulce de los placeres, es el amor. Es preciso facilitarlo; y para evitar los obstáculos y retardos que se le oponen, quedan suprimidas todas las leyes y fórmulas del matrimonio. La mujer, fiel á su amor mientras éste dure, queda libre de seguir sin rubor sus inclinaciones, sin tener que luchar en adelante contra sí misma. Su nueva existencia destruirá la vida doméstica y los vínculos de familia, que esclavizan á la mujer y encierran en un círculo harto limitado su actividad, su inteligencia y sus afectos. Una vez libre por completo, la mujer estará en relación con la sociedad entera y hallará en ella toda suerte de placeres (1).

Como garantía de esta igualdad, el socialismo ofrece á la mujer los derechos políticos; y como las mujeres son algo más numerosas que los hombres, parece cederles de este modo el cuidado de crearse el porvenir que mejor cuadre á sus gustos y deseos.

Pero ¿á qué se reducen, en realidad, todas estas ventajas? Sin fijarnos en las contradicciones que separan las diversas escuelas socialistas, examinemos tan sólo los principios en que están todas de acuerdo. El socialismo se propone sobre todo evitar la desigualdad en la distribución de la riqueza. Para esto se ha de fijar la duración del trabajo impuesto á cada individuo. Ahora bien:

(1) Véase Bebel, *La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir*. In 8.º; Carré, París.



la mujer no tiene el mismo vigor que el hombre. Si trabajasen ambos durante el mismo espacio de tiempo, la igualdad quedaría rota en provecho de la mujer, puesto que produciendo menos tendría derecho al mismo descanso y á los mismos placeres que el varón, á cuyas expensas viviría en parte; y si para corregir esta desigualdad se la obligaba á trabajar más tiempo que el hombre, aparecerían de nuevo los antiguos peligros de esclavitud femenina. Hasta ahora los conflictos de intereses se habían debatido entre los hombres exclusivamente; las mujeres estaban defendidas por sus maridos ó por sus padres, y los vínculos familiares confundían los intereses y la suerte de los dos sexos. La teoría socialista coloca á las mujeres en un campo y á los hombres en otro. De esto á la tentativa de evaluar en muy poco la actividad de la mujer y explotarla en provecho de los hombres, la distancia es más corta de lo que parece. En los países donde abundan las obreras ha sido preciso establecer leyes que protegiesen el salario de las mujeres contra la rapacidad de sus maridos, que aspiraban á ser mantenidos sin trabajar y aun á disponer según su capricho del jornal de sus esposas. Si el egoísmo del hombre es tan brutal contra los seres que le son más caros, ¿cómo esperar que se muestre generoso hacia las mujeres extrañas? Es bien sabido cuántas injusticias hace cometer á personas, por lo demás muy honradas, el espíritu de corporación. Es, pues, de suponer, que el espíritu de sexo, todavía más egoísta, impulsase al hombre, convertido en rival de la mujer, á explotar el trabajo de su rival en provecho de su propia pereza.



¿Quién sería entonces el juez autorizado para decidir si las pretensiones del hombre eran justas ó abusivas? ¿De qué le serviría á la mujer estar en mayoría y tener las leyes en su favor, si el hombre se atenía, como de costumbre, á la ley del más fuerte? Cuando llegase este caso, la mujer tendría que ceder y resignarse á ganar su subsistencia en las condiciones fijadas por el hombre. En la sociedad constituída á gusto del socialismo, la mujer recaería, tarde ó temprano, en aquella esclavitud que los antiguos consideraban como la más desdichada de todas: la de los esclavos públicos, sin más amo que el Estado, es decir, teniendo á todo el mundo por amo, sin que tuvieran derecho á esperar de nadie ni compasión, ni justicia, ni libertad.

¿Y si tal sucedería con el trabajo, ¿qué diremos de la felicidad? ¿Cómo se atreve el socialismo á ofrecer al pudor de la esposa esta serie de concubinatos temporales, contraídos y rotos por el capricho? ¿Cómo tiene la desvergüenza de proponer al corazón de la madre esta existencia en que para nada figuran sus hijos; y á la delicadeza femenina esa vida de taller, de círculo, de biblioteca, de instituciones colectivas y vulgares, desprovistas de la independencia y encantos del hogar doméstico? ¡Qué insultante desprecio, creer que los goces favoritos de la mujer son las orgías y amoríos, y no comprender que el tiempo dedicado por ella á su familia es el mejor aprovechado y, en último término, el más feliz de su vida! Bebel, que, con el pretexto de imitar á la naturaleza, busca en los animales ejemplos para el hombre, ¿cómo no se ha fijado en que, entre las



hormigas y las abejas, no son las madres las que trabajan sin cesar?

Cuando han pasado los alegres años de la juventud, la mujer cristiana llega á la ancianidad rodeada de su esposo y de sus hijos, á quienes ha consagrado su vida entera. No olvidan esto jamás los hijos bien nacidos, porque cada arruga que el dedo del tiempo traza en el rostro de su madre les recuerda los desvelos y cuidados que por ellos pasó: sus mismas enfermedades y achaques la hacen aún más respetable, y la previsión de que acaso les queden muy pocos días para manifestarle su amor y gratitud hace que sea más tierno y cariñoso el respeto con que se la rodea. Cuando se apodera de todo su cuerpo el frío de la muerte, siente todavía en su corazón el suave calor que produce en él el llanto de aquellos seres tan queridos y que tan de veras le aman.

Por el contrario, cuando la mujer, después de gozar algunos años de la libertad que le ofrece el socialismo, llega á la edad en que se pierde la belleza, el vigor corporal, cuando no sirva ya para el trabajo ni para el placer, ¿á dónde habrán ido los cómplices de sus extravíos? Ellos sólo amaban en ella la belleza y juventud: al desaparecer ésta, huyen ellos sin tardanza y la abandonan. Para sus hijos, más bien frutos del placer que del verdadero amor, será una extraña, puesto que si es verdad que ella les dió el ser, no lo es menos que los abandonó al echarlos al mundo. En su hogar solitario sólo hallará frías cenizas que helarán su corazón marchito. Aun suponiendo que no haya de temer los rigores del hambre, gracias á los socorros del Estado, el hambre de afectos



será el torcedor implacable de sus últimos años. Se sentirá además completamente extraña á la gran máquina social, que distribuye el pan cotidiano entre miles de seres tan infelices como ella; comprenderá que es una carga inútil para la sociedad, puesto que habrá perdido los únicos títulos que ésta reconoce como válidos; las miradas menos duras para ella serán las de los indiferentes, y no habrá otros ojos que los suyos que puedan llorar sus penas. ¿Puede concebirse acaso situación más horrible que la ofrecida por el socialismo á la mujer del porvenir?

## IX

Tales son las doctrinas que luchan por atraerse á la mujer. A ella le toca juzgarlas.

El socialismo apela en vano á la bondad de la mujer llamándole la atención sobre los males é injusticias sociales, demasiado evidentes; pero los remedios que propone son mucho peores que la enfermedad.

La filosofía, que limita nuestro destino á la vida presente y que, sin buscar siquiera, como el socialismo, un remedio á las iniquidades presentes, aconseja á sus adeptos buscar cada uno para sí la propia felicidad, tiene aún menos atractivos para las mujeres. Es demasiado inconsecuente para satisfacer su imperiosa lógica; es harto mezquina para satisfacer sus anhelos á lo ideal, y es en fin sobrado egoísta para responder á sus más



nobles instintos, y á la persuasión que tienen ellas de que la felicidad debe ser común y que solamente la saborea del todo quien contribuye en la medida de sus fuerzas á la felicidad ajena. Por otra parte, la historia les enseña que el escepticismo de los hombres busca siempre y en todo sus propias comodidades y ventajas, sin generosidad ni respeto hacia la mujer. Esta no se dejará, pues, engañar por una solicitud fingida, hasta descender al bajo nivel en que el hombre quisiera colocarla. Comprenderá que es un triunfo muy mezquino reinar únicamente sobre los sentidos del hombre, y no admitirá jamás que su único destino sea gozar por breve tiempo de tan humillante imperio y caer luego en el abandono y el desprecio, como un juguete estropeado.

Si la certeza de que existe otra vida, en la cual todas las aspiraciones elevadas, todos los buenos deseos, todos los méritos, que el mundo aplasta bajo el peso de su indiferencia, hallarán justicia y recompensa, es necesaria á todo ser humano, lo es particularmente para la mujer, que vive menos para sí misma, se ve forzada á sufrir más por faltas de otros, y necesita por lo tanto, más que nadie, hallar en la esperanza del porvenir un refugio contra el presente.

Por esto es indudable que la mujer se mantendrá fiel á sus creencias religiosas. Con todo, no todas las religiones le comunican la misma energía ni todas la alimentan con la misma esperanza.

Las únicas dignas de este nombre, es decir, aquellas que invocan y reconocen á Cristo, tienen todas una moral común; pero no todas proporcionan á la mujer los medios de conformar en-



teramente su vida y todos sus deberes con aquella moral. Las religiones que dependen de la potestad civil, ora sean protestantes (1), ora ortodoxas, no poseen la fuerza de renovación que necesita desplegar la sociedad religiosa contra la decadencia de las sociedades humanas; veríase esto con claridad meridiana en los países protes-

(1) Véase el testimonio del hombre que ha estudiado quizá más á fondo la vida de Oriente, Mr. Boré, quien, después de pasar largo tiempo en las comarcas donde está más propagada la iglesia ortodoxa, se hizo lazarista y fué nombrado superior general de esta congregación: «Basta echar una mirada sobre el estado religioso de las diversas comuniones cristianas del Asia, para comprender á cuál de ellas debe la mujer estar más agradecida. Entre todas, sólo una guarda consideraciones á la mujer... y es la católica... los católicos demuestran verdadero interés en instruir á la mujer; si hay alguna que sepa leer y escribir, entre ellos la hallaremos.» (*Anales*, n.º 79.)

Desde que esto se escribió, se ha hecho algo en la iglesia protestante ortodoxa por la enseñanza femenina, pero sólo como arma que han querido esgrimir, unas contra otras, las diversas razas que luchan por la preponderancia política; así es que la instrucción de las mujeres está muy descuidada, contrastando con los esfuerzos realizados por cultivar la inteligencia de los hombres.

No ha faltado quien notase que la degradación de la mujer oriental fué una de las causas que explican el incremento que tomó en Asia la herejía nestoriana. «La filosofía escéptica moderna ha supuesto muy erradamente que la creencia en una virgen que debía dar á luz, la había tomado el cristianismo de los países orientales. El Oriente en peso rechaza con todas sus fuerzas tal suposición, puesto que aquella creencia tiende á elevar sobremanera á la mujer, á quien todas las leyes del mundo antiguo, sin exceptuar la hebraica, señalaban una condición muy depresiva. La distinción entre el Verbo divino y Jesús, hijo de María, es propia de un pueblo que no concibe á la mujer libre y casta, igual al hombre por su naturaleza. La idea de una Virgen divina dando á luz al Verbo eterno, estaba en pugna con sus ideas de servidumbre y degradación femenina, lo cual explica la extensión y arraigo del nestorianismo en toda el Asia Menor, la Persia y buena parte de la India.» *Capectigue, Historia de los cuatro primeros siglos de la Iglesia cristiana*, t. IV, capítulos XVIII y XIX.



tantes ú ortodoxos el día en que el gobierno del Estado cayera en manos de los incrédulos. Además estas religiones privan á la mujer de ciertas prerrogativas que le son necesarias para cumplir su doble misión de perpetuar y consolar á la humanidad. El divorcio, que autorizan todas aquellas religiones, rebaja en gran manera la dignidad del matrimonio, puesto que engendra inevitablemente la reserva entre los esposos, quienes no saben si vendrá día en que se miren como extraños el uno al otro; crea una situación falsa á los hijos que ven á su padre y á su madre libres de todo vínculo indisoluble, por más que permanezcan unidos, todo lo cual quebranta los más firmes vínculos de la familia. La misión de la mujer que no está destinada á ser madre, es consagrarse á una familia más numerosa: la que forman en el mundo todos los desdichados. Pero en las iglesias privadas de órdenes religiosas, esta misión queda aislada y sin más sostén que el esfuerzo y voluntad individual, que son las dos cosas más frágiles del mundo.

Si bien por una parte es preciso admirar la persistencia de la fe, aunque incompleta, el ardor del celo y la pureza de costumbres en la más numerosa de las iglesias separadas de Roma, el protestantismo, la justicia obliga á consignar que se sostiene defendiéndose contra los mismos principios que le dieron el ser. La libre interpretación de la Escritura tendía á crear tantas doctrinas como creyentes, y preparaba la anarquía religiosa; para evitarla, los estados protestantes han escogido símbolos, han fijado artículos de fe, han intentado introducir la unidad por medio de la



autoridad, aunque esta última sea contraria á la esencia del libre examen; y no sólo la han utilizado para retener á los espíritus en la mayor comunidad posible de creencias, sino también para contener los desordenados instintos de la carne. Así es que el divorcio, que según los reformadores debía ser libre, ha sido limitado á casos excepcionales y muy graves, y dificultado con trámites engorrosos y gastos considerables. Reconociendo que la supresión de las órdenes religiosas ha sido una desdicha para los pueblos, y les ha ocasionado grandes perjuicios, el protestantismo procura restablecer con las diaconisas la tradición interrumpida (1). La enseñanza de la mujer protestante no se limita á los programas de Lutero y Calvino, sino que se ha extendido y perfeccionado, enriqueciéndose con conocimientos inútiles á la mujer si ha de estar recluída en su casa, pero necesarios si ha de ocupar un puesto en la sociedad. Feliz inconsecuencia, difícil de explicar para los protestantes. Porque si reconocen que es necesaria la autoridad religiosa para

(1) Abundan los testimonios de los protestantes en favor de la vida monástica, especialmente para las mujeres: «Perseguir el celibato es violar la libertad de conciencia, desconocer el valor moral de la abnegación y condenar á una especie de muerte social á toda mujer privada de familia y obligada á bastarse á sí misma. Es digno de notarse que hoy día la cuestión feminista se presenta como problema de suma gravedad en los países protestantes, mientras que reviste mucha menos importancia en las naciones católicas, donde los conventos de monjas están abiertos para la mujer que no puede ó no quiere casarse.» Virchow Hölzendorf, *Adelanto en la suerte de la mujer*. «En la Edad media, hasta el nacimiento de la Reforma, los conventos simplificaban el problema de la vida para la mujer, y aun hoy día lo simplifican en los pueblos católicos.» Sofía Hardemberg, *Sobre el feminismo*.



mantener la unidad de las creencias; que el divorcio destruye los fundamentos de la familia; que la vida monástica es útil á las naciones; que la mujer tiene un lugar propio en la sociedad, distinto y perfectamente compatible con su ministerio doméstico, ¿cómo puede ser verdadera la religión reformada, que empezó por la negación de estas verdades? ¿Cómo pretende pasar por una depuración del catolicismo, si se sostiene con las doctrinas que de él ha conservado?

Sólo la religión católica aparece como la realización perfecta del designio divino expresado en el segundo capítulo del Génesis: «No conviene que el hombre esté solo; démosle una ayuda semejante á él.» El catolicismo lo ha dispuesto todo para que esta ayuda alcance su mayor eficacia. La indisolubilidad del matrimonio fortalece y dignifica la familia, permite á la mujer consagrarse hasta su muerte al bien de sus hijos, le comunica una dignidad que sólo sus faltas pueden hacerla perder, y no solamente liga su felicidad á la que proporciona á su marido en la vida doméstica, sino que la impulsa á secundar todos sus esfuerzos, á sostenerle en los reveses de fortuna, á defender sus intereses en todo y hasta la muerte. Esta es la consecuencia natural de la unión irrevocable, de la fusión completa de dos existencias en una, cual se realiza en el matrimonio cristiano.

Para las mujeres que aspiran á una misión más elevada y se sienten atraídas por las miserias humanas, también el catolicismo ha preparado un glorioso destino, ya que son bastante numerosas para disminuir los sufrimientos é iniqui-



dades del mundo. A fin de ordenar sus esfuerzos y hacerlos fecundos y duraderos, ha creado las órdenes religiosas, fundadas en la tradición y la obediencia, y ha asegurado á estas mujeres heroicas la veneración del mundo, por sus virtudes, que honran á todo su sexo.

Las mujeres deben, por consiguiente, adherirse tanto más íntimamente al catolicismo cuanto más deseosas estén de acción de justicia y de paz social, puesto que el catolicismo excita y regula la actividad individual y colectiva, inspira la justicia y mantiene en el mundo la paz social.

Y puesto que en nuestros días parecen renacer las luchas que tantas veces la han comprometido, conviene que las mujeres vuelvan á prestar al catolicismo el apoyo de sus viriles energías. Apoyarle es permanecer fiel á todas sus instituciones amenazadas, es preparar la victoria de éstas contra los prejuicios que las desconocen y contra las leyes que tienden á destruirlas. Aquí comienza la acción social con que las circunstancias brindan á la mujer. La base de todo esfuerzo no es la indiferencia de la duda, sino el entusiasmo de la fe. Además, defender el catolicismo es para la mujer defender su propia causa. Los ataques dirigidos contra el uno van, en último término, dirigidos contra la otra. El catolicismo la hace libre, provechosa y respetada; las otras religiones restringen su misión y su dignidad social; la filosofía incrédula la envilece, y las teorías colectivistas la aislan. El socialismo la convierte en rival y enemiga del hombre, la incredulidad en un juguete, las demás religiones en un ser subalterno; sólo el catolicismo hace de ella la



compañera del hombre. Si la Iglesia necesita al presente de sus servicios, la mujer necesitará siempre el apoyo de la Iglesia. Si quiere, pues, ser defendida por ésta, defiéndala á su vez contra sus enemigos.

---



## La mujer y la enseñanza del Estado



La mujer y la enseñanza del Estado



## LA MUJER

# Y LA ENSEÑANZA DEL ESTADO

### I

La ciencia está de moda. Servir á la ciencia es la preocupación no sólo de los particulares sino también de los Estados. Si hemos de creer á los que gobiernan en Francia desde hace un cuarto de siglo, la tercera República ha conquistado impercedero renombre en la historia por haber reformado la enseñanza del hombre y fundado la de la mujer.

Eso de adelantar atrevidamente los juicios históricos y concederse por sí y ante sí los elogios de la posteridad, es un procedimiento muy cómodo. Cuando se apela así á la historia, no se halla ésta presente para responder, y cuando responde, el interesado ya no está en condiciones de escuchar su veredicto. De todos modos, la pretensión de que el régimen actual ha disipado las



tinieblas de la inteligencia nacional, demuestra que también las repúblicas, á falta de abuela, saben incensarse á sí propias, poniéndose en ridículo ante las gentes sensatas.

Hablar tan atrevidamente supone más que regular ignorancia. No es el mejor modo de hacer justicia al presente, mostrarse injustos con el pasado. Por la profundidad de su talento, la seriedad de sus trabajos, la importancia de sus descubrimientos y la lógica de sus hipótesis, los sabios de otro tiempo no eran inferiores á los de hoy. La instrucción del pueblo comenzó con nuestra vida nacional. Su eficacia se demuestra en los brillantes genios que formó, en la distinción y buen gusto de la antigua sociedad y en las costumbres de nuestro pueblo, el menos cruel, el más culto que ha habido en Europa, excepción hecha de los revolucionarios del 93, de los harpías de la *Commune* y de sus polluelos actuales, los Jacobinos. De aquella cultura participaban las mujeres. Más instruídas que los hombres, hasta fines de la Edad media, se disputaron con ellos el cetro de la erudición durante el Renacimiento, y las que enaltecieron su sexo en los siglos XVII y XVIII, nos proporcionan ilustres ejemplos de gran ilustración y cultura. Quien quiera que haya tenido ocasión de leer en los manuscritos de familia las memorias y cartas de sus antepasados, no ha podido menos de admirar la exquisita cultura de su espíritu. Burguesas ó aristócratas, hablan todas un lenguaje enérgico y preciso, al par que gracioso; demuestran á menudo conocer el latín, algunas el griego, todas la filosofía y las principales ciencias. Si se toman ciertas liberta-



des por lo que respecta á la ortografía, no hacen con esto otra cosa que adelantarse á su época, y no tenemos derecho alguno á reprochárselo, puesto que hoy día la anarquía reina lo mismo en las palabras que en las ideas, y no hay, entre todas las libertades otorgadas por la tercera República, ninguna tan amplia como la libertad gramatical.

La ciencia, pues, es cosa muy antigua. Lo flamante y nuevo es esa solicitud que el Estado muestra por ella. Después de la Revolución francesa, por lo que se refiere al hombre, y desde hace veinte años, por lo que respecta á la mujer, ha tomado á su cargo el Estado la tarea que la Iglesia, educadora de los pueblos, venía ejecutando desde hace muchos siglos.

Por lo demás, si la verdad obliga, por una parte, á combatir las afirmaciones gratuitas con que la necia vanidad pretende usurpar, en beneficio del régimen actual, una parte de los méritos del pasado; por otra parte la misma verdad obliga á reconocer que, efectivamente, el Estado ha hecho en los últimos tiempos considerables esfuerzos en pró de la instrucción pública; que la enseñanza superior sale de su letargo; que se han hecho perseverantes tentativas para distinguir en la segunda enseñanza lo que basta para formar un hombre instruído, de lo que es preciso para formar un literato; que las escuelas primarias han sido dotadas con magnificencia; que dentro de estas empresas pedagógicas se han desplegado en interés de la mujer las iniciativas más atrevidas, la actividad más rápida, el interés más atento. Como si el Estado hubiese tomado á pe-



chos hacerse perdonar el largo olvido en que ha tenido á la mujer, ha creado de una vez para ella la primera y segunda enseñanza, aquélla con un personal ex profeso, atrayéndola además hacia la enseñanza superior. No fuera justo negar á la pedagogía oficial sus especiales méritos. Los maestros formados por el Estado se muestran en las escuelas primarias verdaderamente instruídos, y, lo que es más importante, en extremo hábiles en transmitir á sus discípulos aquella cultura elemental y necesaria que debe poseer todo el mundo. Los profesores de los institutos y colegios oficiales están igualmente en estado de llenar á conciencia su cometido. Y en cuanto á los profesores de las facultades especiales, es innegable y de todos sabido que muchos de ellos llevan un nombre ilustre de fama universal, y casi todos poseen en grado eminente la ciencia que enseñan.

Sin embargo, una parte de la nación desconfía de la enseñanza del Estado. En vez de aprovechar las ventajas positivas que ofrece, los católicos se empeñan en sostener, frente á la enseñanza oficial, su enseñanza propia. En los pueblos la escuela libre se levanta junto á la escuela pública; en las ciudades menos importantes se sostienen los colegios religiosos ante los liceos é institutos oficiales, y en los centros donde el Estado establece sus cátedras, los católicos establecen las suyas.

¿A qué obedece esta lucha? ¿Se obstinará la Iglesia en conservar la supremacía docente, porque fué la primera, y por largo tiempo la única, en enseñar? La Iglesia no renuncia jamás,



dicen sus adversarios, al dominio que alguna vez ha poseído. Mas si esto fuese cierto, ¿qué derecho del Estado no sería discutido por la Iglesia, habiendo sido ella la civilizadora de los pueblos bárbaros y, durante muchos siglos, no sólo la depositaria de la suprema autoridad temporal, sino también la tutora de los intereses privados?

Si la Iglesia ha ejercido ciertos derechos en la sociedad, no ha sido para usurparlos, sino para custodiarlos. Cuando la sociedad se ha creído capaz de gobernarse por sí misma en todos los asuntos humanos, la Iglesia no se ha resistido lo más mínimo en consentirlo. Los monjes dejaron de ser los desbrozadores de Europa, en cuanto el nómada, por ellos instruído y adiestrado, supo cultivar la tierra. Legisladora universal mientras el derecho canónico fué la única valla que se oponía á la brutalidad de las costumbres bárbaras, no luchó por imponerse el día en que los pueblos quisieron ser regidos por leyes nacionales y por jueces laicos. Ahora bien: enseñar las ciencias humanas no es un atributo esencial y divino de la Iglesia. ¿Por qué, pues, suspender ahí el movimiento de retirada con que ha ido cediendo á la sociedad civil la dirección de todos los negocios temporales? ¿Por qué se resiste hoy á que las nuevas generaciones abandonen la escuela religiosa por la escuela oficial? ¿Por qué no admiten los católicos como maestros á tantos hombres cuyo sólido saber reconocen? ¿Qué es lo que quieren estudiar que el Estado no pueda enseñárselo?



## II

La ciencia es la conquista de la verdad. El hombre nace sumido en la ignorancia, semejante á un viajero extraviado en mitad de la noche. Desde el seno de la obscuridad en donde espera la luz del día, cada esfuerzo que hace por saber, es un paso que da hacia un lejano y esplendoroso horizonte.

Pero las ciencias entre que compartimos nuestra curiosidad no la satisfacen por entero. El gran misterio lo tenemos muy cerca, tan cerca que está en nosotros mismos, y es el que más deseamos conocer. Cuando se extinguiese en nosotros toda curiosidad, subsistiría aún el afán de conocer nuestro destino. Y en efecto, ¿qué importancia tienen para nosotros todas las demás incógnitas, comparadas con esta incógnita pavorosa? ¿De qué sirve la historia del pasado, ese espectáculo ofrecido por una multitud de sombras vanas, á otra multitud de seres efímeros? ¿A qué vienen tantos esfuerzos para aumentar nuestro dominio sobre la naturaleza, si ignoramos para qué nos ha de servir en último término este dominio? Las respuestas al enigma de la vida son las únicas interesantes, porque no sólo nos dicen lo que es, sino lo que debe ser; no se dirigen solamente á la memoria como hechos, sino á la conciencia como órdenes. Sólo ellas ennoblecen al ser humano, asociando la brevedad de sus días á la permanencia de una ley moral.



Así es, que por extraña que parezca una ciencia á este gran problema de nuestro destino, se la estudia sin perderlo de vista un solo instante. Cuanto más se la cultiva más se perciben sus vínculos con las demás ciencias, que se completan y se compenentran hârmónicamente, con lo cual se convence uno mejor de día en día que, si las ciencias son múltiples, la verdad no es más que una. Entonces se procura descubrir, como resumen de los diversos estudios practicados, los datos que puedan ayudar á resolver la cuestión suprema. Así, pues, las distintas ciencias, al mismo tiempo que persiguen su objeto propio y determinado, aportan sus conclusiones á ese gran todo que podríamos llamar ciencia del destino humano.

Esta filosofía de las ciencias las enaltece y dignifica. En el transcurso de los siglos se ha estremecido más de una vez la humanidad, con la esperanza de que sonaba para el pensamiento una hora memorable. Y no ha sido esto, cuando la inteligencia humana ha logrado un adelanto más rápido que de costumbre en las ciencias particulares; sino cuando, uniéndolas á todas en poderosa síntesis, les ha pedido el secreto de la felicidad y verdadero destino del hombre, y ha parecido descubrir un sentido nuevo de la vida.

El esfuerzo más eficaz y duradero, lo ha realizado la ciencia cristiana. Cuando la nueva fe se extendió por el mundo, el genio helénico y el latino habían cultivado todas las ramas del saber humano. Una multitud de retóricos, filósofos y sabios se ocupaba en enseñar y comentar las lecciones de los grandes maestros. En estas lec-



ciones se perpetuaba el paganismo, su inteligencia egoísta y cruel de la vida, el crimen de la esclavitud, el envilecimiento de la mujer, el escarnio del pobre. Los Padres de la Iglesia, por admiradores del genio clásico que fuesen muchos de ellos, pensaban que lo esencial para la humanidad no era poseer hombres que hablasen con perfección, sino que obrasen con rectitud, y que la pureza de costumbres era muy preferible al refinamiento del gusto literario. No vacilaron, pues, en desaconsejar la lectura de los autores antiguos, porque si instruía y deleitaba, enseñaba á la vez grandes errores sobre el deber; y, sin querer utilizar aquel delicado y soberbio instrumento de cultura, encerraron la actividad intelectual en el campo de la filosofía escolástica y de las ciencias sagradas.

Si el Renacimiento hubiese consistido en el hallazgo de tierras desconocidas y de obras de arte olvidadas, en el encuentro de las riquezas llegadas del nuevo mundo con la belleza que volvía del mundo antiguo, no hubiese estremecido con tan intensa emoción el alma de todos los pueblos. Pero opuso á la austeridad del catolicismo un nuevo concepto del mundo terrestre; opuso á la tristeza de vivir la alegría de vivir. He aquí porqué, á pesar de hallarse tan florecientes las universidades fundadas durante la Edad Media, á pesar del renombre universal de sus doctores, las combatieron los humanistas del Renacimiento. Idólatras del saber, tenían decidido empeño en propagar por medio de la enseñanza su concepción acerca del destino humano.

La Reforma, que dejaba á cada individuo el



cuidado de buscar en la Biblia sus propias creencias, estaba todavía más interesada que el Renacimiento en fomentar la enseñanza y establecer escuelas en todas partes. Las escuelas ya existían, pero eran católicas, por lo cual fueron cerradas donde quiera que dominaron los jefes de la herejía. Juzgaron que era preferible para el pueblo la ignorancia antes que el saber fundado en el *error papista*.

El siglo XVIII saluda en la razón la gran potencia del hombre. Rendir culto á la razón es rendirlo al saber que la ilumina. Así es, que en aquel siglo la enseñanza recibe en Francia un notable impulso. Los grandes recursos acumulados por las generaciones anteriores permiten dotarla con esplendidez; las órdenes religiosas aseguran la permanencia de las cátedras; una de esas órdenes, sobre todo, demuestra especiales aptitudes para la enseñanza y renueva los métodos pedagógicos. Pero el siglo XVIII no se ocupa únicamente en perfeccionar cada una de las ciencias particulares á que aplica su esfuerzo, sino que de todas ellas saca una conclusión común: que la razón y la ciencia no necesitan para nada la hipótesis religiosa; que la fe es una superstición, la esperanza un sueño vano, el dogma una cadena de esclavitud, y que, por lo tanto, la supresión de todo lo religioso es la base indispensable de la verdadera libertad. En su consecuencia, los filósofos no descansaron hasta ver suprimida la enseñanza cristiana con la expulsión de los jesuítas, sus más firmes y activos defensores. He aquí cómo la Revolución francesa consumó, al expulsar á las órdenes religiosas, la



ruina de la instrucción, al mismo tiempo que concedía á todo ciudadano la soberanía política.

En todas las evoluciones del pensamiento humano se observa un hecho constante: todas las religiones y todas las filosofías se interesan menos por el desarrollo de la ciencia que por la propagación de una doctrina; todas consideran que lo más importante no es lo que el hombre sabe, sino lo que cree.

Napoleón cambió de sistema. A la energía de las doctrinas que se excluyen quiso substituir la paciencia de las doctrinas que se toleran. Los resultados del ateísmo acababan de probar cuán urgente era restaurar la antigua moral. El medio más seguro de restablecerla hubiera sido encomendar la enseñanza á la Iglesia; pero Napoleón no quería junto á sí ningún poder independiente; veía que el odio religioso se hallaba todavía muy vivo, á pesar de todas las decepciones y de todas las palinodias del partido revolucionario, y comprendía que las concesiones á la Iglesia despertarían á la demagogia adormecida. De aquí nació la Universidad imperial, que obtuvo el monopolio para enseñar, además de las ciencias profanas, las creencias que convenían al individuo y al Estado. La eternidad de Dios y la inmortalidad del alma formaron la base de aquellas creencias, pero no como resultados de la revelación sobrenatural, sino como hipótesis de la filosofía. Napoleón consiguió de este modo establecer las doctrinas esenciales del catolicismo en una forma aceptable para todas las religiones, concediendo al mismo tiempo, en obsequio á los filósofos, que este retorno hacia Dios era obra de la razón



humana. Pero esto tenía dos inconvenientes inevitables. Primeramente, la filosofía en que se fundaba la moral dependía en cierto modo del Estado. Lo que debe haber de más firme en la sociedad, quedaba sujeto á una cosa tan variable como es el régimen político. Además, el Estado obligaba á los maestros á enseñar una doctrina determinada sin tener garantía alguna de que estuviese acorde con sus convicciones. Sólo por casualidad podían los maestros ser espiritualistas en el grado oficial preciso. Si sus ideas les arrastraban hacia el catolicismo ó hacia la incredulidad y las expresaban sinceramente, dejaban de obedecer al Estado y caían en la anarquía de doctrinas. Si se mostraban obedientes en perjuicio de su sinceridad, no podían dar calor ni autoridad ninguna á sus enseñanzas.

El nombre del emperador descartaba á la vez el temor del cambio y la idea de la indisciplina. El de los Borbones pareció asegurar aún más la estabilidad política y la unidad religiosa; pero cuando la revolución de Julio disipó la confianza en la firmeza del régimen político, la autoridad oficial se relajó; á pesar de los esfuerzos de Cousin, los profesores de la Universidad tomaron cada uno su rumbo favorito, y llegó el fin de la unidad intelectual. La enseñanza de las doctrinas más contradictorias engendró el escepticismo, y con la ruina de las creencias vino la ruina de los caracteres.

Entonces los católicos solicitaron y obtuvieron de los gobiernos sinceramente liberales, la libertad de enseñanza y el derecho de educar cada cual á sus hijos con arreglo á sus convicciones.



Hace un cuarto de siglo, la enseñanza libre y la oficial, menos enemigas de lo que aparentaban, vivían todavía, cuidadosa la una de educar é instruir á la vez, mientras la otra se limitaba á instruir. Ya que el Estado con su filosofía había vaciado las conciencias, no llenaba, al menos, el vacío con veneno. Y aun, rindiendo homenaje de buen grado al catolicismo, confiaba una parte de las escuelas públicas á las congregaciones religiosas.

### III

La situación cambió de repente, hace veinte años. Es sabido de qué modo, deseosa Francia de confiar el poder á los servidores de la República, lo confió al mismo tiempo á los enemigos del cristianismo, y cómo emplearon éstos contra la fe religiosa de la nación el poder que debían á su profesión de fe política.

Sabían que el medio más seguro para formar los hombres á su gusto era apoderarse de la enseñanza, y, en efecto, resolvieron monopolizarla. El pretexto para ello fué la reforma de la misma, y el pretexto para la reforma, su amor á la ciencia. En este amor se ocultaba una mala fe é hipocresía estupenda, porque si hubiese sido realmente sincero, hubieran procurado no sólo perfeccionar la enseñanza del Estado sino además fomentar y proteger la enseñanza libre, la cual, multiplicando las escuelas, combatía eficazmente la ignorancia.



Y á pesar de esto, la primera reforma que se hizo, fué con el fin de destruirla: estaba casi por entero en manos de las órdenes religiosas, y á éstas privó el Gobierno con brutal despotismo del derecho de enseñar. Su misma prosperidad y pujanza atrajo sobre ellos las iras del jacobinismo, que se había convencido plenamente de que no le era posible luchar con ellas en el terreno de la ciencia y mucho menos en el de la educación. De aquí que apelara al argumento propio de todas las tiranías: á la fuerza brutal, con la que mandó cerrar todas las escuelas religiosas y proclamar al Estado como único educador. Tal es la solución que votó en 1879 la Cámara de diputados. Deséchala el Senado, y el Gobierno, con los decretos de 1880, intenta tomar á la fuerza el monopolio que la ley le rehusa; pero las escuelas amenazadas consiguen sobrevivir á esta violencia. Entonces se cambia de táctica. Puesto que no se ha conseguido poner en manos del Estado la dominación de las conciencias, se encarga de defender la libertad de las mismas. Se advierte que las afirmaciones de la enseñanza oficial acerca de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, están en desacuerdo con los sentimientos de cierto número de franceses. El Estado, que representa á todos sus súbditos, no debe permitir que oficialmente se ataquen las convicciones de algunos de ellos, antes debe velar para que todos los profesores se muestren neutrales en tales cuestiones. Esta neutralidad es lo que consagran ambas Cámaras en 1882, al decidir que no figure en los planes de enseñanza la idea de los deberes para con Dios.

Jamás se ha tomado una medida tan grave



fundada en un argumento tan endeble. El Estado, con sus instituciones y su ejército, defiende la patria, sin atender á los que la niegan; reconoce y protege la propiedad, sin hacer caso de quienes la consideran como un robo. Del mismo modo, al afirmar el Estado la fe en Dios y en el alma, defendía las doctrinas que por el consentimiento de todos los pueblos y de todas las épocas han sido declaradas necesarias al hombre y á la sociedad; no bastaba que enfrente de tales doctrinas el Estado se declarase neutral, sino que tenía el deber sagrado de sostenerlas; como mandatario de un pueblo que cree en Dios y en el alma, no podía transigir ni guardar una actitud pasiva, como si poseyese autoridad propia en tales materias. Sacrificar, en nombre de la libertad de conciencia, los sentimientos de una mayoría inmensa de ciudadanos á la opinión de una minoría insignificante, es tomarse la más absurda de las libertades. Pero una vez admitido el sofisma, era lógico concluir que los religiosos, por su misma fe, estaban incapacitados para ejercer el magisterio en las escuelas públicas. En este sentido se dictó y fué aprobada la ley de 1886.

Eso de velar con tanta escrupulosidad por la absoluta independencia de todas las doctrinas, imponiendo con brutal despotismo las suyas propias; de fingir que se interesaban por el fomento de la cultura nacional, cerrando miles y miles de escuelas y colegios en los cuales se procuraba instruir mejor que en los del Estado; de hacer protestas de tolerancia religiosa, persiguiendo á la vez á los institutos religiosos y robándoles todos sus bienes, constituye uno de los ejemplos



de más palmaria contradicción é irritante hipocresía que registra la historia.

Lo cierto y evidente es que el partido llegado al poder encarnaba, aparte de su significación política, una nueva orientación sectaria cifrada en la completa destrucción de toda enseñanza católica. Sus corifeos querían, á todo trance, monopolizar la enseñanza para poder así combatir mejor al catolicismo empezando por descristianizar á la infancia, y eliminarlo de la sociedad moderna por juzgarlo una doctrina gastada, cuya misión en el mundo había ya terminado. Toda enseñanza les parecía útil ó funesta, según que sirviese de ayuda ó de obstáculo á la propagación de sus perversas doctrinas. Por más excelente que fuera la enseñanza que se daba en las escuelas y colegios cristianos, y por más que proporcionara á los jóvenes una sólida cultura intelectual y moral, debía ser condenada al ostracismo, por la pobrísima razón de que no respondía á los deseos de los flamantes jacobinos. ¿Qué les importa á ellos que disminuya la cultura general, con tal de conseguir la descristianización y desmoralización de Francia? Así como los humanistas del Renacimiento impusieron silencio á la escolástica de la Edad Media; así como los filósofos del siglo XVIII desparramaron los tesoros de saber acumulados por el catolicismo, los librepensadores del siglo XIX no vacilaron en cerrar el paso, con el derecho de la fuerza, á toda doctrina que se opusiese á las suyas. Rompiendo la armonía que Napoleón había establecido entre las diversas creencias, quisieron imponer las suyas á toda costa. Una vez más se cumplió la invariable



ley histórica: los intereses de la instrucción quedaban otra vez sacrificados á los intereses de la educación. Que los ardientes defensores de la libertad apelasen á la fuerza y á la coacción, no era cosa nueva, sino muy ordinaria y acostumbrada. Lo que sí era nuevo, lo que no se les puede perdonar á esos políticos, es la hipocresía con que negaron desde un principio sus designios, la mentira y doblez con que empezaron su obra educadora, que debe estar siempre asentada sobre la base de la sinceridad. Por otra parte, su disimulo demostró, sin dejar lugar á dudas, que obraban contra la voluntad general y que trataban de engañar al pueblo, que cándidamente había depositado en ellos su confianza. Pero donde más claramente se manifestó esa doblez é hipocresía, fué en las medidas que adoptaron para fomentar la instrucción de la mujer. En el siglo XVIII, los reformadores habían dejado fuera de sus planes de enseñanza á la mitad del género humano. A este olvido debió la mujer el poderse librar de los efectos de la enseñanza revolucionaria. Así antes como después de 1789, había sido siempre educada por un mismo maestro. Siguiendo el ejemplo de Napoleón, todos los gobiernos la habían dejado en manos de la Iglesia, que, por voluntad del Estado y de los Ayuntamientos, tenía á su cargo la inmensa mayoría de las escuelas primarias de niñas y, por elección de las familias, continuaba la educación de aquellas jóvenes que hubiesen de adquirir un mayor grado de cultura. Así pues, los mismos que querían sustraer al hombre á toda influencia religiosa, no intentaron nunca apoderarse del espíritu de la mujer.



Los últimos reformadores estimaron funesta esta inconsecuencia y quisieron remediarla. Herederos directos de la Revolución, pero aleccionados por la experiencia, comprendieron que la Revolución había sido vencida por la mujer por no haberse cuidado á tiempo de conquistarla. Se había conseguido, en diez años, apartar á los hombres de toda idea y práctica religiosa, hasta el punto de que, á pesar del incomparable prestigio de Napoleón, la noticia de que había firmado el Concordato promovió la única protesta que en toda su vida dirigieron contra algún acto suyo sus compañeros de armas. ¿En quién halló entonces Napoleón el apoyo que necesitaba contra sus ordinarios admiradores y contra sus mismos generales? En la mujer. Mientras la Revolución se afanaba en transformar al hombre, la mujer había permanecido invariable. Ella era quien había sostenido al clero refractario á la lucha y había alentado su resistencia contra todas las instituciones contrarias al antiguo culto y destinadas á reemplazarlo. Bonaparte tuvo un rasgo genial cuando previó, al realizar un acto político tan peligroso, en apariencia para él, que conquistaría la gratitud y el apoyo decidido de las mujeres.

Para quitarle al catolicismo esta aliada, los jacobinos contemporáneos resolvieron dar á la mujer la misma educación que al hombre. En la seguridad de que nada conseguirían de pronto si no apelaban á la violencia, promulgaron la ley que separaba á todas las jóvenes de sus antiguas maestras. No se tenía nada preparado para reemplazar la enseñanza suprimida; no se contaba sino con muy pocas maestras laicas que pudieran,



substituir en las escuelas primarias á las maestras religiosas: para la enseñanza superior no había establecimientos adecuados, ni maestras, ni apariencia alguna de organización; en cambio existía el serio peligro de turbar profundamente el próspero estado de la enseñanza; se tenía la certeza de que sólo por fuerza asistirían discípulas á las escuelas de enseñanza obligatoria y la probabilidad de que en las otras estarían completamente vacías todas las clases. Pero nada de esto bastó para detener la campaña comenzada, tan urgente parecía la necesidad de arrancar á la mujer, aun en detrimento de su cultura, á la influencia de la Iglesia.

¿Cómo era posible que los católicos se fiasen de una enseñanza establecida con el intento de destruir sus creencias? Desde el momento en que la instrucción oficial patrocinaba el racionalismo irreligioso, los católicos estaban obligados, para defender su fe amenazada, á levantar sus escuelas frente á las del Estado.

#### IV

Si el designio concebido por los librepensadores bastaba para legitimar la resistencia de los católicos, ¡cuánto más se justifica la resistencia, hoy que la instrucción oficial puede ser juzgada no ya por su programa sino por sus resultados!

Estos no fueron tal vez previstos ni deseados en toda su crudeza por los mismos que más empeño pusieron en prepararlos. Políticos de oficio,



ambiciosos y egoístas vulgares, adversarios del partido conservador y sabedores de que este partido tenía su principal fuerza de cohesión en las creencias religiosas, querían destruir todo lo que pudiese dar fuerzas al enemigo. Afiliados á la masonería, donde se refugiaron todos los republicanos en tiempo del Imperio, habían aprendido en ella el proselitismo de la incredulidad; pero su misma filosofía era, ante todo, política. Como Dios es el primero de los reyes, suprimieron su reinado como inútil á los pueblos y humillante para los hombres, y se vanagloriaron de no reconocer más reinado que el de la razón. Desembarazados ya de Dios y de los reyes, se convirtieron en conservadores del régimen por ellos establecido; como burgueses que eran en su mayoría, no veían la menor necesidad de modificar el orden social. Su espíritu, incapaz de enlazar las premisas lejanas con las consecuencias presentes, no descubría vínculo alguno entre las seculares doctrinas del cristianismo y la civilización moderna que eran los primeros en ensalzar. Habían creído, al eliminar las creencias religiosas, desembarazar de inútiles puntales una civilización sólida y estable por su propio equilibrio. Se les hizo observar que, desaparecida la fe, vendría al suelo la moral que en la fe se fundaba, y que era preciso, por lo tanto, que determinasen cuál era la verdadera base en que debían asentarse los deberes morales. Como la moral no entra para nada en su política, la observación les cogió desprevenidos, y encargaron á la Universidad el establecer y determinar cuál era la moral del Estado.



La Universidad tomaba la educación muy en serio. Sus profesores, consagrados por vocación á la enseñanza, como el oficio más noble que pueda ejercer el hombre, y obligados, por la interrogación constante que brilla en los ojos limpios de la infancia y en la curiosidad confiada de la juventud, á reflexionar mucho para no engañar nunca, sabían muy bien cuál era la parte más delicada y la más esencial de su cometido; y sintiéndose en cierta manera responsables no sólo de su propia vida, sino de toda la vida nacional, profesaban casi todas las doctrinas espiritualistas. Así es que cuando tuvieron que dar su opinión respecto de la moral, opinaron que ésta no debía ser separada de su autor y de su sanción. El Consejo superior de Instrucción pública inscribió en el programa de la moral los deberes del hombre para con Dios.

Esto era darle una lección al Parlamento. Pero al dar el cuerpo docente esta respuesta al cuerpo político, la Universidad llegaba al límite de sus derechos y ya no podía hacer más. En cambio los políticos disponían, mediante el ministerio de Instrucción pública, de las ventajas que trae consigo la distribución de favores y empleos, y además podían hallar, en el seno de la Universidad misma, poderosos auxiliares para combatir el dictamen de la docta corporación. Era á la sazón ministro de Instrucción pública Julio Ferry, quien, incrédulo desde su juventud y masón de la última hornada, cimentaba su influjo político en sus campañas antirreligiosas. Un hombre así no podía vacilar un momento. Los dos puestos más importantes para realizar la empresa concebida



eran la dirección de la enseñanza primaria y la dirección de la enseñanza que se fundaba para la mujer. Para el primero fué nombrado Mr. Buissón, y para el segundo, Mr. Pécaut.

Eran ambos protestantes de origen á quienes su educación primera había impulsado hacia los estudios teológicos, y éstos hacia el librepensamiento. Mr. Pécaut, en su primera obra, *Jesucristo y la conciencia*, publicada en 1859, había precedido á Renan en el camino de la duda, escribiendo una especie de prólogo audaz de la *Vida de Jesús*. En el libro de Mr. Pécaut, Jesucristo, puesto por debajo de Sócrates, recibe un homenaje condicional, que es lo menos que puede concederse á los grandes hombres. El autor resume su pensamiento en estas palabras: «La doctrina de Jesús es hermosa y santa, pero no es perfecta.» Mr. Buissón se había dado á conocer, en 1865, con su libro *El Cristianismo liberal*, en el que la libertad ocupa tanto sitio que no deja lugar para el cristianismo. Buissón y Pécaut habían seguido hasta sus extremas consecuencias la lógica de la eliminación religiosa propia de la Reforma, la cual, al someter la Biblia á la interpretación de cada fiel, había preparado la religión de los derechos individuales, con que en el siglo XVIII se pretendió reemplazar todos los demás derechos, y habían examinado, con el espíritu del siglo XVIII, la religión del siglo XVI. Sus objeciones contra la fe no se diferencian de las de Voltaire más que por el tono con que se hallan formuladas. En el siglo de Voltaire se reía sarcásticamente mientras se iban socavando los cimientos religiosos, y se continuaba riendo des-



pués de haberlos destruído: pues bien, ellos, llevando clavada en su corazón la tristeza propia del escepticismo contemporáneo, consumaron al fin su obra demoledora. La justicia de Dios, castigando á todo el género humano por el pecado de nuestros primeros padres, según se halla consignado en la Sagrada Biblia, y la necesidad del sacrificio sangriento de una víctima pura é inmaculada para expiar aquella culpa y apaciguar la cólera divina, sublevó la remilgada *justicia* de esos fariseos de nuevo cuño, y de aquí que negaran audazmente la caída original y la necesidad de la Redención obrada por Jesucristo, proclamando al mismo tiempo la soberanía absoluta de la razón, enfrente de los dogmas revelados: porque una de dos, decían ellos, creyendo con esto poner una pica en Flandes: ó los dogmas que enseña la Iglesia son verdades demostrables, y entonces hay que aceptarlas, no por la autoridad de la Iglesia, sino porque nuestro entendimiento las comprende; ó los tales dogmas son incomprendibles á la razón y entonces debe ésta rechazarlos, pues sería irracional el admitirlos sin demostración. Una vez asentado este dilema que no es tal dilema, sino simplemente una vulgar sofistería, pasaron más adelante y afirmaron, bajo su palabra de pontífices máximos, que todavía no está probado que Jesucristo sea Dios, ni aun que Dios exista, y por lo tanto huelga toda religión, todo sacerdocio y aun toda filosofía espiritualista. Encerrados así en la vida presente, sin poder afirmar nada acerca de la futura, metidos de bruces en la charca del más grosero positivismo, era natural que experimentaran odio



profundo á la religión cristiana, la cual, con la profundidad inescrutable de sus dogmas, alteza de sus misterios y autoridad indiscutible, exige al hombre mayor sacrificio de obediencia.

Con la audacia de sus negaciones y su extremado radicalismo, alcanzaron esos dos jóvenes incrédulos una triste notoriedad, que era su mayor mérito á los ojos de los librepensadores y les valió el ser elegidos por el gobierno para los dos puestos mencionados. Era indudable que la enseñanza por ellos dirigida no dejaría entrar la religión por el camino de la moral. Sus mismos amigos y colaboradores han calificado á la escuela preparada por tales maestros, de «escuela sin Dios» (1).

El cuidado de mantener las conciencias alejadas de todo sentimiento religioso, fué, en efecto, la preocupación constante de aquellos dos hombres, que no diferían entre sí más que en los medios distintos con que pretendían llegar al mismo fin. En las negaciones de Buissón había más aspereza; se sentía en ellas la resonancia de los ecos políticos, como si se afanase por sumergir la verdad religiosa en el violento curso de la razón humana. Su vehemencia servía para alimentar el celo antirreligioso de los maestros, ya de por sí sobrado dispuestos á hallar en sus estudios la pérdida de sus creencias. Pécaut, por su parte, sin discusiones, sin aparentes esfuerzos, eliminaba

(1) «Se puede afirmar sin exageración que desde 1882 la escuela laica oficial es, poco más ó menos, la escuela sin Dios.» M. Devinat, director de la Escuela normal del Ródano, miembro del Consejo superior de Instrucción pública. (*Revue de l'Enseignement primaire*, 25 de Octubre de 1894.)



de su enseñanza la idea religiosa, como estos arenales de aspecto inofensivo, que devoran silenciosamente cuanto cruza por su superficie. Comprendía que con las mujeres, más aferradas que los hombres á las tradiciones religiosas, era más fácil adormecer la fe y matarla por anemia, que combatirla de frente.

Al ver á estos maestros tan ocupados en defender á la juventud francesa contra las influencias religiosas, se hubiera podido creer que esta tarea absorbía toda su atención, y que si no se esforzaban en destruir la moral era porque no se ocupaban de ella para nada. Pero en realidad de verdad, el fin principal que perseguían era muy diverso de lo que parecía á primera vista.

En efecto, basta estudiar los pensamientos esparcidos por Buissón en sus discursos, en sus escritos periodísticos y en sus trabajos pedagógicos; basta leer los apuntes dictados en clase por Mr. Pécaut y su correspondencia con sus antiguos discípulos, para reconocer que la incredulidad religiosa no les había conducido á la indiferencia ante el porvenir ni á la incertidumbre respecto del deber. Pocos hombres habrán vivido más desprendidos de la materia, de sus goces y bajezas. Revelan un deseo ardoroso y constante, por elevar en sí mismos y en los demás el concepto de la dignidad humana. En las negaciones con que parecen más encariñados se descubre una melancolía profunda, hija de la duda que reina en su alma acerca de todas las cosas ultraterrenas. En el espacio limitado de la vida presente, su ideal se siente oprimido, y á menudo sus esperanzas, prisioneras de su razón, entreabren, como un



águila cautiva, sus anchas alas, más grandes que la jaula. Pero si su conciencia vacila al designar dónde se halla la verdad, no tienen la menor incertidumbre acerca de lo que constituye la prohibición natural y humana. Consideran necesarias para la sociedad de mañana, como para la de ayer, la familia, la estabilidad de la unión conyugal, la fidelidad mutua de los esposos, la castidad de las mujeres, la moderación de las concupiscencias, la justicia, la misericordia, la solicitud hacia los demás y el sacrificio de sí mismo. Partidarios decididos de la antigua moral cristiana, no pretenden más que apoyarla en nuevas bases. Fundar el orden moral en el respeto á una ley divina, que es lo único sólido y racional, les parece como edificar sobre la arena. Puesto que, según su errado juicio, la razón es el único criterio de certeza, á ella y no á la religión corresponde fijar las leyes del deber. Buissón no quiere destruir la moral, sino hacerla laica, «reemplazando el Evangelio de Cristo con la Declaración de los derechos del hombre» (1). Pécaut, por su parte, quiere «desembarazar de la ciega superstición, servil ó fanática, la ley del bien, escondida en el fondo de las cosas» (2).

Para enseñar, sin referirse más que á la vida presente, la práctica del bien, creyeron que bastaba hacer conocer á los demás las razones que les habían bastado á ellos para ordenar rectamente su vida. Los afectos que ligan á los hom-

(1) F. Buissón. Discurso pronunciado sobre la tumba de M. J. Steeg, en 7 de Mayo de 1898.

(2) Pécaut, *La Educación pública y la vida nacional*, en 12º, Hachette, p. 268.



bres con su familia, con su raza, con su patria y con el género humano, y, á despecho del egoísmo, les impulsan á formar colectividades cada vez más amplias; el interés de solidaridad que une á todos los hombres entre sí, haciendo á cada uno dependiente de los demás y creando el bienestar social, mediante los mutuos servicios; la recompensa de estos servicios, que hallamos en la gratitud, en la estima general que nos proporcionan á menudo, y, sobre todo, en el testimonio de la buena conciencia, que jamás nos falta y es más apreciable que todo lo demás; la satisfacción desinteresada de haber colaborado al bien general, influyendo en el porvenir del mundo y elevando en nosotros mismos el concepto de la dignidad humana: tal era la filosofía, digna de los antiguos estoicos, en que los innovadores trataron de fundar el orden moral. Esta doctrina, propagada por medio de sus discursos y de sus escritos, expuesta repetidamente por sus discípulos y vulgarizada por los manuales de toda clase y forma, se convirtió en doctrina del Estado y se presentó bien provista de cuantos medios podían asegurarle un éxito feliz.

Sin embargo, en todas partes sufrió el mismo descalabro. En vano la moral permanecía invariable en sus preceptos esenciales. Estos habían perdido toda su autoridad desde el momento en que no aparecían como órdenes del Creador sino como obligaciones que el hombre se imponía libremente á sí mismo. No todos los maestros y maestras tenían suficiente inteligencia para sacar partido de la nueva filosofía. Los que la comprendían, experimentaban el desencanto de no ser



comprendidos por sus discípulos; y al substituir la sencillez del mandato divino con la multitud de los razonamientos humanos, sentían resbalar sus palabras sobre la distracción de los niños, sin lograr hacerlas penetrar en su alma. La escuela sin Dios se convirtió muy pronto en escuela sin moral.

Siete años después de la reforma, la Exposición universal de 1889 pareció ofrecer ocasión solemne y apropiada para celebrar el progreso de que tanto se envanecía la democracia. Se pidieron datos sobre el estado de la educación en las escuelas primarias á los inspectores de enseñanza y á los directores y directoras de las escuelas normales, y con aquellos datos Mr. Lichtenberger, decano de la facultad de teología protestante de París, redactó un voluminoso informe, en el cual, después de hacer constar que la educación moral era nula ó apenas apreciable en las escuelas, añadía: «La separación de la enseñanza moral y la religiosa es considerada por muchos espíritus elevados como una tentativa estéril. Están convencidos de que el educador, sobre todo entre las clases populares, no puede ni debe privarse de la ayuda que le ofrece la religión, freno interior que hace superfluos todos los demás frenos.»

Cuatro años más tarde, uno de los hombres que más enérgicamente habían defendido las leyes dictadas por Ferry, Mr. Spuller, elevado á su vez al ministerio de Instrucción pública, decía á los representantes de la enseñanza primaria: «Queda todavía otra parte de la empresa, sumamente ardua y difícil, la más ardua y difícil de



llevar á feliz término y que, no obstante, es de todo punto necesario emprender seriamente y con energía: me refiero á la educación moral.» Y Mr. Pécaut, resumiendo sus trabajos de inspección, escribía de la enseñanza moral «que se halla en estado embrionario,... que busca á tientas su verdadera ley,... que está haciendo su noviciado» (1).

No se crea que tal resultado fué aceptado por el escepticismo indiferente de los innovadores. La decepción sufrida por su buena voluntad fué sincera y dolorosa. Por sus clamores de inquietud, por su confesión leal, se vió claramente que habían fracasado sus esperanzas; ellos mismos señalaron el peligro y pidieron ayuda para evitarlo. Para dar vida á esta enseñanza abortada, Mr. Buissón escribía: «Que vengan todos los que se han preocupado de estas cosas, á exponer sencillamente el resultado de sus reflexiones y de sus experiencias» (2). Mientras Mr. Buissón convocaba á los más inteligentes maestros y pensadores á juiciosas reuniones, en las cuales todos veían dónde se hallaba el mal, sin que nadie atinara con el remedio, Mr. Pécaut buscaba «el alma de la escuela», haciendo uso de una palabra propia de la filosofía antigua, sin reparar cuán absurdo resultaba eso de atribuir alma á la escuela, en nombre de un Estado, siendo así que éste negaba cínicamente que el hombre tuviera alma. Todos aquellos pedagogos ateos, cual otros Tántalos,

(1) Este informe apareció en la *Revue Bleue*, el 2 de Marzo de 1895.

(2) *Correspondencia general de la enseñanza primaria*, Noviembre de 1894, p. 7.



hacían esfuerzos desesperados por aplicar sus labios sedientos á las cristalinas corrientes de la moral de nuevo cuño: cuanto más la perseguían, más lejos huía de ellos.

Los días se han convertido en meses, los meses en años, y los que andan persiguiéndola, desde hace más de un cuarto de siglo, piden todavía nuevos plazos, como los deudores insolventes. ¡Pedir nuevos plazos, cuando la infancia y el porvenir de la patria se hallan seriamente comprometidos! ¡Hemos de esperar más, cuando los que nos prometen la mies sólo siembran la esterilidad!

Abnegarse, vencerse, sacrificarse: he aquí la moral. Invocar, para obtener del hombre estos prodigios, el patriotismo, la fraternidad, el honor, es decir, las virtudes humanas, es una pura petición de principio. La estima de los hombres, ¡qué ilusión tan vana! ¿Quién querrá sacrificar sus más violentos apetitos á la opinión de los extraños, de los indiferentes, de los desconocidos, de aquellos á quienes es tan fácil engañar con las apariencias y que á cada paso se equivocan en sus más firmes juicios? ¿Qué vale la opinión de los hombres para el que los desprecia? Una inteligencia adiestrada con las exigencias del método experimental ¿no considerará como una atrevida paradoja la afirmación de que la dicha de los hombres se halla en la solidaridad? ¿No es más cómodo creer y más fácil probar que en las sociedades humanas es inevitable que existan intereses encontrados, y que el bien de los unos se funda siempre en el mal de los otros? Si es preciso que haya víctimas, ¿no vale más sacrificarlas que ser sacrificado? Suponiendo que la sociedad consista en prestarse



los hombres mutuos servicios, ¿por qué motivo no ha de intentar cada uno recibirlos sin prestarlos? Y aunque fuese cierto que los sacrificios de cada generación prepararan mejores días para las generaciones futuras, ¿qué razón hay, no disponiendo más que de la vida presente, para poner tasa á nuestros goces, en beneficio de épocas y seres que no existen todavía?

Los racionalistas fieles á la antigua moral parecían sorprendidos de que, no habiéndole cortado al árbol más que las raíces, hubiese dejado de dar frutos. El resultado de su empresa era la desmoralización absoluta de la enseñanza, según hacía constar en 1894 un profesor de la Universidad, con estas palabras: «Pretendemos convencernos de que los jóvenes están educados por el mero hecho de ser instruídos; pero ésta es una de tantas mentiras propaladas por la elocuencia optimista de los discursos de distribución de premios. En realidad, la educación está completamente olvidada; ni en la escuela primaria, ni en el instituto, ni mucho menos en la universidad, hay ambiente moral» (1).

## V

Pero la vida no puede detener su vertiginosa carrera y esperar que la muerte hable é indique el verdadero rumbo. Vivir es poner en práctica á todas horas las creencias que se profesan. Mien-

(1) Lavissee, *Journal des Débats*, 12 de Octubre 1894. Edición de la noche.



tras los reformadores se entretenían en el inútil empeño de poner de acuerdo la antigua moral con la nueva filosofía, ésta, sin esperarles, producía sus consecuencias lógicas y engendraba una nueva moral. Surgieron espíritus atrevidos y consecuentes que empezaron á predicar la legitimidad de los instintos, el derecho de la fuerza, la sanción indiscutible y suprema del buen éxito (1). Esta moral era tan apropiada para llenar las almas incrédulas, que los políticos creyeron haber hallado en ella una inmensa fuerza que explotar. Los ambiciosos necesitaban para subir, encaramarse sobre los hombros del pueblo. Cuando las masas populares han perdido, junto con las creencias, la noción del deber, es fácil guiarlas y extraviarlas por los senderos del odio y de la envidia. Los pobres abundan más que los ricos; los desdichados más que los pobres, y los descontentos más que los desdichados. Los políticos han inspirado á los unos el deseo de despojar á los otros; han enumerado todas las sujeciones que el antiguo concepto de la familia, de la patria y de la sociedad imponían á los hombres, y se han hecho intérpretes del egoísmo individual contra los intereses generales.

Esta nueva moral, tan fecunda como estéril

(1) Limitémonos á citar de la nueva escuela algunas fórmulas que la presentan con el mayor relieve: «Nuestro Dios es la realidad, determinada por los hechos... El acto es la única ley de sí mismo... La pretendida moralidad de un hombre no es más que la impotencia para imponerse á los demás... El éxito, por más que sea implacable y feroz, aunque el vencido quede completamente vencido, aniquilado y sin esperanza de levantarse jamás, el éxito, repito, todo lo justifica». J. Weber, *Revue de Métaphysique et de Morale*, Septiembre de 1894.



era la otra, toda vez que una y otra están desprovistas de su fundamento verdadero, influye desde luego en las leyes y en las costumbres. La primera de las instituciones que funda todo su poder en los sacrificios impuestos al individuo, es la familia. Para hacerla estable, el hombre y la mujer renuncian á su independencia, y la perpetuidad del vínculo matrimonial asegura, si no siempre la felicidad de los cónyuges, cuando menos la protección de los hijos. Pero en cuanto el hombre y la mujer anteponen la propia felicidad al interés de su prole, la cadena se vuelve demasiado pesada y se la rompe mediante el divorcio, borrando poco á poco la diferencia entre el matrimonio y el amor libre. Las parejas educadas en la antigua moral habían escuchado el mandamiento divino que les decía: «Creced y multiplicaos». Pero la moral moderna inspira al hombre el temor de aumentar demasiado los gastos de familia é infunde á la mujer el miedo al dolor y el ansia de conservar la belleza; y la natalidad de Francia disminuye, desde hace algunos años, hasta el punto de no poder cubrir las bajas que la muerte produce. La vida, que el cristiano guardaba como un tesoro inalienable, por desdichada que fuese, es considerada por el hombre moderno como una propiedad cualquiera, de que puede disponer á su antojo; en su consecuencia, los suicidios infantiles, deshonra de nuestro tiempo, vienen á demostrar que hasta en las almas tiernas, privadas de la alegría que proporciona la fe, halla albergue la desesperación. Así el que abandona la vida como el que la conserva, cada individuo sólo piensa en sí mismo; los intereses



generales son combatidos sin descanso, y empiezan á formular seriamente sus teorías los adversarios del ejército y negadores de la patria. Si bien es cierto que el corazón del pueblo no ha cesado todavía de latir por estas grandes ideas, sin embargo, se encariña cada vez más con los goces materiales y con el dinero que los procura. Una ferocidad inusitada, que no repara en cometer grandes crímenes por una ínfima ganancia, lleva desde los bancos de la escuela al banquillo de los acusados á una porción de infelices degenerados que parecen haber perdido los últimos instintos de humanidad. ¿Son locos? La filosofía que ha establecido, como única ley del hombre, el instinto individual, no puede condenarles sin condenarse á sí misma. Para ella el gran culpable es la propiedad. No se trata ya de remediar las iniquidades manifiestas, el hambre de los pobres y el acaparamiento de la riqueza. La reforma de tales desórdenes dejaría subsistir aún la desigualdad de condiciones. Así, pues, la única solución justa es la liquidación social; el colectivismo es, por consiguiente, la derivación forzosa de la incredulidad. Hace once años decía ya Mr. Jaurès: «Habéis proclamado que la razón bastaba para dictar al hombre su línea de conducta... Habéis libertado al pueblo definitivamente de la tutela de la Iglesia y de sus dogmas... Habéis concentrado de este modo en las reivindicaciones sociales toda la actividad del pensamiento y todos los ardores del deseo... Habéis elevado vosotros mismos la temperatura revolucionaria del proletariado... ¿Por qué os espantáis ahora ante vuestra obra?»



Es preciso, en efecto, hacer justicia á los filósofos que habían querido suprimir la fe religiosa y sostener sin ella la antigua moral: cuando de la irreligión ha surgido la moral moderna, han tenido el valor de confesarse atemorizados. Mr. Pécaut, en 1894, escribía: «Las voces de la sensualidad, del odio, de los sofismas, han conseguido, por desgracia, hacerse oír aun de aquellos que hasta ahora se habían mostrado absolutamente refractarios á toda manifestación espiritual; y nosotros, por doloroso que sea confesarlo, somos quienes les preparamos un auditorio renovado sin cesar.» La conciencia, considerada por ellos como juez supremo de las acciones humanas, venció su amor propio y les hizo dudar si serían acaso excesivas sus precauciones contra las hipótesis religiosas; la magnitud misma del peligro les impulsó á buscar en ellas un auxilio, después de haber trabajado con todas sus fuerzas por destruirlas. Mr. Pécaut pedía, para detener el materialismo invasor, «la voz de un hombre ó de una doctrina, de una filosofía ó de una moral religiosa», ya sea que viniese «del libre-pensamiento solo ó asociado á las tradiciones cristianas».

Mr. Buissón empezaba, por su parte, á esbozar las teorías que después ha completado, sobre el benéfico influjo de la religión (1). Si bien continuaba afirmando que la razón humana puede por sí misma adquirir el conocimiento de la verdad, la fidelidad al bien y el amor á la belleza,

(1) El conjunto de estas teorías fué expuesto por Mr. Buissón en cuatro conferencias dadas en 1899, en la Universidad de Ginebra, publicadas luego bajo el título de *La Religión, la Moral y la Ciencia*.



añadía luego: «La completa educación intelectual debe abarcar no solamente lo finito que la ciencia estudia, sino también lo infinito que escapa á las investigaciones científicas; la completa educación moral supone, no sólo la más elevada moralidad, sino también un ideal de perfección moral que la supera todavía en mucho. Ni este infinito es accesible á la ciencia, ni este ideal es accesible á la actividad humana; pero uno y otro sirven para indicarnos el rumbo que debemos seguir y para evitarnos la ilusión de haber alcanzado el fin último y cerrado el cielo del esfuerzo humano, ora sea en la esfera intelectual, ora en la moral. El oficio propio de la religión consiste en fomentar en nosotros estos nobles sentimientos; primeramente haciendo que tengamos conciencia de nuestra imperfección, y sobre todo del desorden moral que existe en el fondo de nuestro ser; y luego como aspiración hacia la perfección, considerada como nuestro ideal intelectual, moral y estético, así para cada individuo como para la sociedad.»

Pasando de la teoría á la práctica, una mujer que luchó de las primeras, en primera fila, y con energía viril, en pro de la moral independiente, Mme. Coignet, cuyo nombre goza de sumo prestigio entre los librepensadores, escribía: «Aparte de la enseñanza oficial, uniforme y obligatoria, deberían abrirse escuelas especiales, fuera de las horas de clase, para la enseñanza religiosa voluntaria, organizada libremente, á gusto de las familias, por creyentes laicos de las diversas religiones.»

Como se ve, el paso era considerable: Mon-



sieur Buissón atribuía á la religión un objeto propio; Mr. Pécaut esperaba de ella un socorro eficaz, y Mme. Coignet no vacilaba en sacrificar á la voluntad de las familias la «unidad moral» de Francia.

Pero, después de hacer justicia á la sinceridad de estas declaraciones, es preciso convenir en que tales palinodias demuestran con sobrada evidencia cuán absurda é ilógica fué la reforma por ellos intentada, pero sin evitar sus tristes consecuencias.

La alianza que deseaba Mr. Pécaut, entre el cristianismo y el libre pensamiento, era una ilusión irrealizable. Jamás se podrá unir dos cosas que se excluyen mutuamente. ¿Qué acuerdo puede haber ni qué transacciones entre la fe y la incredulidad, entre la afirmación rotunda y absoluta y la negación escéptica de toda fe revelada? ¿Cómo esperar que la razón convencida de que cada dogma es un engaño pueda hallar un freno á sus extravíos en las tradiciones cristianas? ¿Y qué beneficios reportaría á los adeptos de estas tradiciones una filosofía que no ve en Cristo más que á un hombre y ni siquiera admite la existencia de Dios? Unos y otros perderían, al unirse, lo mejor de sus energías, sin conseguir otro resultado que generalizar la duda y afianzar más y más en las inteligencias el más enervante escepticismo.

Cuando Mr. Buissón admitía la religión como educadora, empezaba por definirla; pero su definición es tal, que sólo llega á esbozarla. Según él, la religión no es más que el sentimiento que tiene la inteligencia humana de sus propios lími-



tes y del ideal que tras éstos se extiende. La atracción hacia ese ideal es lo que eleva y dirige la conciencia humana. Pero, no renunciando al principio de que el hombre no debe creer sino en lo demostrable ni efectuar acto alguno que no esté inspirado en la certeza, y puesto que el ideal religioso se halla muy por encima de nuestra inteligencia, Mr. Buissón no puede, sin contradecirse, esperar que ésta busque en el misterio su regla de conducta ni que se fíe del instinto para escoger «el rumbo que deberá seguir». Ni siquiera podría compararse la religión, así entendida, á la temblorosa brújula que orienta al navegante hacia invisibles costas; puesto que el navegante conoce, aun sin haberlas visto, las costas á donde arribará, mientras que en los mares de la vida ignoramos lo que hallaremos al trasponer el horizonte tenebroso que la cierra. ¿Cómo pretender, pues, que fundemos en lo ignorado nuestra conducta, que apoyemos en una hipótesis la regla de nuestra vida, sin caer en aquella esclavitud intelectual anatematizada por Mr. Buissón, y que consiste en creer lo que no alcanzamos á comprender? Siendo esto así, ¿de qué serviría una religión incapaz de gobernar nuestras acciones? ¿Y por qué llamar religión á la certeza de que nuestras facultades son limitadas, de que ignoramos mucho más de lo que sabemos, de que, más allá de las estrellas, á donde alcanza nuestra débil mirada, se extiende un espacio inconmensurable poblado de soles y de mundos desconocidos? ¿Acaso no basta un poco de criterio para que el hombre comprenda y reconozca su debilidad? Cuando el mayor mal de la



época presente consiste en la incertidumbre que se tiene acerca del destino y de los deberes del hombre, ¿qué provecho va á sacar la inteligencia humana de esa pretendida religión que se limita á enseñarle que existen verdades inaccesibles á sus esfuerzos, las cuales está condenada á ignorar para siempre? ¿No es, por el contrario, oficio propio de la religión llevar la certeza á las regiones á donde la razón no alcanza?

De todos los paliativos propuestos, el más conforme á la razón y que la fe podría tal vez aceptar, aunque con grandes reservas, es el propuesto por Mme. Coignet. Si se diera en efecto completa libertad á las familias para que dieran á sus hijos la educación que mejor les cuadrara y fuera más de su agrado, no hay duda que sería esto un paso hacia la verdadera libertad. Mas, ¿con qué derecho se excluye á los clérigos y á los religiosos de uno y otro sexo, y se admite sólo á los legos como profesores de moral? Si se admite como ley la voluntad de los padres, no hay derecho alguno para impedir que los que profesan la religión católica escojan para maestros de sus hijos á aquellos que están más autorizados que nadie para enseñar las verdades y dogmas de la Religión. Si hay verdadero interés en que el ideal renazca en las almas, lo natural es poner la enseñanza en manos de quien la dé con más autoridad y competencia. Tampoco hay razón para limitar el tiempo destinado á un estudio que las familias pueden considerar como el más esencial. ¿De qué serviría una clase semanal de religión, sobre todo si se tiene en cuenta que en las demás clases los profesores despotrican á



diestro y á siniestro, como lo han reconocido testigos nada sospechosos (1), contra la que ellos llaman inutilidad de toda creencia religiosa? No tolerar la religión en la escuela sino como una cosa accesoria y de poca monta, no solamente no cura el mal, sino que apenas puede aliviarlo.

A esta reacción le faltaba además energía para que resultara eficaz. Bastante amigos de la moral se empeñaban en sostenerla contra viento y marea, aun con puntales que repugnaban á su razón, pero los pseudo-pedagogos eran más que nada serviles idólatras de esta misma razón, y de aquí que sólo á ella reservaran el triunfo definitivo. No tenían dificultad en que la religión combatiere las consecuencias peligrosas de sus doctrinas, pero á condición de no atacar á éstas en su base. Querían que en la escuela laica entrase la antigua moral por la puerta excusada, á horas determinadas y hablando el lenguaje de la moral moderna. Así es que sus concesiones se fueron limitando más y más de día en día hasta el punto de reducirse á la nada cuando se trató de precisarlas. El proyecto, acusado de clerical, fué abandonado, y el racionalismo quedó otra vez en la soledad de su impotencia.

No solamente no ha conseguido la Universidad proteger su antigua moral, sino que ha sido invadida y conquistada por la moral moderna, que es la negación de toda moral.

La política radical y socialista era demasiado astuta para no comprender que la fuerza de opinión más poderosa en cada pueblo era, desde el

(1) Especialmente Mr. Sabatier, Decano de la facultad de teología protestante de París.



comienzo de la reforma, el maestro de escuela. Desprovisto de moral, gracias á la enseñanza sin Dios, era el adepto natural, por su orgullo y ambición, y el propagandista incomparable, por su misión de educador, de las doctrinas revolucionarias. A cada renovación del cuerpo político, se ha hecho más visible la alianza del maestro con la política más radical y avanzada (1). Muchos de los encargados de educar á la juventud francesa, son los más activos agentes electorales de la demagogia. Al *Manual general de la Instrucción primaria*, que representa la moral de Mr. Buisón y es tachado de moderantismo (2), sucede otra revista pedagógica, *Le Volume*, en la que el ejército, la patria y la propiedad son atacados por el espíritu revolucionario. Es innegable que al lado de los ambiciosos y de los anarquistas hay maestros que conservan aún las virtudes profesionales. Pero éstos van disminuyendo, mientras que aquéllos aumentan sin cesar.

La misma evolución tiene lugar entre los profesores de los institutos y universidades, si bien se distinguen, de ordinario, por su mayor rectitud de pensamiento y dignidad de carácter. No obstante, en muchos de ellos, la incredulidad oficial produce sus frutos anarquistas. La elección de los representantes que los profesores de segunda enseñanza nombran para el Consejo superior de Instrucción pública, basta para demos-

(1) Véase *L'Ecole d'aujourd'hui* por G. Goyau, Perrin, 1899.

(2) Véase en el citado *Manual*, con fecha 16 de Marzo de 1900, la carta que un joven profesor de historia dirige al antiguo director de la primera enseñanza, quejándose de que el espíritu laico no esté aún bastante protegido contra el catolicismo.



trar los progresos de la nueva moral, que tiene sus más ardientes defensores entre los maestros jóvenes de la enseñanza superior. Los mismos profesores del Estado organizan las «universidades populares» para propagar las nuevas doctrinas entre las clases obreras, fundan las escuelas socialistas y escriben los artículos más atrevidos en las revistas revolucionarias; y como llevan sus teorías á la clase oficial, gracias á ellos el socialismo tiene en Francia su verdadera cátedra.

La atracción que para el hombre moderno tienen las ideas avanzadas, la satisfacción de llevar más lejos que nadie las audacias del pensamiento, bastarían para impulsar á los espíritus fogosos hacia las teorías revolucionarias. ¡Cuánto más ha de animarles el ver que sus audacias no sólo no son para ellos un peligro que comprometa sus ambiciones sino que, por el contrario, les sirven á maravilla para adelantar y prosperar en su carrera, puesto que las cátedras se hallan en manos de un Estado cuya incredulidad religiosa le arrastra hacia el socialismo! De este modo la política gobierna y transforma la universidad; en los sinceros únese el interés á la convicción, para aumentar la anarquía intelectual; para los escépticos el interés ya es suficiente. Para ser amigo del Estado hay que ser enemigo de la sociedad; así es que para muchos, el socialismo es un medio para conquistar la credencial.

Respirando ese ambiente mefítico es natural que se corrompan los cerebros más jóvenes, incapaces de preservarse de él. Desde hace algu-



nos años las escuelas normales producen un notable contingente de socialistas imberbes, tanto más audaces cuanto más imberbes, destinados á educar la inteligencia y el corazón de nuestros hijos. Los mismos escolares emplean su instinto de imitación, que es su primera inteligencia, en tomar la delantera á sus maestros, y así como antes jugaban á los soldados, ahora juegan á los socialistas. Hace algún tiempo, para demostrar su ira infantil contra las iniquidades de su tiempo, fundaron una *Federación socialista revolucionaria de los colegios y escuelas superiores*. «Considerando, dice su programa, que la religión no es más que la apología de las tradiciones reaccionarias,... considerando que la idea de patria no sirve más que para perpetuar entre los pueblos un odio injustificable,... considerando que el capital explota el trabajo, queremos combatir estos tres azotes de la humanidad, llamados: religión, patria y capital.»

Bajo la tranquila mirada del Estado se prosigue sin obstáculo alguno esta enseñanza odiosa que va ganando terreno de día en día, y al paso que vamos, pronto llegaremos á la monstruosidad de ver alistados los niños en las filas del error antes de que lleguen al uso de la razón.

## VI

Esta situación impone deberes ineludibles no sólo á los católicos que están plenamente conven-



cidos de que no hay ni puede haber verdadera moral sin religión, sino á los mismos racionalistas, que si bien es verdad que rechazan toda religión positiva, proclaman necesaria la moral, aunque sólo quieren que sea laica.

Para implantar en el mundo esta moral híbrida, han hecho esfuerzos desesperados y no han titubeado siquiera en defender teorías que no sólo no eran las suyas sino diametralmente opuestas á ellas, de manera que ya no es probable que descubran el secreto para infundir á la juventud las virtudes que reconocen como necesarias para la conservación de la sociedad. La enseñanza laica continuará repitiéndoles en adelante el solemne mentís que viene echándoles en el rostro desde hace veinte años, con gran sorpresa suya y espanto. Obstinarsse ante la evidencia meridiana de los hechos, equivaldría por parte de los racionalistas á demostrar que la fe que tienen en sus principios, es mucho menos justificada que la que reprochan á los católicos, puesto que éstos explican y demuestran la credibilidad de los dogmas que creen, por más que no puedan comprenderlos; mientras que la confianza de los racionalistas en la eficacia futura de sus doctrinas, se opone radicalmente á la mayor y más constante de las evidencias. Acuérdense ya de que son racionalistas, de que niegan los milagros, y obren con la misma lógica con que pretenden razonar, puesto que seguir confiando en la eficacia de sus desacreditadas teorías, equivaldría á creer en un estupendo milagro.

No se trata ya de discutir teóricamente los méritos de su racionalismo y compararlos con los



de la religión. Salta á la vista que si algunos de ellos, á pesar de haber perdido completamente la fe ó no haberla tenido nunca, conservaron no obstante cierto respeto y amor á la moral, con todo, la aplicación de su sistema pedagógico y de sus principios racionalistas, ha desmoralizado completamente á todo un pueblo, á una gran nación, cristianísima por su origen, por su carácter, por sus tradiciones y por su historia. Es innegable que la fe de este pueblo se había debilitado, sobre todo de cien años á esta parte, y aun había parecido frecuentemente desmentida por la vida ordinaria de la generalidad de los hombres; pero no estaba muerta, sino sólo aletargada en el fondo de las conciencias. Esto bastaba para que, á pesar de las debilidades humanas, conservara claras las nociones de la justicia, tributara sincera admiración á todo lo grande y elevado, temiera la justicia de Dios, y esperara confiadamente en su bondad infinita. Estas creencias, por más que fueran obscurecidas por las pasiones y la fiebre de los negocios terrenos, se reanimaban casi siempre al acercarse la muerte, y eran como estas raíces seculares que retienen la tierra en los terrenos escarpados.

Con el pretexto de que estas esperanzas y temores eran superfluos, los racionalistas cometieron el horrendo crimen de combatirlos á sangre y fuego. De poco sirve alegar que su intención era recta y sana. Eso de hundir el hierro en un cuerpo viviente, cuando no sólo no se tiene seguridad de no causarle la muerte, pero ni siquiera probabilidad alguna de producir en él un aumento de vitalidad social, y sólo por la pretendida



ventaja de asentar sobre distintas bases la moralidad de un pueblo, demuestra la vanidad del sectario, pero no la conciencia del hombre público. Arriesgarse en una experiencia contraria á la opinión de la mayoría, al testimonio histórico y á la tradición nacional, sin más garantía que las utopías de unos cuantos cerebros huecos de realidad y repletos sólo de vanas teorías; dar la preferencia, en fin, á un sistema improvisado por una reducida escuela, contra el dictamen tradicional de todo un pueblo, arguye un delirio de orgullo y de ligereza inconcebibles.

La sola tentativa de semejante reforma echaba una tremenda responsabilidad sobre los que osaron emprenderla, porque con ella trataban á toda una raza, á la cual sus doctrinas debían mejorar ó corromper, cual si fuera una de esas substancias inertes de las que echan mano los químicos para efectuar sus experimentos.

Ahora que la experiencia ha pronunciado ya su fallo, es falta imperdonable querer perseverar en la vía emprendida. Los reformadores no han logrado moralizar ni á los discípulos, ni á los maestros, y esto demuestra que la moral racionalista no tiene garantía alguna para regir los destinos de una nación; por el contrario, las creencias religiosas siguen inspirando las mismas virtudes allí donde no ha penetrado la moral laica, lo cual prueba la influencia civilizadora que ejerce la religión sobre los hombres. Ya que se vanaglorian de creer solamente en los hechos, ¿cómo no paran mientes en el hecho extraordinario de que la verdad por ellos sostenida sea estéril, en tanto que los pretendidos errores del cristianismo son tan



fecundos en bienes de toda suerte? Y aunque sus convicciones personales no varíen en lo más mínimo, ¿qué creen preferible: sostener á toda costa un sistema condenado por sus resultados, ó devolver la vida á las virtudes en que se apoya el verdadero orden social? No son ya dueños de escoger los medios que han de adoptar para que la historia no marque sus frentes con el estigma del desprecio. La gloria, que con tanto afán persiguieron, de renovar la mentalidad humana, encauzándola por los nuevos rieles del racionalismo ateo, se les ha escapado completamente de las manos, y por lo tanto ya no les queda otra salida honrosa que la de reconocer y confesar su error, renunciar á proseguir su obra destructora, no empeñarse en sostener contra la Iglesia una lucha que sólo puede aprovechar á los destructores de toda moral, anteponer el bien general al triunfo de su amor propio, y, sacrificando sus convicciones filosóficas en aras de su patria, dar amplia libertad para que se desarrollen las doctrinas civilizadoras de la Iglesia católica, cuya verdad no les convence, según dicen, pero cuya influencia saludable sobre las costumbres no pueden desconocer.

Aunque esto les enajenase las simpatías de la demagogía, son bastante numerosos en la Universidad y en las grandes corporaciones oficiales, para poder influir notablemente en favor de esa moral y esa religión que tan profundamente han perturbado al quererlas separar. Si levantan los obstáculos que han opuesto á la influencia religiosa, ésta reparará todo el daño que han hecho á la moral. Pero si continúan inspirándose en el fa-



natismo de la incredulidad, si la satisfacción de haber herido gravemente al catolicismo basta para consolarles del fracaso de sus doctrinas y de los perjuicios que han causado á las generaciones presentes y legado á las venideras, habrán escogido ellos mismos el lugar despreciable que ocupará su nombre en la historia.

Sea cual fuere la decisión de los racionalistas, los católicos no deben olvidar la obligación sacratísima que sobre ellos pesa, de sostener su enseñanza, ya sea para atraerse la colaboración de los racionalistas partidarios de la antigua moral, que son los aliados probables de mañana, ya para sostener siempre, solos si es preciso, las doctrinas civilizadoras. Así pues, hoy día la enseñanza libre no es solamente el ejercicio de un legítimo derecho, sino que es el único medio de perpetuar en Francia la doctrina que, mediante las creencias religiosas, da una base firme y estable á la moral. La enseñanza libre tiene señalada, por consiguiente, una misión augusta: servir de baluarte, el último quizá, contra la anarquía que amenaza invadirlo todo, alentada, desgraciadamente, por el Estado mismo.

Pero no nos hagamos ilusiones. Si bien la energía religiosa ha aumentado entre los cristianos, fuerza es reconocer que la influencia social del cristianismo tiende á disminuir en nuestra nación. Las leyes escolares, al hacer obligatoria y gratuita la primera enseñanza, la han puesto totalmente en manos del Estado, puesto que en muchos lugares no será ya fácil que los católicos sostengan escuelas gratuitas en todos los municipios. El libre pensamiento, por una antinomia



en que triunfa el determinismo, será, contra la voluntad de la mayoría de los ciudadanos, la consecuencia inevitable de este mecanismo legal. Y cuando llegue á conquistar del todo las masas populares, la política jacobina se hallará completamente desembarazada, para consumar su obra nefanda y despótica, suprimiendo en absoluto, aun á despecho de la Universidad, toda enseñanza libre. Entonces la incredulidad y el socialismo serán los únicos amos del Estado, los únicos que en su nombre podrán dictar leyes, que no serán tales leyes, sino brutales despotismos.

¿Cómo prevenir este desastre? Ilustrando la opinión pública antes de que esté por completo pervertida. Todo cuanto pueda influir en ella debe ser aprovechado, y como su base principal es la enseñanza, á ésta deben los católicos atender más que nunca. Muchos de ellos han creído que lo mejor era defenderse desde las mismas cátedras universitarias, y han procurado conquistarlas. Jamás se alabará bastante á estas almas vigorosas que no han vacilado en pasar aparentemente al campo enemigo, para utilizar en provecho de su fe las armas preparadas contra ella. No pocos han logrado su intento. Molestados á veces, pero más molestos aún para los sectarios, consiguen por lo menos hacer inofensiva en gran parte una enseñanza que en otras manos podría ser hostil. Su presencia en la Universidad contribuye á extinguir los prejuicios, alimenta el espíritu de justicia y fortifica las doctrinas espiritualistas entre el profesorado. Nunca serán estos paladines bastante numerosos. El peligro está en que la política, si ve crecer mucho su influencia, pondrá



en juego contra ellos todos los recursos de su astucia, hasta descorazonarles y esterilizar todos sus esfuerzos, cerrándoles, si importa, la entrada en la carrera. Por lo demás, aunque estos esfuerzos no se viesen ahogados en germen, tardarían mucho en eliminar de la Universidad el espíritu racionalista. Para librar de la anarquía moral á la generación presente, los católicos no pueden contar más que con su enseñanza propia. Caemos, pues, en un círculo vicioso. El Estado ha tomado la delantera; entre los muchachos que mañana serán hombres, proporciona instrucción en las escuelas primarias, gracias al despotismo legal, á las tres cuartas partes de la clase obrera; en los establecimientos de segunda enseñanza, la proporciona á la mitad de la clase media, por libre elección de las familias; y finalmente, por el prestigio tradicional de sus establecimientos superiores, á las nueve décimas partes de la clase intelectual.

Los católicos, á pesar de su celo, tendrían, pues, mucho que temer, si sólo los hombres decidieran de los destinos de la sociedad.

## VII

Por fortuna, el porvenir del mundo no depende exclusivamente de los hombres.

Si los defensores de la civilización cristiana supieran apreciar debidamente la importancia de la mujer, que es igual al hombre por su natura-



leza y le aventaja por el número, tomarían sin duda mejor acuerdo, aleccionados con el ejemplo de sus mismos adversarios, los cuales, por envalentonados que parezcan, no se sienten todavía dueños del porvenir. Su victoria no les parecerá definitiva hasta que hayan conquistado á la mujer. A esto encaminan hoy día todos sus esfuerzos. El oráculo del socialismo, Bebel, lo ha dicho claramente: «Donde esté la mujer, como fuerza social, estará la victoria» (1).

Ahora bien: la mujer es el enemigo natural de la incredulidad y de la desmoralización. El culto de la materia, la disolución de la familia, el reinado de la fuerza, pugnan con la inteligencia, con el corazón y con los intereses de la mujer. Desde hace veinte siglos, su vida necesita afectos estables y esperanzas inmortales. Ella constituye la reserva religiosa del género humano; por esto la incredulidad se esfuerza en transformar su alma y apoderarse de su inteligencia. La resistencia que la mujer opone á estos esfuerzos, da la medida de su adhesión á sus creencias. Al observar á qué lado se inclina, entre las dos enseñanzas que se disputan su hegemonía intelectual, se comprende perfectamente cuánto más arraigada está en la mujer que en el hombre la educación cristiana. Sin hablar de la enseñanza superior, que no está seriamente organizada por una ni otra parte, casi todas las jóvenes que reciben la segunda enseñanza la reciben religiosa; y, á pesar de los obstáculos legales, casi la mitad de las niñas recibe de maestras religiosas la enseñanza primaria. El librepensamiento, para tener á las mu-

(1) Bebel, discurso en el Reichstag, 6 Febrero de 1892.



jeros de su parte, tiene que conquistarlas; á los católicos les basta conservarlas.

Defender la religiosidad femenina mediante la enseñanza, es, por lo tanto, la tarea más importante, á la vez que la más fácil, en la época actual.

No quiero significar con esto que no se requieran viriles energías para alcanzar tal triunfo: porque no es lo mismo atraer á la mujer hacia una enseñanza dada tan sólo por la Iglesia, que conservar esa fuerza de atracción hallándose ella completamente libre para optar entre dos enseñanzas. El Estado, que no ignora cuánto repugna la incredulidad á las mujeres, cuenta para conquistarlas con la superioridad del profesorado. Mientras el Estado procura satisfacer la curiosidad femenina con la extensión de sus programas y se esmera en perfeccionar cada día más sus métodos pedagógicos, la enseñanza cristiana, si confía demasiado en su preponderancia actual, se dará cuenta, cuando menos lo piense, de que ha perdido todas sus ventajas. La mujer no quiere perder la fe, pero quiere adquirir la ciencia. Si el Estado se la ofrece más completa, se repetirá la tentación de Eva. Empezará la mujer por aceptar la ciencia, con el firme propósito de no dar oído á las doctrinas irreligiosas; pero al fin lo aceptará todo junto, y con su incredulidad recibirá el cristianismo la mayor herida. Pero si los maestros cristianos se muestran tan doctos como los profesores oficiales, la mujer permanecerá fiel á los que alimenten á la vez su ansia de saber y su fe.

No hay razón alguna para temer que la enseñanza católica sea inferior á la oficial, mientras sea objeto de iguales cuidados; pero sí existen



potentes razones para procurar á todo trance que la enseñanza católica dada á la mujer, sea de día en día más completa, más vasta y perfecta; puesto que el cristianismo funda en ella proyectos y esperanzas que no puede ni aun concebir el libre-pensamiento.

Los católicos no se han hecho cargo suficiente-mente de este deber que les impone su fe. Para cumplirlo con perfección sería preciso combatir y aniquilar, si fuera posible, cierto hábito muy inveterado ya en el hombre, el cual, desde el origen de las sociedades humanas, ha venido imponiendo á la mujer el derecho del más fuerte. Como si la superioridad de la fuerza significase superioridad de naturaleza, durante la época del paganismo, es decir, durante la época más larga de la historia, el hombre puso todo su conato en sujetar á la mujer á una obediencia sin límites, convirtiendo á la que debía ser la compañera de su vida en esclava de sus caprichos. Lo que había de más denigrante en esta esclavitud fué abolido por el Evangelio; pero el hombre, con todo, quiso conservar sobre la mujer todas las ventajas de que no le privase un precepto absoluto. Si bien las leyes religiosas le obligaban á respetar el cuerpo y, sobre todo, la personalidad moral de su compañera, invocaba la misma Escritura para conservar la supremacía absoluta en la sociedad conyugal, y en tanto que la Escritura establecía la preeminencia del hombre en bien de la sociedad, el hombre la consideró como una dominación establecida en provecho de su sexo. Cualquiera que fuese el resultado de sus disputas y querellas con los otros hombres, ante su esposa quiso ser siem-



pre el vencedor, el juez inapelable, el oráculo infalible, el modelo de todas las perfecciones. Tener junto á sí á un ser obediente y dispuesto á la admiración, á quien se podía mandar sin darle explicaciones, para quien la voluntad del esposo fuera la razón suprema, constituía para el hombre un descanso en medio de los mayores esfuerzos, un desquite después de todas las contradicciones y fracasos, y un incienso delicioso para su orgullo. Por pequeño que sea el templo, siempre halaga verse colocado sobre un altar.

Ahora bien; todas las idolatrías se fundan en la ignorancia de sus adeptos: de aquí que todos los tiranos se guarden muy bien de preparar su propia ruina permitiendo que sus súbditos se pongan en condiciones para juzgarles. Y puesto que el hombre había llegado á ser para la mujer el representante de una autoridad indiscutible, de una naturaleza superior, una especie de dios tutelar, era lógico que la dejase sumida en las sombras de la noche, que todo lo velan con apariencias de misterio y presentan los objetos más abultados de lo que son en realidad. Si en su vida doméstica hubiese tenido que dar, como en su vida pública, las razones de sus actos y someter su conducta al juicio de una igual, ¡adiós prestigio y comodidades del absolutismo! Aunque la instrucción comunicase á la mujer una docilidad perfecta, ¡qué diferencia entre la obediencia razonada y la adoración de la mujer ignorante! Aquella mirada reflexiva que sabe apreciar en su justo valor las cosas y las personas, hubiera sido más que suficiente para arrebatar la impunidad de que gozaban los caprichos, debilidades y erro-



res del hombre. Ante una esposa instruída es necesaria verdadera razón para parecer razonable, verdadera prudencia para parecer discreto y verdadera grandeza para parecer magnánimo. No ser estimado por la mujer más que en el grado justo, significaría para la mayoría de los hombres un notable descenso. Por esto el sexo fuerte ha tenido siempre cierto interés en no ilustrar demasiado á las mujeres. El temor de perder prestigios ante un sexo que dejaría de ser débil si se instruyese, ha sido la causa secreta y principal de la oposición del hombre contra la instrucción femenina. Estos temores han bastado para establecer, sin expreso convenio, una especie de tradición entre los jefes de familia. No tenemos necesidad de profundas reflexiones, ni de sólidos argumentos, para autorizar un modo de proceder que tanto halaga nuestro egoísmo, si bien algo nos disculpa el que cuando obramos por un impulso tan espontáneo, no tenemos conciencia cabal de todas las injusticias que encierran en sí nuestros instintos.

Esta repugnancia por la instrucción femenina es natural en el hombre, y se manifiesta tanto más intensa cuanto menos contrarrestada se halla por el espíritu religioso. Los antiguos cristianos parecían no sentirla, porque la única enseñanza que juzgaban importante era la del Evangelio, y ésta era tan propia de la mujer como del hombre; así es que se estableció desde un principio la igualdad de la instrucción para ambos sexos. Con el triunfo del Evangelio se sucedieron á las generaciones heroicas de los mártires, otras generaciones de cristianos que, si bien consideraban la



religión como su patria espiritual y se mantenían fieles á la vida del alma, recibida con el bautismo, se aficionaban también á la vida terrena, llena de dulces atractivos. Entonces la educación de la mujer se convirtió en motivo de divergencias entre los clérigos y los seglares. Los obispos y sacerdotes, ajenos á los egoísmos domésticos de la vanidad masculina, querían preparar á la mujer, mediante el cultivo de su espíritu, al cumplimiento de su misión social. Los seglares, aun los más religiosos, oponían á este esfuerzo un escepticismo interesado, persistían en creer que en este mundo la autoridad pertenece al hombre exclusivamente, y se resistían, por lo tanto, á aceptar cualquier reforma que pudiera disminuirla. Afortunadamente para la mujer, al triunfo del cristianismo sigue muy de cerca la invasión de los bárbaros. Entre éstos todo el poder estaba reservado á las armas, y siendo esto así, la mujer no podía aspirar á tomar parte alguna en el gobierno; por consiguiente, los bárbaros no se opusieron en lo más mínimo á que la mujer recibiese de la Iglesia una instrucción que ellos consideraban superflua y reservada á los seres débiles, incapaces de combatir y, por lo mismo, de dominar. Así pues, la Iglesia pudo instruir á la mujer, y sin que ésta se envaneciese con una ciencia que era tan desdeñada, instintivamente fué dulcificando la rudeza del hombre, y transformó al guerrero bárbaro en señor feudal. Este, ocupado igualmente en atacar y defenderse de sus vecinos, no tenía tiempo para cuidarse de sus hijos, que crecían sin haber recibido apenas una caricia de su padre; la ternura, la vigilancia y la instruc-



ción de la mujer, lo suplían todo; y cuando el padre hallaba en los frutos de su sangre una cultura, una facilidad de palabra, un refinamiento de gustos que él no se había cuidado de darles, reconocía con satisfacción los preciosos servicios prestados por la mujer en el seno de la familia. El recinto fortificado en que cada señor debía vivir para su seguridad, no habría sido más que una fortaleza ó una prisión si no hubiese encerrado más que soldados. La mujer lo llenaba con su dulzura, su cortesía y su influjo pacificador; la mujer depuró la lengua y la enriqueció para que pudiese expresar sentimientos nuevos; inspiró á los que sólo pensaban en luchar el deseo de conocerse, y bajo su influencia, los espíritus cerrados se abrieron á las relaciones sociales, al mismo tiempo que los muros de las fortalezas transformaban sus aspilleras y poternas en grandes ventanas y puertas adornadas y hospitalarias. Hasta fines de la Edad Media, la mujer recibió de los clérigos la ciencia, sin que el hombre se inquietase por ello, ya porque estaba predispuesto á tener por buena toda iniciativa de la Iglesia, ya porque la ciencia no procuraba entonces un influjo social perceptible.

Pero desde el momento en que el Renacimiento puso de manifiesto que la instrucción debía ser contada en el número de las cualidades que deben adornar á los príncipes, y la que más renombre y eficacia comunicaba á su poder soberano, cuando esta instrucción, inspirada principalmente en el paganismo, hubo transformado al mundo, debilitando el sentimiento cristiano, todo cambió de aspecto. El amor al estudio, desper-



tado súbitamente, parecía dar al fin la razón á la Iglesia; pero en realidad era una rebeldía del espíritu laico contra el espíritu sacerdotal. La Iglesia seguía pensando que los dos sexos, asociados en la vida presente y en las promesas de la vida futura, tenían igual derecho á la investigación y posesión de la verdad. El seglar del Renacimiento, por el contrario, en cuanto comprendió que la ciencia podía ser un título para ejercer la hegemonía intelectual, quiso reservarse desde luego la mejor parte de los nuevos derechos. Era demasiado tarde para negarle toda cultura á la mujer; y además, cuanto más sensual se hacía el hombre, menos quería privarse del especial encanto que la instrucción, siquiera superficial, añade á los atractivos de la mujer. Con todo reservó para sí el monopolio de todos los estudios y trabajos que exigen la perseverancia, la madurez, la fecundidad intelectual, y dejó para la mujer los estudios que contribuyen á aumentar la gracia, el buen gusto, la distinción y la amabilidad. Desde el momento en que el hombre añadía á su antigua superioridad física la superioridad intelectual, quiso que ésta apareciese con evidencia ante los ojos de la mujer; y como un espíritu inculto no puede apreciar el mérito de la cultura, procuró que la mujer fuese bastante instruída para poder comparar su instrucción con la del hombre y hallar con esto nuevos motivos de admiración hacia su dueño. La fiebre intelectual del Renacimiento no fué sino una nueva erupción del egoísmo del hombre en provecho propio. El triunfo del espíritu laico inauguró desde entonces la decadencia de la instrucción de la mujer.



Este espíritu laico es el que, desde hace dos siglos y con fuerza siempre creciente, ha gobernado la sociedad, ejerciendo su influjo en los mismos cristianos é imponiendo con diversos pretextos, aun en los colegios religiosos, la educación que más le ha convenido. En general, esta educación se ha inclinado á los que se suele llamar cursos de adorno, en detrimento de los serios estudios de moral, de filosofía y de religión; se ha partido del supuesto de que las leyes de los hombres bastaban para mantener el orden en la sociedad, y se ha separado la inteligencia de la mujer de la del hombre, reservándole á éste la cumbre en todos los ramos del saber. Una vez reducida la mujer á este papel secundario, se ha creído, por la fuerza de la costumbre, que no le correspondía otro, y al ver en ella las virtudes que únicamente se le permitía ostentar, se ha persuadido el hombre de que eran las únicas propias de la naturaleza femenina. De este modo se ha obligado á la mujer á no cultivar sino determinados méritos, y muchos que se tienen por sensatos creen hacer completa justicia al bello sexo, con decir que es la dulzura del hogar y el adorno del mundo.

Vese, pues, que la importancia de la mujer ha disminuído en la sociedad al compás que el cristianismo se ha ido debilitando en las conciencias. ¡Qué lugar tan distinto del que ocupa concedía la Iglesia á la compañera del hombre! Desde que el Evangelio fué predicado al mundo, mientras la Iglesia luchó contra el orgullo del imperio romano, contra las herejías del imperio bizantino ó contra la brutalidad de los pueblos



bárbaros, la mujer recibió constantemente su parte en el fruto de tantas luchas y esfuerzos. En cambio consagró á la religión, que la había dignificado, una cooperación bastante activa para excitar la cólera del paganismo, y cuando éste la creyó tan peligrosa como el hombre y la condenó á los tormentos y á la muerte, supo ella sufrir con igual valor que el sexo que siempre se había tenido por más fuerte. Y no sólo puso al servicio de la fe su fortaleza de ánimo, sino también toda su energía mental, puesto que luchó no menos que el hombre contra las herejías de los primeros siglos. Si no escribió libros y tratados como los de los Santos Padres, los defendió siempre y los inspiró á menudo; vivificó su doctrina con el ardor de su palabra, más eficaz, á veces, que la de los mismos doctores. Por su celo en favorecer la propagación suave y continua del Evangelio en toda Europa, fué para la Iglesia el más constante y precioso auxiliar. Durante doce siglos desplegó las virtudes de su apostolado, hasta hacer que el cristianismo pareciese inquebrantable. Oculta en la vida doméstica, cuando reinaba la paz en la sociedad; mezclada al movimiento social en cuanto había un principio sano que defender, y tanto más animosa cuanto mayor fuese el peligro, la mujer cristiana ha sabido siempre, en los momentos en que ha estado amenazado todo, patria, bienes, libertad, creencias, subir valientemente á las murallas y, más de una vez, reanimar con su ejemplo á los hombres medio vencidos y salvar la bandera amenazada.

Nos hallamos actualmente en una de esas épocas azarosas, sólo que en vez de amenazarnos los



bárbaros armados con flechas y lanzas, nos amenaza la barbarie de las ideas.

Si la mujer de hoy, cristiana todavía, contempla el combate sin tomar parte en él, sin más aspiración que hacerse impenetrable á la duda moderna y dejando que ésta se apodere de los seres que le son más queridos, la culpa no será suya propiamente hablando, sino de su incompleta educación. La mujer moderna está educada para tiempos de paz, en que domina la unidad de creencias; no tiene la instrucción que se necesita en tiempos de guerra, en los que es preciso defender la fe de los ataques que se dirigen contra ella en nombre de la historia, de las ciencias y de la filosofía. Continúa dedicándose á los estudios superficiales y de adorno, que hacen la vida placentera; á los hábitos de piedad, que la mantienen en el cumplimiento de sus deberes individuales. Todo esto sería muy bueno si el cristianismo inspirase las instituciones políticas y legales y pudiera velar sobre la vida pública de las naciones á fin de que nadie pudiese perturbar la vida ordenada de la sociedad. Mas no sucede así por desgracia: las leyes y gobiernos actuales combaten rudamente la civilización cristiana. Contra esta perversión y extravío de la autoridad es preciso que cada uno se defienda á sí mismo y sostenga la libertad de sus creencias ante el fanatismo del Estado. Si el hombre no ha sabido cumplir la tarea que había tomado á su cargo, de conservar el orden social, ¿por qué la mujer ha de permanecer incapaz de defender su propia causa, siendo así que está tan interesada como el hombre en mantener el orden y la moralidad de las



costumbres? Han terminado los tiempos en que sólo se trataba para el hombre de satisfacer su egoísmo ó su vanidad á costa de la mujer; ahora se trata, para todo ser humano, de defender la civilización amenazada en sus mismos fundamentos.

¿Por qué medios podrá alcanzar la mujer la plenitud de su legítima influencia? No es posible trazar aquí un programa. Cada día, á cada instante, crece el patrimonio intelectual de la humanidad; no hay cerebro capaz de contenerlo íntegramente. Para aprender, es preciso elegir. Las circunstancias de cada momento y de cada pueblo, la fluctuación del gusto universal, dan actualidad á tales ó cuales estudios, y entre ellos la vocación particular de cada inteligencia determina la elección. Pero siempre hay que respetar una ley esencial de la educación. La multiplicidad de conocimientos se convierte en un estorbo desde el momento que la inteligencia se aplica al minucioso estudio de los detalles, embotando la aptitud para comprender los principios generales y elevarse á la síntesis en que todas las ciencias forman una filosofía. Entonces la mente no saca del estudio el fruto más importante, puesto que no aprovecha la lección de vida que forma el sentido íntimo de toda verdad científica. Esta síntesis es lo que el hombre ha prohibido á la mujer, al acostumbrarla á extraer de todos los conocimientos que iba adquiriendo otros tantos perfumes de tocador, y adornarse con ellos como si fueran ricos trajes de seda, mientras reservaba para sí la parte seria de todos los estudios y la filosofía de los mismos. Ahora bien: es necesario que conozca la mujer todos los argumentos suminis-



trados por cada ciencia en apoyo de una moral y de una civilización; es indispensable que la mujer filosofe un poco, aunque para ello sea preciso restringir la importancia concedida á los estudios de puro entretenimiento y adorno.

La enseñanza puede ser seria en todos sus grados. Lo será si señala á las mujeres la parte flaca de los sofismas y prejuicios que rigen en su esfera respectiva; si hace que posean, en apoyo de sus creencias, un buen caudal de razones y testimonios prácticos; si las hace capaces de defender la verdad con armas de buena ley, y logra de este modo que sea otra vez para el hombre una digna compañera y colaboradora de su vida. Aunque fuera verdad que la humanidad ha degenerado, sería preciso confesar que la mujer ha degenerado menos que el hombre. El régimen político en que vivimos desde 1789 ha rebajado el carácter del hombre. La disciplina de partido ha sometido su voluntad á la de todo el mundo menos á la suya; la ruptura de la solidaridad social le ha acostumbrado á sacrificar todos los intereses menos el suyo. Pero la mujer, gracias á no haber tenido derechos políticos, ha conservado mejor sus virtudes naturales y no ha conocido la vileza que suele acompañar á la ambición política. Por esto es más intrépida que el hombre en manifestar públicamente sus creencias religiosas, más generosa, más desinteresada y más dispuesta á sacrificarse por aquellos á quienes ama.

Todas estas energías, hoy día casi aniquiladas en el mundo, están inactivas desde que el hombre, empeñado en dirigir por sí solo los destinos humanos, ha rehusado á la mujer toda participa-



ción en esta empresa civilizadora y se ha resistido á considerarla como á su compañera intelectual. Para restablecer el equilibrio, es necesaria la cooperación de los dos sexos. Es verdad que las primeras iniciativas y esfuerzos corresponden al hombre. Como hasta el presente ha tenido buen cuidado en aumentar la supuesta desigualdad de inteligencia con la desigualdad de cultura y se reservó todos los estudios serios, sólo él puede, al menos en los comienzos, introducir á la mujer en los dominios por él hasta ahora cultivados, y enseñarle los senderos por donde se llega á cada cumbre. Este socorro prestado á la mujer no será sino una justa compensación, un acto de desagravio por las injusticias de que se la ha hecho víctima y que urge reparar. Cuanto más reflexionen los católicos, mejor comprenderán que el afán por alcanzar la ciencia es un impulso hacia la verdad; que si la instrucción superficial ofrece serios peligros para la fe, la verdadera ciencia es su mejor apoyo, puesto que la verdad demostrada no puede oponerse á la verdad revelada; comprenderán que la mujer necesita, como el hombre, del testimonio científico, y compartirán con ella equitativamente un bien que es de propiedad común; sentirán, si han de ser consecuentes, mayor solicitud hacia la compañera de su hogar, asociada á ellos en la vida presente y en las esperanzas de una vida futura, que la que sienten el escéptico y el materialista por la amiga de un día, compañera suya durante las horas de placer; y cuanto más se inspiren en sus creencias, mejor comprenderán las ventajas de instruir y dignificar á la mujer, aumentando su in-



flujo social. La causa de la mujer es hoy día la causa del catolicismo.

Cuando el hombre haya cumplido ese deber que hemos señalado, empezará la mujer á cumplir el suyo. Educada sólidamente, no guardará únicamente una fidelidad pasiva á las creencias cristianas, sino que sabrá defenderlas.

Cuando la filosofía le haya mostrado la solidez de la fe y la fragilidad de la duda; cuando la moral le habrá enseñado que la consecuencia de las ideas falsas es el desorden en todas las esferas sociales, en las leyes y en las costumbres; cuando la historia le haya hecho ver la unión tradicional del catolicismo con Francia; cuando la sociología le haya probado que el apostolado católico perpetúa todavía en el mundo la influencia francesa, á pesar de los eclipses de nuestra gloria nacional, la disminución de la natalidad y la depreciación de nuestros productos en el mercado universal, la mujer no podrá guardar para ella sola estas verdades conquistadas. Sus calumniadores la acusan de no saber callar un secreto: proclámelo, pues, en todas partes, y devuelva al hombre el beneficio que habrá recibido, empleando sus conocimientos en recordarle siempre la verdad.

La mujer puede ejercer influencia sobre el hombre sin hombrear. No se trata de reclamar el derecho de ocupar las tribunas políticas ni de pedir que se le reconozca el derecho á tomar parte en las elecciones. Poco importa que un día cada cuatro años, cuando el hombre elija sus gobernantes, se prescinda de la opinión de la mujer, si ésta puede, todos los demás días, influir en la opi-



nión del hombre y mejorarla. Bastaría una ley ó el capricho de un tirano para despojar al ciudadano de sus derechos al sufragio; pero ninguna ley, ninguna tiranía, puede oponerse al imperio de la mujer en la familia y en la sociedad. En la familia, no debe procurar solamente la armonía de los afectos, sino más aún la de creencias; su ascendiente sobre los corazones le dará fácilmente el influjo sobre las inteligencias, el día en que su esposo y sus hijos la vean instruída y capaz de responder con sólidas razones á la huera palabrería de los sofismas. La destrucción del fanatismo sectario, de la indiferencia religiosa y del escepticismo del hombre, se llegarán á conseguir en gran parte mediante la inquebrantable paciencia y la persuasiva dulzura con que la mujer ejercerá su influencia en el hogar doméstico. Puesto que se las llama reinas de la sociedad, hagan como los verdaderos soberanos, para quienes reinar es gobernar. Durante largo tiempo han utilizado su poder para imponer sin apelación las costumbres y modas más fútiles, por lo que respecta al mobiliario, á los trajes, al teatro y á la amena literatura. Hora es ya de que lo utilicen para cosas de mayor importancia y trascendencia; en vez de aspirar á gobernar las modas, esfuércense en gobernar las costumbres; en lugar de ser el encanto de la sociedad, procuren representar la conciencia de la misma.

La mujer de hoy día tiene el deber de luchar contra quien quiera que ataque sus creencias, y de utilizar en provecho de éstas la fuerza inmensa de que dispone, inclinando de una vez la balanza con el peso de su número y de su ánimo varonil.



Cuando Juliano el Apóstata quiso remozar el paganismo decadente en la sociedad antigua y hubo dirigido en vano contra el cristianismo todos los recursos de la filosofía y del poder, un partidario del príncipe, uno de sus cortesanos, un filósofo, Libanio, buscó la causa de la derrota sufrida por aquel Emperador tan poderoso que representaba la causa de la razón y de la soberanía del Estado. Su respeto á la verdad le obligó á decir, aunque le doliese la confesión: «¡Qué mujeres tienen esos cristianos!»

Quince siglos después un Estado ateo renueva la empresa de Juliano, que nos llevaría, si triunfase, á un nuevo paganismo. ¡Ojalá que los Libanios, actores y cómplices de esa empresa nefanda se vean también forzados á confesar su derrota y á parodiar á aquel filósofo, diciendo: ¡Qué mujeres tienen esos cristianos!

---



# ÍNDICE

---

	<u>Pág.</u>
PREFACIO. . . . .	5
Las mujeres y la ciencia. . . . .	9
La mujer y los pensadores. . . . .	47
La mujer y la enseñanza del Estado . . . . .	145

---







**GUSTAVO GILI, Editor.—Barcelona**

---

**El Trabajo** (*Trabajo en general, Trabajo manual, Trabajo intelectual, Trabajo*

*espiritual, Observaciones*), por la CONDESA ZAMOYSKA, versión española por la SRTA. CORINA DE CARLOS, con un prólogo del ILMO. DR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ, Obispo de Jaca. Un volumen de 206 páginas en 8.º mayor.

El gran enemigo de la mujer y de su influencia es la frivolidad. El trabajo mata la frivolidad; pero ¿á qué trabajo deben dedicarse las mujeres? He aquí la finalidad del libro.

Poseemos tres clases de aptitudes: aptitud *física, intelectual y espiritual*. «Para responder á estas aptitudes—dice la ilustre autora—el trabajo debe ser triple: manual, intelectual y espiritual.

El tema del libro es precisamente éste: demostrar la necesidad de que todas las mujeres, lo mismo las pobres que las ricas, empleen sus energías en las tres clases de trabajo. Sólo á este precio se completará la obra de la mujer y podrá desempeñar en toda su plenitud la misión que le ha reservado la Providencia.

**La educación de las jóvenes,** por FENELÓN,

traducción del francés por D.<sup>a</sup> LUISA REPOLLÉS DE YUS. Un volumen de 128 páginas en 8.º mayor.

Innecesario fuera hacer el elogio de este libro que nos complacemos en reimprimir por haberse agotado hace mucho tiempo las numerosas ediciones que en distintas épocas se publicaron con general aplauso. ¿Quién no conoce el nombre de Fenelón, del virtuoso Arzobispo de Cambray, del autor del *Telémaco*, del *Diálogo de los muertos*, de *Fábulas* y de las demás famosísimas obras que compuso para la educación del Duque de Borgoña? Nos limitaremos, pues, á reproducir el índice del libro que es como sigue: Cap. I. Importancia de la educación de las jóvenes. — II. Inconvenientes de la educación común. — III. Primeros fundamentos de la educación. — IV. Peligros de la imitación. — V. Instrucciones indirectas: no hay que apurar á los niños.—VI. Del empleo de cuentos para los niños.—VII. Manera de inculcar en



el espíritu de los niños los primeros principios de la religión. — VIII. Enseñanza del Decálogo, de los Sacramentos y de la Oración. — IX. Advertencias acerca de varios defectos de las jóvenes. — X. Vanidad de la belleza y de los adornos. — XI. Deberes de la mujer. — XII. Deberes de la mujer (continuación). — XIII. Las ayas. Consejos á una señora ilustre acerca de la educación de su hija.

Como se ve este libro, aunque de reducidas dimensiones, constituye un *tratado de educación sólidamente cristiana, precioso vademécum que las madres, maestras, ayas é institutrices deben leer diariamente.*

## **La educación musical,** por ALBERTO LAVIGNAC, Profesor

del Conservatorio de París, traducción del francés por FELIPE PEDRELL, Profesor del Conservatorio de Madrid. Segunda edición. Un volumen de VIII y 448 páginas en 8.º mayor.

«El libro es por todo extremo útil y simpático. Con ameno y al parecer ligero estilo, penetra en profundidades apenas sospechadas... Los consejos que contiene, dirigidos á las familias, á los alumnos y profesores, son por lo general admirable fruto de cuarenta años de experiencia en la enseñanza de la música en todos sus grados y condiciones... De materia en materia instruye al alumno acerca del estudio de los instrumentos, de la práctica especial del canto y de los diversos conocimientos necesarios á los compositores, y termina con sabias reflexiones acerca de la crítica y de su noble y transcendental misión... El autor escribe para todos, para artistas, profesores, alumnos, aficionados, papás, mamás, institutrices y maestros de primera enseñanza. El Libro, en suma, es muy instructivo, de grande utilidad...  
TOMÁS BRETÓN. *La Lectura.*

## **El niño,** por MONS. FÉLIX DUPANLOUP, Obispo de Orleans, traducción por el R. P. ANTO-LÍN S. FERNÁNDEZ, Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María. Un volumen de 314 páginas en 8.º mayor.

Más de treinta años consagrados por completo á la educación de los jóvenes, años que él mismo llama santos y felices, hicieron de Mons. Dupanloup un *maestro*



*consumado en este difícilísimo arte, una autoridad respetada y admirada por los más ilustres pedagogos; no tememos, por tanto, afirmar que la lectura de este libro será provechosísima á cuantas personas se interesan por la educación de la juventud; maestros, preceptores y pedagogos aprenderán en él, con la seguridad que da la experiencia, el método que en la educación deben emplear según el carácter y temperamento del niño, la clase de instrucción que más le conviene, el modo de transformar en virtudes sus defectos, la manera de conocer, dirigir y fomentar su vocación, en una palabra, todas las cuestiones que se debaten en la Pedagogía tienen en este libro acertada solución.*

## **La educación de la voluntad,**

*Estudio psicológico y moral* por J. GUIBERT, Superior del Seminario del Instituto Católico de París, traducido de la 8.<sup>a</sup> edición original por JUAN DE DIOS S. HURTADO. Un elegante volumen de 110 páginas en 8.<sup>o</sup> mayor.

La completa posesión de sí mismo es la señal más clara y auténtica de la personalidad humana. A facilitar esta posesión se encamina el precioso librito del R. J. Guibert, en el cual, aprovechando las recientísimas investigaciones histológicas de Waldeyer, Gehucten, Golgi y Ramón y Cajal, indica el autor las condiciones orgánicas de la voluntad y traza el camino que cada cual ha de seguir para alcanzar el pleno dominio de sus actos.

Los padres, los educadores, los directores de almas, todos aquellos que se preocupen de la perfección moral de las personas confiadas á su cargo, hallarán en la obra del P. Guibert utilísimas indicaciones para conseguir aquel precioso resultado, y para dirigir hacia el bien la vitalidad funcional del organismo, por medio de una sabia higiene, de un esfuerzo continuado y de una acción perseverante en la vigorización de los buenos impulsos. Y á la juventud, en particular, podrá servir de guía y de estímulo para completar la obra principalísima de la educación de sí mismo, señalándole los medios de dirigir con firmeza al bien los actos todos de la vida.



## **Los daños del libro,** por el ILUSTRÍSIMO SR. D. ANTOLÍN LÓ-

PEZ PELÁEZ, Obispo de Jaca. Un volumen de 320 páginas en 8.º mayor.

Es una *obra*, á la par que *erudita é instructiva, amena y elocuente*, donde los raciocinios están expuestos con tal *claridad y brillantez*, con tal *vigor y energía*, y con tan atrayente y sugestiva persuasión, que principiada á leer no se sabe dejar de la mano hasta el fin, y difícilmente habrá quien no concluya rindiéndose ante la evidencia de unas verdades formuladas con la mayor sencillez y elegancia, y defendidas del modo más vigoroso y convincente. Hoy que tan desmedida es la afición á leer cuanto se viene á la mano sin reparar en las condiciones morales del libro, *hacia falta una obra como ésta*, en la que tratando la cuestión tan extensamente como lo merece, bajo todos sus aspectos, hasta agotar la materia, se pusiera de manifiesto la influencia de las lecturas, el peligro que hay en las malas y los funestos efectos que producen, examinando, para mejor hacer verlo, uno por uno los diversos géneros literarios y las distintas escuelas de cada género y deteniéndose en analizar las malsanas tendencias hoy dominantes en la literatura, á fin de combatirlas bajo todos sus puntos de vista é inspirar hacia ellas el merecido horror.

## **El Sacrificio en el Dogma católico y en la vida cristiana,**

por el Abate J. M. BUATHIER, Canónigo honorario de Belley. Traducción de la sexta edición francesa por JUAN MONEVA Y PUYOL, catedrático de Cánones de la Universidad de Zaragoza. Un hermoso volumen de 444 páginas en 8.º mayor.

«Habéis sabido tratar aquel asunto sublime (*del Sacrificio*) con pensamientos tan altos, con afectos tan elevados, con lenguaje de tal nobleza, que verdaderamente son dignos de él. Es un poema, un canto, en el cual la voz de la Teología, del sentimiento y de la misma imaginación, forman un acorde perfecto. La lectura de vuestro libro hará mucho bien á las almas.» (MGR. LUÇON, *Obispo de Belley.*)



# Obras del Autor de los Avisos Espirituales

---

**Avisos espirituales para las al-  
mas que aspiran á la santifi-  
cación,** tomo I. Un volumen de 452 páginas  
en 8.º

**Avisos espirituales para las mu-  
jerres cristianas que viven en  
el mundo,** tomo II. Un volumen de 404 pági-  
nas en 8.º

**Avisos espirituales para las al-  
mas que aspiran á la perfec-  
ción,** tomo III. Un volumen de 428 páginas  
en 8.º

«Esta obra, magnífico tratado de ascética cristiana, contiene luminosos y discretos avisos, expuestos en forma atrayente, breve y sentenciosa. Todo cuanto se encamina á reformar, dirigir, pulir y afinar el alma cristiana, se halla desenvuelto, descifrado y minuciosamente explicado en esta meritísima producción. Resulta un modelo de examen psicológico, á la luz de la razón natural y de la Revelación; todo es oro puro y de ley; todo es admirablemente atinado, preciso y concluyente. Para luz y norma de la conciencia cristiana, no creo exista obra más segura, más exacta, más eminentemente directiva.» (*El Universo.*)

«Los tres tomos sirven muy bien para ir formando el carácter y adquiriendo la virtud práctica cristiana; quitan muchos engaños é ilusiones; hacen concebir clara idea de dónde se halla la perfección verdadera; orientan claramente el entendimiento para dirigirse á ella, y por su ligereza en la forma y brevedad en la exposición de cada punto, convidan á leer, estudiar y meditar puntos capitalísimos de la vida cristiana. Ojalá los manoseasen bien las personas que de veras quieran ser buenas; hallarían facilidad para conocer el camino de la virtud y caminar hacia ella.» (*El Mensajero del Corazón de Jesús.*)



## **El libro de los afligidos** *(Consuelos para el do-*

*lor)*. Segunda edición. Un volumen de 564 págs. en 8.º

«Es un hermoso manual de piedad práctica, es decir, de resignación cristiana y conformidad con la voluntad de Dios, á cuya providencia paternal están sometidas todas las cosas. En este libro encuentra el alma la sólida doctrina que la fortalece para llevar la cruz y sufrir provechosamente el dolor, por el que Dios «nos hace, digámoslo así, participar de un sacramental, porque el dolor es un signo sensible del amor que Dios nos tiene.»

«Recomendamos con toda eficacia la lectura de esta obra á toda suerte de personas, firmemente persuadidos de que no podrán menos de sacar muchísimo provecho, pues adquirirán el conocimiento de la verdadera índole de la vida del hombre en la tierra, y encontrarán en ella estímulos poderosos para ajustarse á las circunstancias en que Dios pone al hombre para santificarle por la imitación de Cristo Crucificado.» *(El Eco Franciscano.)*

## **Coloquios eucarísticos.** Un volumen

de 240 pági-

nas en 8.º

«En esta obra encontrarán las almas que desean alimentarse con el Pan Eucarístico piadosísimas consideraciones llenas de amor y de ternura, tanto para prepararse al Divino Banquete, cuanto para dar gracias después de recibido. Aumenta el valor de la obra la variedad de consideraciones y delicados afectos que contiene, pudiendo las almas que se acercan diariamente á la Sagrada Comunión saborear las distintas materias que mejor se acomodan á su estado de ánimo, según las circunstancias, y evitar de este modo el tedio que produce la repetición de unas mismas lecturas. Los treinta coloquios de que consta son otras tantas expansiones de amor entre Jesús y sus esposas, las almas que le reciben en la Divina Eucaristía; todos ellos respiran una unción sagrada tan viva y penetrante, capaz de impresionar y sacar del estado frío de la indiferencia á todas aquellas almas tibias y poco atentas para con este admirable sacramento.» *(El Buen Consejo.)*



**Los niños mal educados,** *Estudio psicológico anecdótico y práctico,* por FERNANDO NICOLAY.

Obra premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, versión española por ANTONIO GARCÍA LLANSÓ. Tercera edición. Un volumen de 480 páginas en 8.º mayor.

**Á los jóvenes,** *Consejos del P. OLIVANT,* recogidos y publicados por el

P. CH. CLAIR, de la Compañía de Jesús, versión española por el P. ANTOLÍN S. FERNÁNDEZ, Misionero del Inmaculado Corazón de María. Un volumen de 248 págs. en 18.º

**Dios en la Escuela. El Colegio**

**cristiano,** *Conferencias dominicales* por MONSEÑOR BAUNARD, Rector de la Universidad Católica de Lila, versión española por el P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio. Un volumen de VIII y 538 páginas en 4.º mayor.

**Las luchas del alma,** *Instrucciones á las Hijas de María y*

*á las personas piadosas,* por el ABATE EDELÍN, traducción por el R. PADRE DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio. Un volumen de 426 páginas en 8.º

«En cincuenta y cuatro capítulos se desarrolla un *plan completo de educación espiritual*, comenzando por lo que llama el autor «Visión de Dios», ó lo que es lo mismo, su conocimiento por medio del mundo visible, y elevándose de este primer principio á los otros dogmas y consiguientes reglas de vida cristiana, acabando por la devoción á la Virgen en sus diferentes misterios y advocaciones. La novedad de la forma da á la exposición de conceptos un cierto especial atractivo, que ha de ser mayor para la edad juvenil, á la que muestra conocer muy á fondo el habilísimo autor. Hay páginas en este libro de un colorido verdaderamente sugestivo...»

*(Revista Popular).*

**El camino de la dicha.** **La bondad,**

por CARLOS ROZÁN. Obra premiada por la Academia francesa, traduc-



ción de la décima edición, por JOSÉ IGNACIO VALENTÍ, doctor en Filosofía y Letras y Licenciado en Sagrada Teología. Un volumen de 236 páginas en 8.º maycr.

En los tiempos que corren, de individualismo feroz, de egoísmo refinado, pocas obras podrán ser leídas con tanto provecho como ésta. Trátase de uno de aquellos contados libros que infunden grandes alientos y generosas aspiraciones; un libro tras de cuya lectura se siente la salvadora repugnancia de toda bajeza y mezquindad, porque despierta en la conciencia dormida un deseo imperioso de perfección moral. Otras obras podrán en tanto grado como ésta hacer ver la belleza de aquellas especiales virtudes que dulcifican y ennoblecen el trato con nuestros semejantes; pero se incurre frecuentemente en la falta de presentar el ejercicio de tales virtudes como cosa de santos, demasiado alta para ser alcanzada fácilmente, ó como un sacrificio siempre doloroso y sin compensación terrena. En este libro, por el contrario, no se limita el autor á hacer amable el bien é infundir un deseo platónico de practicarlo, sino que nos impulsa con poderosa eficacia y nos conduce como de la mano hacia la cumbre de la perfección moral, mostrándonos en ella la única felicidad asequible en esta vida. Quien lea esta obra, no sólo deseará ser bueno sino que sentirá que ya empieza á serlo. Premiada en Francia por la Academia de aquella nación, se han sucedido numerosas ediciones en lengua original. El rápido agotamiento de esta edición castellana y de otras sucesivas, sería el mejor signo de la cultura moral de nuestra patria.

**El arte de sufrir,** por el R. P. DOM DU BOURG, O. S. B., con un prólogo de FRANCISCO COPPÉE, versión por JUAN DE DIOS S. HURTADO. Un elegante volumen de 128 páginas en 8.º

«Estas páginas saturadas de tan ardiente fe y escritas en estilo tan elocuente y varonil, tienen mucho más alcance de lo que á primera vista parece. En ellas se repite enérgicamente una vez más la gran verdad de que sólo el Cristianismo nos puede dar fuerzas para sufrir los dolores humanos y aun convertirlos en provecho nuestro puesto que al aceptarlos «por amor de Dios», como dice la gente sencilla, conquistamos en recom-



pensa la eterna bienaventuranza. Por infeliz que sea un cristiano, le basta, para cobrar ánimos, evocar la imagen del Hombre-Dios que sufrió voluntariamente por él y más que él. Bástale orar con el corazón lleno de gratitud y de amor hacia el Crucificado en el Calvario, y esforzarse, hasta donde lo permita nuestra decaída naturaleza, en tomar por modelo aquel sacrificio inenarrable. El arte de sufrir,—si no he comprendido mal su pensamiento,—consiste en la imitación de Jesucristo. Pero nuestros esfuerzos, débiles é impotentes para aproximarnos al Modelo divino, resultarían todavía más infructuosos, sin la ayuda de los buenos sacerdotes como usted. Así, pues, no dudo que su excelente libro procurará á muchas almas angustiadas no sólo la resignación y el valor, sino cierta alegría interior y un consuelo profundo...—*Francisco Coppée.*

## **Hojitas de Oro** dedicadas á las Hijas de María, por UN PADRE DE

LA COMPAÑÍA DE JESÚS. Un elegante tomito de 300 páginas en 18.º prolongado, encuadernado en tela inglesa flexible.

No todas las jóvenes inscritas en la Congregación de Hijas de María disponen del tiempo necesario para las cosas de piedad, ni todas poseen un espíritu en condiciones de saborear largos y sólidos tratados, ni á todas es dado hacerse con esa multitud de libros, donde se halla esparcido cuanto les conviene saber y practicar. A obviar pues estas dificultades están llamadas estas lindas y selectas **Hojitas de oro** que van clasificadas en los siguientes grupos ó secciones: *Documentos*, que son los concernientes á la naturaleza y excelencias de la Congregación, como á la idea clara y distinta de la perfección cristiana. *Prácticas*, donde van reunidas todas las que podrá necesitar una buena Hija de María, respecto del Sagrado Corazón de Jesús, respecto de la Santísima Virgen, el Santo Angel Custodio, San José, los Santos Patronos de la juventud, etc. *Afectos* abundantes y variados con los cuales el alma cristiana puede esplayarse con Dios y con la Santísima Virgen, ora por la admiración que le causa la grandeza de los beneficios divinos, ora por la confusión que le viene de sus propios pecados, ya por la tibieza de la desolación, ya por la alegría



y ternura de la consolación, etc., etc. *Recuerdos*, que los constituyen diferentes series de máximas cristianas que suelen darse como recuerdo en los Santos Ejercicios, catálogos de propósitos y *Métodos de vida* que puede adoptar una joven según su edad, posición y demás circunstancias. *Indulgencias* de la Congregación, del Escapulario Azul, Rosarios y medallas. Finalmente, por vía de apéndice, va un *Breve Ritual*, así para utilidad de las Hijas de María, como para comodidad de los Directores de la Congregación.

## **Mes del Sagrado Corazón de Je-**

**sús,** compuesto por la RDA. MADRE ANA DU ROUSIER, de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús, notablemente aumentado por el P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio. Un elegante tomito de 316 páginas en 18.º prolongado.

Entre las obritas destinadas á propagar el culto al Corazón de Jesús, no dudamos que ésta ha de destacarse por especiales circunstancias que la recomiendan. Su autor, el infatigable y meritísimo escolapio P. Dionisio Fierro, la compuso sobre el libro que escribió la Reverenda Madre Ana du Rousier, fundadora de las casas del Sagrado Corazón en Chile. Por los abundantes frutos que dicho libro produjo en aquella república y en la Argentina, puede decirse que la obra ha sido puesta á prueba y ha recibido por anticipado la bendición del Corazón Divino. Sin alterar nada esencial del texto primitivo, el P. Fierro lo ha aumentado con ejemplos biográficos de rigurosa exactitud histórica, muy propios para amenizar piadosamente los actos de devoción de todo el mes y avivar en las almas el fuego de la gratitud hacia el Corazón de Jesús, por los innumerables beneficios otorgados á sus devotos, en cumplimiento de sus promesas. Se han ampliado asimismo los ejercicios de piedad, hasta darles la extensión apropiada, formando un conjunto armónico que otrecemos á los devotos del Sagrado Corazón, en la seguridad de prestarles un buen servicio. El precio del libro, en extremo limitado, esperamos que influirá favorablemente en su rápida propagación, para bien de las almas.



**El Socialismo,** *Examen crítico de sus principios y demostración de la imposibilidad de su planteamiento,* por el R. P. VICTOR CATHREIN, S. J. Versión de la 8.<sup>a</sup> edición alemana por el R. P. SABINO AZNÁREZ, S. J. Un volumen de 370 páginas en 8.<sup>o</sup> mayor.

## **Caracteres del Anarquismo en**

**la actualidad,** por GUSTAVO LA IGLESIA, Abogado. Obra premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Segunda edición revisada y puesta al día. Un volumen de 456 páginas en 8.<sup>o</sup> mayor.

**Entre dos Españas,** Crónicas y artículos, por MIGUEL S. OLIVER.

*Estudio de los más importantes problemas de la política española, especialmente en sus relaciones con Cataluña.* Un volumen de 316 páginas en 8.<sup>o</sup> mayor.

## **Los peligros de la fe en los**

**actuales tiempos,** Conferencias, por el R. P. RAMÓN RUIZ AMADO, de la Compañía de Jesús. Un volumen de 336 páginas en 8.<sup>o</sup> mayor.

## **Método de Corte y Armado.** **Ves-**

**tidos**

**para señora, trajes para niños, ajuares y canastillas,** por MADAME G. SCHÉFER, inspectora de las Escuelas de París. Traducción y adaptación española de la vigésima edición francesa, con numerosos capítulos y grabados nuevos é interesantes, por MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ, Autor del «Nuevo Diccionario Enciclopédico», y PURIFICACIÓN GISBERT, Profesora de Corte. Un magnífico volumen de 315 páginas en 8.<sup>o</sup> mayor, ilustrado con 150 grabados y dos cuadros.

El *señaladisimo triunfo* alcanzado en Fracia y en las naciones más adelantadas por el **Método de Corte y Armado** de **Madame G. Schéfer,** débese indudable-



mente á que este libro es ante todo y sobre todo un *método práctico, completo, sencillo y económico*. De estas cualidades, necesarias en una obra destinada á personas de todas las clases sociales, la que primero salta á la vista es la *claridad* con que las explicaciones están dadas, y que hace innecesarias las aclaraciones y advertencias de un maestro, pues el libro basta por sí sólo para aprender el *corte y confección de toda clase de vestidos para señora, trajes para niños, ajuares y canastillas*, y como la enseñanza que en él se da, además de ser clara, es *completa*, el **Método de Madame Schéfer** será provechoso en las *escuelas* de niñas como libro de estudio, en el *taller de confecciones* como consultor valioso y como *guía seguro* de la más hábil modista; y para las *madres de familia* que hallarán en él cuanto una mujer medianamente aplicada, inteligente y laboriosa necesita saber para idear, cortar y armar por sí sola sus vestidos y los de sus hijos, con insuperable *acierto* y notable *economía*.

El *extraordinario éxito* alcanzado por el **Método** que ofrecemos, justificase también por otra condición que le da un valor inapreciable: la de estar redactado de tal forma y con tal arte, que las reglas que lo constituyen pueden ser aplicadas *á todas las modas y á toda clase de prendas*.

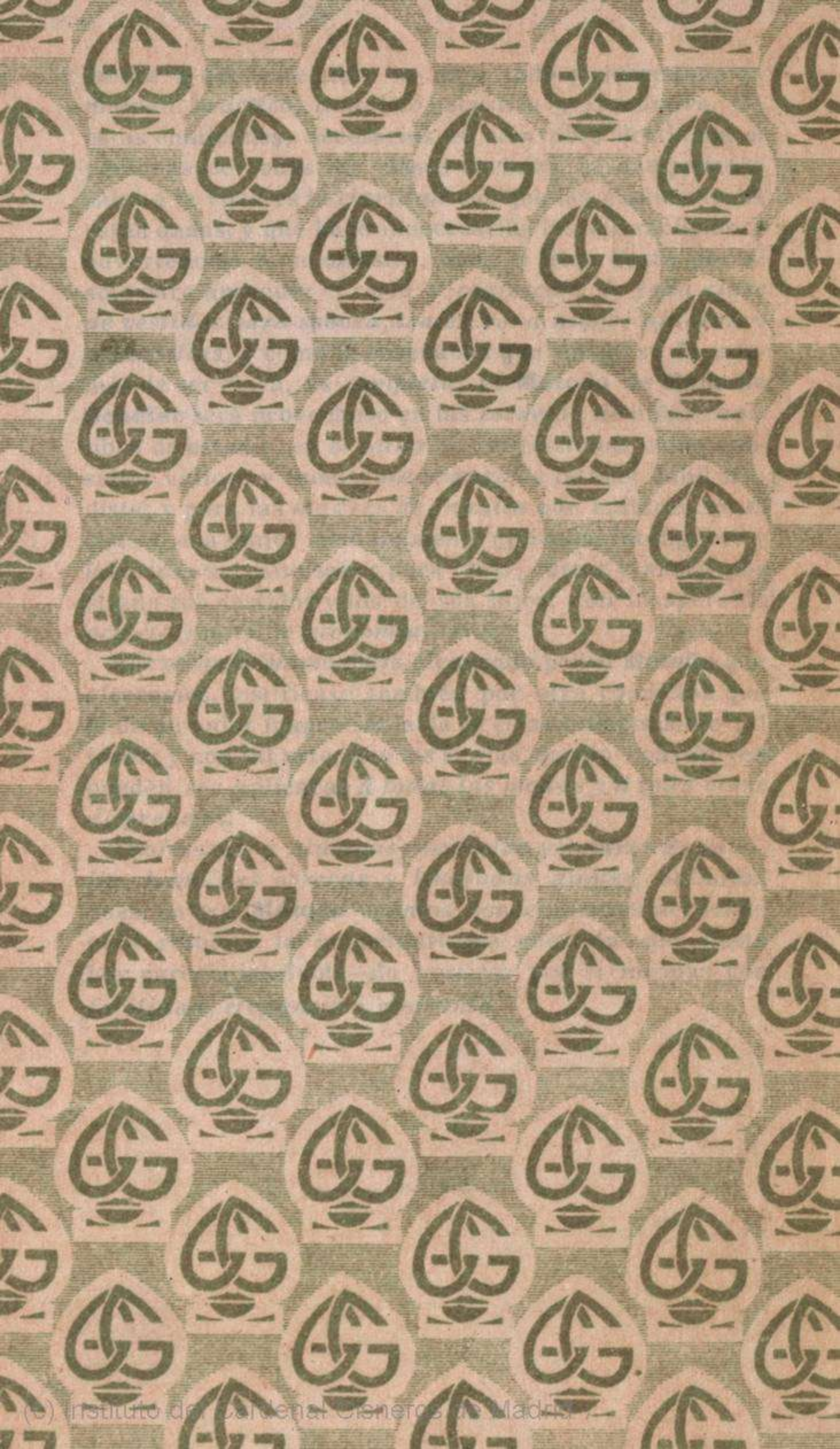
*Profesoras y alumnas, modistas y madres de familia, humildes obreras y linajudas damas*, hallarán, pues, en este **Método** cuantos conocimientos necesitan para resolver la importantísima cuestión—que hasta hoy parecía insoluble—de vestirse por sí mismas con *facilidad, elegancia y economía*.

---



















Wagner del Poirell

4194